

Salvar lo que estaba perdido

NELLY ASTELLI H.
P. ALEXIS SMETS, S.J.

1



SALVAR LO QUE ESTABA PERDIDO

COLECCION
TRANSFORMACION

1. **Salvar lo que estaba perdido**
Nelly Astelli H. – P. Alexis Smets, S.J.
2. **Sanación de la familia**
Blanca Ruiz
3. **Jesucristo sanador de mi persona**
Tomás Forrest – José Prado

Nelly Astelli Hidalgo
P. Alexis Smets, S.J.

Salvar lo que estaba perdido

La Sanación Interior



SAN PABLO

Con las debidas licencias eclesiásticas

Título edición francesa:

Sauver ce qui était perdu, Nelly Astelli Hidalgo - Alexis Smets, S.J.

©1986 EDITIONS SAINT-PAUL, 6 rue cassette,
75006, Paris, ISBN 2-85049 - 356 - 2

Diseño Portada: José Canales Q.

© SAN PABLO

Avda. Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

3ª edición - Diciembre de 1993

Inscripción N° 68.311

Impresor: Talleres Gráficos Pía Sociedad de San Pablo

Avda. Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

Impreso en Chile - Printed in Chile

PRESENTACION

Este libro, "Salvar lo que estaba perdido", ha sido un éxito en la lengua francesa. Nelly Astelli expresa en sus líneas el resultado de su experiencia en la labor que ha realizado en los últimos años dando retiros espirituales en Bélgica, Francia y otros países. Junto con el Padre Alexis Smets, S.J., planificaron esta obra en base a preguntas y respuestas, logrando agilidad y claridad notables en la presentación del ministerio de sanación interior.

La síntesis dada por Nelly, es corroborada por las abundantes experiencias tenidas en común en los retiros que hemos dado en Chile. Creo muy válida la selección de los temas fundamentales en este ministerio, y veo que estas líneas son una magnífica orientación para nuestra actuación en los grupos de oración y en el apoyo a nuestros hermanos.

Al mismo tiempo, Nelly hace un llamado a incorporarse en el ministerio de sanación interior tan necesario en la Iglesia de Hoy. Hay una labor de intercesión, fundamental del Evangelio, que debe crecer en cada parroquia, en cada grupo de oración. Estas páginas son un aliento para participar en esta obra de Jesús.

La edición española ha sido revisada por Nelly, clarificando algunos términos propios de la lengua española. Esta obra viene a llenar un vacío para muchas personas que se enfrentan con la falta de conocimientos sobre sanación interior. Encontrarán aquí un apoyo brillante para esta labor.

Agustín Sánchez, S.J.

"... Extendiendo tu mano para que realicen curaciones, señales y prodigios por el Nombre de tu santo siervo Jesús".

Hech. 4, 30

"Pero para vosotros los que teméis mi Nombre, brillará el sol de justicia con la sanación en sus rayos".

Mal. 3, 20

"¿Qué es, pues, la Iglesia? Es un grupo de hombres desamparados ante el mal, que abren la puerta para que los invada la Misericordia".

Bernardo Bro o.p.

"La misión de la Iglesia consiste en ir hasta las raíces del desgarramiento primordial del pecado para obrar allí la sanación y restablecer, por así decirlo, una reconciliación primordial".

Juan Pablo II

INTRODUCCION

¡Jesús quería tanto “quedarse con nosotros”, tal como se quedó con Zaqueo, pues El vino a “salvar lo que estaba perdido”!

¡Tenemos tanto miedo al efecto de la luz! ¡Amamos nuestras viejas culpabilidades, preferimos llevar máscaras y aparentar buenos sentimientos! Disimulamos nuestras viejas heridas. Pero nuestros males nos obsesionan. ¡Nos sentimos incómodos y llenos de agresividad!

Quisiéramos ser servidores de Dios, pero todos los rechazos que hemos opuesto a El nos impiden llegar a serlo.

¡Sin embargo todo se hace posible desde el momento en que aceptamos que el Señor venga a curar nuestras llagas!

Es lo que tuve ocasión de vivir al encontrarme con Nelly Astelli. Cuando la vi por primera vez, hacía cerca de siete años que yo era Capellán de la cárcel. No pensaba que mi ministerio pudiese ser bendecido por Dios. Tanto tiempo había deseado servir a los más necesitados ¡Y lo estaba haciendo!, pero en realidad me engañaba a mí mismo; ¡no me había dado cuenta de que al ocuparme de los presos, lo que buscaba era huir de un mundo contra el que me rebelaba!

Me había convertido en una especie de sacerdote-asistente social, devorado por un montón de actividades sociocaritativas. Este activismo ocultaba en realidad mi impotencia para hacer el bien que deseaba para los prisioneros. No podía ya aceptar las continuas frustraciones de la vida carcelaria, la pesadez de un sistema donde la torpeza y la maldad reinaban como señores. Por otra parte me había vuelto irritable y agresivo. Era como si hubiese entrado en el ánimo de rebelión de los detenidos. Y además, como consecuencia de un motín de una rara violencia, mi equilibrio nervioso se había resentido.

Gracias a Nelly comprendí que Jesús "quería quedarse conmigo", a fin de "salvar lo que estaba perdido". Jesús quería quemar con el fuego de su amor todos mis miedos, todos mis rencores, quería sanar mi afectividad desgarrada. Quería realizar en mí, así como en el corazón de mis hermanos, lo que yo era radicalmente incapaz de realizar por mí mismo. Por más que uno se esfuerce por camuflar sus llagas y heridas, inevitablemente éstas llegan a manifestarse. Ellas hipotecan nuestra relación con los demás y con Dios, y paralizan nuestra vida profunda.

A través de la oración de sanación interior, Jesús vino a revelar, tocar y sanar los sucesos dolorosos del pasado en mi existencia; vino a aclarar las situaciones conflictivas, a liberarme de todo mi pasado, que me ahogaba y que yo quería ignorar.

¡Esta oración que Nelly hizo por mí fue realmente el punto de partida de una nueva conversión, el comienzo de una nueva fecundidad y la ocasión para maravillarme del poder del Señor Resucitado!

Pocos meses más tarde, Nelly me invitaba a que la acompañara a orar por personas que lo pedían. Y fue así como me vi empujado a descubrir el maravilloso ministerio de la sanación interior.

La oración de sanación interior, tal como se la presenta aquí, puede ser de gran ayuda para muchos cristianos. Puede también aportar a los sacerdotes una nueva luz en el ejercicio de su ministerio. Este camino puede abrir la ruta a una auténtica vida mística; nos conduce a una vida plenamente cristocéntrica, enteramente abierta a la acción del Espíritu Santo. Prepara una nueva generación de cristianos libres y responsables que serán auténticos testigos del Cristo vivo.

Doy gracias a Nelly por haber sido para mí, y para centenares de otros que han tenido la felicidad de encontrarse con ella, ese ángel de luz que abrió mi corazón a la Palabra viva de Dios, a la vida en el Espíritu.

Esta es la razón por la que le he pedido que nos comunique su experiencia, para la gloria de Dios y para ayudar a la construcción del Cuerpo de Cristo. No cabe duda de que en estas páginas se encierran numerosas riquezas.

Aprecio particularmente su testimonio personal; el de una mujer que ha dejado todo para responder al llamado de Cristo y vivir únicamente del Evangelio, al servicio de sus hermanos y hermanas, en Chile primero, pero también en Europa, en Israel y en otras partes.

Para nosotros ha sido una enorme felicidad encontrarnos con esta laica, enteramente apasionada por la persona de Jesucristo y deseosa de llevar a sus hermanos al conocimiento interior de Jesús, fuente de toda sanación.

Cuando Nelly habla de Jesús, lo hace de una manera admirable. Para ella El es verdaderamente el Viviente, el Resucitado, presente en su vida y en la nuestra, presente en la Iglesia y en el mundo entero. El nombre de Jesús está en sus labios y en su corazón, ese nombre trae la paz que sobrepasa todo entendimiento.

En este contexto, los dones del Espíritu Santo se despliegan libremente: gracia de fe, de oración, gracia de confianza y de seguridad, gracia de libertad interior y de simplicidad, gracia de alegría.

Los carismas se manifiestan entonces de un modo enteramente espontáneo. "Hay que ser natural con lo sobrenatural" le gusta decir a Nelly. ¿Por qué entonces no habría el Señor de sentir agrado de dar a sus hijos "que abren la puerta a la invasión de la Misericordia" la palabra de conocimiento, la profecía, la sabiduría y el discernimiento e incluso, eventualmente, un don de sanación, todos ellos carismas necesarios para ir en ayuda de un hermano o de una hermana enferma?

Y por último ¡qué riqueza la de esta visión optimista del hombre y su destino!. Aunque fuere el más enfermo, el más desesperado, el más perverso, Dios reserva a quien le abre su corazón una aco-

gida única: quiere liberarlo de todo sufrimiento malo y traerle la salvación plena, en su cuerpo, en su alma y en su espíritu (1 Tes 5, 23). Porque Dios es Padre, y el hombre encuentra su origen y su fin último únicamente en su amor misericordioso.

La oración de sanación es un tema fácil. Se pueden escribir páginas enteras a propósito de ella; ¿pero cómo resistirán estas páginas la confrontación con la realidad? ¿Cómo las recibirán los más probados, los más pobres, los más desesperados, los más enfermos?

Lo maravilloso -de ello puedo dar testimonio- es que Nelly no teme encontrar a estas personas en su propio terreno de pobreza: entonces el Señor obra maravillas por medio de ella. ¡De esto he sido a menudo testigo!

Por mi parte puedo, en fin, atestiguar que he orado en los hospitales, junto a los enfermos o en la celda de una prisión, como Nelly me enseñó a hacerlo; y a pesar de mi fe desfalleciente, sé que el Señor ha escuchado el grito de mi oración por los privilegiados de su amor. Allí donde parecía humanamente imposible que hubiese cambios, el Señor ha obrado verdaderas liberaciones. Ha devuelto la paz y la confianza, ha alejado el suicidio. Ha tocado cuerpos, corazones y espíritu. Ha fortificado la fe de los enfermos que El hacía participar más de cerca en su pasión.

Bendigo al Padre, que nos ha hecho descubrir la grandeza y la belleza de su creatura y el amor infinito de su corazón de Padre.

¡Quiera El hacernos comprender que no hay sanación sin conversión profunda a Jesucristo, sin oración y sin vida sacramental! ¡Quiera El hacernos descubrir el poder del perdón, que es el comienzo de toda sanación interior!

“Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna” (Heb 4, 16).

Alexis Smets, S.J

DESCUBRIMIENTO DE LA RENOVACION Y LLAMADO A UN MINISTERIO DE SANACION INTERIOR

Alexis Smets.—Nelly, tú ejerces, desde hace más de diez años, un ministerio de oración y de animación de retiros, en la Renovación Carismática en Chile y en otras partes. ¿Puedes explicarnos cómo conociste la Renovación?

Nelly Astelli.— Atravesaba yo un período muy difícil de mi vida y me encontraba ya casi exhausta. Un día, estando en mi habitación, me puse de rodillas ante el Señor y le dije: "Señor, ¡si Tú no cambias mi vida, voy a la catástrofe!".

Pocos días después, descubrí la Renovación de una manera inesperada.

Yo tenía una hermana, cuyo marido había muerto de cáncer. Ella estaba ahora muy enferma. Un día le pregunté si no conocía un grupo de oración, porque había leído en el diario que existían estos grupos entre nosotros. Me había dicho también que uno pequeño se reunía en el Hospital. Yo misma invité a mi hermana a ir allá, y le pedí a una amiga que la acompañara.

Mi hermana fue a esta reunión de oración, y luego, cuando volvió por segunda vez, la que la acompañaba no era su amiga, sino yo. Yo no deseaba entrar ni participar. Mi hermana insistió en que la siguiera. Pero yo no sentía el menor deseo de hacerlo, porque yo era católica y pensaba que se trataba de un grupo protestante. Me sentí aliviada al ver a dos religiosas, una holandesa y una alemana, que participaban en la reunión. Ellas animaban el grupo. Mi primera impresión no fue buena, sino todo lo contrario...

Al salir hice muchas críticas, diciendo que este grupo se parecía a un grupo protestante, y que en todo caso yo no entendía nada

de lo que allí pasaba. Sin embargo, tomé de la biblioteca todos los libros que en esa época había sobre la Renovación Carismática. Era 1976. Había por aquel entonces pocas obras escritas por carismáticos católicos. La mayoría eran obras de autores protestantes, tales como David WILKERSON, Nicky CRUZ, etc. Una de ellas, escrita por Merlin CAROTHERS, **El poder de la alabanza**, me produjo una fuerte impresión. La lectura de este libro fue capital para mí, porque después de esta primera reunión de oración yo no tenía ningún deseo de regresar. El grupo me parecía un poco original. Y a mi modo de ver se hacía en él cosas que no eran "muy católicas".

Para mi propia sorpresa, el martes siguiente yo era la primera que quería participar en la oración, pese a las críticas que había hecho. En ese momento hice notar a mi hermana que los carismáticos imponían las manos como los pentecostales. Desde mi niñez yo conocía bien a los pentecostales, porque había muchos de ellos en nuestra ciudad en Chile. Ellos evangelizan allí donde no hay parroquias católicas. Son generalmente personas muy sencillas. Muchas veces yo los había visitado.

Conocía muy bien su manera de actuar. A veces incluso yo les había pedido que oraran por mí. Ellos me invitaban a menudo a participar en sus reuniones de oración, pero yo les contestaba siempre lo mismo: "Yo soy católica, yo no quiero quedarme con ustedes". En cierto modo, podría decir que me serví de ellos.

Para volver a lo de mi hermana, yo le decía: "Estos carismáticos imponen las manos igual que los pentecostales. ¿Por qué no les pides que hagan lo mismo por ti?". Ese martes, mi hermana, que estaba cada vez más y más enferma, le pidió a la religiosa holandesa que le impusiera las manos. "Y a tu hermana también", replicó la religiosa. Y tomándome por la mano me hizo sentar al lado de mi hermana.

Era allí donde el Señor me esperaba. La religiosa impuso las manos y cantó en lenguas. Para mi propia sorpresa, me di cuenta de que podía interpretar su canto. ¡Era increíble! El canto decía:

“Hijita mía, yo te buscaba por todas partes, ¿dónde estabas tú? Estoy contento de que te encuentres aquí”. Era como una canción de cuna que me cantaba el Señor. ¡Yo estaba fascinada!

No he reflexionado en lo que pasó después. Creo que en ese momento recibí una efusión del Espíritu Santo. Empecé desde entonces una vida de oración regular. Yo había rezado desde mi infancia, pero a la manera como me había enseñado mi abuela. Desde ese momento comencé a dialogar de un modo muy personal con Jesús. Iba de asombro en asombro, porque al mismo tiempo descubrí el canto en lenguas.

Volví a tomar el libro de M. CAROTHERS pensando que yo estaba loca y que todo lo que sucedía era un puro invento mío. Al releer **El poder de la alabanza**, comprendí que el autor contaba allí su experiencia personal. Y era importante para mí poder decir: “lo que este hombre ha vivido yo también lo estoy viviendo y lo acepto”.

El descubrimiento del carisma de las lenguas fue “el” descubrimiento de mi vida, pues, a partir de ese momento, yo me sentí más y más cerca de Jesús: una presencia que se manifestaba en mí a través de ese canto y me inundaba de una profunda paz y de un gozo intenso. Yo experimentaba una intimidad con el Señor que nunca había conocido.

Ese fue el comienzo para mí de una aventura increíble. Yo no entendía lo que sucedía; tenía miedo. Desgraciadamente, los responsables de la Renovación tampoco lo sabían. ¡Querían, incluso, que me exorcizaran, porque había recibido carismas!

Formé un pequeño grupo de oración que se reunía en la capilla del cerro en que vivíamos. Por la oración, el ayuno y los otros medios que nos ofrece la vida cristiana, buscaba yo descubrir lo que el Señor me quería hacer conocer. En la Biblia El me decía: “Yo mismo seré tu Maestro”. Y yo le contestaba: “Sí, Señor, tienes que ser mi Maestro, porque yo no sé cómo progresar”.

Poco más tarde, hice la experiencia de los retiros. Ellos me permitieron profundizar mi relación con Jesús y discernir todo lo que yo vivía. Me di cuenta de que el Señor quería que comprendiera algo más profundo, a saber, que no tenía que apegarme a los carismas. Ellos son instrumentos que el Señor pone a nuestra disposición para servirlo. Son necesarios. Pero yo tenía que aprender a ser muy simple frente a lo sobrenatural, y no pretender apropiarme de los carismas. Si me eran dados, tanto mejor. Pero, si no los recibía, todo marcharía igualmente bien. Para mí, los carismas son un poco como las luces del árbol de Navidad, que se encienden y se apagan: ellos se manifiestan o desaparecen según la iniciativa de Dios. Que el Señor me los otorgue o no, no es problema mío.

Sentí también en mi corazón el deseo de ser un instrumento en las manos del Señor. Pensaba que es imposible arrancar un sonido a una guitarra o a un violín si alguien no los toca. Lo mismo ocurre con cada uno de nosotros. Somos instrumentos libres frente a Dios. Pero Él quiere servirse de nosotros y obrar a través de nosotros. El instrumento que somos nosotros mismos debe ser lo más transparente posible para que Dios pueda ejercer su poder, su sanación, como quiera y cuando quiera.

A.— En algunos años, Nelly, has ido yendo de descubrimiento en descubrimiento...

N.— Sí. Poco a poco, entre los años 1976 y 1979, fui haciendo los descubrimientos fundamentales de los que ahora vivo, y fue entonces cuando recibí el llamado al ministerio de sanación. Mi comunidad me empujó a ello después de un año y medio de participación en la Renovación. Se me decía que poseía el discernimiento y todas las cualidades necesarias.

A.— *Entonces ¿el ministerio de sanación existía ya en esa época?*

N.— El ministerio de sanación física sí. Es decir, —y fue el caso en toda la Renovación— se admiraba las maravillas obradas por el Señor en la sanación física. Veíamos sanar el cáncer, la diabetes y otras enfermedades graves.

El caso más increíble para nosotros fue el de una mujer que tenía una diabetes en último grado. Estaba a punto de morir. Le dijeron: "¿Por qué no vas donde las personas que oran en la capilla?". Vino y fue inmediatamente tocada. Lo extraordinario es que su diabetes no desapareció, pero no evolucionó más. Actualmente ella tiene fuerzas suficientes para trabajar, mientras que antes era de tal manera débil que se pasaba los días enteros en cama.

A.— *¿De modo que ustedes empezaron a orar por sanación física?*

N.— Sí. Pero tuvimos que hacer todo un aprendizaje. Porque siempre buscamos ser notados, reconocidos. ¡Corremos tras la vanagloria! Y de alguna manera la sanación física es mucho más espectacular que la sanación interior. Así, por ejemplo, si se presenta una persona que tiene una grave enfermedad pulmonar, y, al imponerle las manos, es sanada instantáneamente, esto resulta mucho más impresionante que una sanación interior.

Más tarde se nos presentó un nuevo problema. Después de tres años de ministerio (1976-1979), nos dimos cuenta de que había, sin lugar a dudas, sanaciones físicas extraordinarias (enfermedades cardíacas, cánceres, y otros males incurables). Pero constatábamos también que las personas que habían sido sanadas volvían a veces más enfermas que antes. ¿Qué es lo que pa-

saba? ¿Acaso el Señor no sanaba de una vez por todas? ¿Habíamos cometido errores? A decir verdad, nos hacíamos muchísimas preguntas...

Hay algo que yo comprendí en aquel entonces: y es que siempre hay que estar atentos a los signos que nos da el Señor. A través de lo que estaba ocurriendo, el Señor quería darnos a nosotros, sus servidores, los signos necesarios para perseverar, pero yendo al mismo tiempo más lejos.

Cuando el Espíritu se manifiesta, es para hacernos progresar. El no quiere que nos quedemos al borde del agua, sino que avancemos hacia lo profundo: los misterios del Señor, su Sabiduría, no tienen límites. Somos nosotros los que ponemos límites a su acción.

La experiencia de la sanación física fue, pues, para nosotros, un estímulo para profundizar nuestro ministerio.

No cabe duda de que la mayoría de las enfermedades son de origen psicosomático, es decir, que a menudo una enfermedad física es signo y síntoma de una enfermedad psíquica y espiritual más profunda, cuyo origen se encuentra en algún suceso desafortunado vivido en la juventud, en la niñez o incluso durante el tiempo de vida intrauterina.

Yo me asombraba de ver cómo muchas personas volvían a nosotros más enfermas de lo que estaban antes de su sanación. El Señor me dio la gracia de comprender que habíamos orado por la sanación de los síntomas de las enfermedades y no por la sanación de la raíz de las mismas. Comencé entonces a leer libros que trataban de la sanación de los recuerdos. Lo hacían de un modo que en aquel entonces era aún bastante superficial. Yo no estaba satisfecha. Decidí, pues, profundizar este tema en oración. Era absolutamente necesario que el Señor nos mostrara lo que pasa en el origen de las enfermedades. Y en este momento descubrimos que a la base de todo se halla, para cada uno de nosotros, la necesidad de perdonar.

A.— Hemos llegado al corazón del tema, Nelly, y vamos a volver después a él. La experiencia que ustedes han adquirido en la oración de sanación es notable. El modo como ustedes oran ya está bastante elaborado actualmente. ¿Cómo descubrieron las líneas de fuerza de la oración de sanación interior?

N.— Mi hermana Genoveva tenía una depresión nerviosa desde hacía muchos años. Mi madre decía siempre que ella no haría nunca nada bueno. Cuando no había sol, mi hermana se metía a la cama. Un día, le pregunté al P. Agustín, el jesuita con quien habíamos comenzado a organizar los retiros, si no se podía hacer algo por ella. El me contestó: "Nelly, tendrás que hacer tu aprendizaje en tu propia casa".

Yo me preguntaba cómo podía hacerlo. Me decía también que iniciar una oración de sanación por una persona en plena depresión implicaba una grave responsabilidad.

Además, mi hermana no tenía una vida regular de oración, ni tampoco vida sacramental. Creía aún en Dios, pero ya no practicaba. Me dije entonces que era yo la que tenía que perseverar fielmente en la intercesión por mi hermana. Yo debía hacer por ella lo que ella era incapaz de hacer por sí misma. Comencé pues a orar por ella, no la oración por la vida en el seno materno, porque ésta la descubrí solamente más tarde, sino por el período que iba desde el día de su nacimiento hasta aquel momento de su vida. Ella tenía entonces 25 años.

A.— ¿Presentabas simplemente al Señor, en oración, las diferentes etapas de la vida de Genoveva?

N.— Sí. Yo oraba también por los sucesos dolorosos que ella había vivido. Recordaba, por ejemplo, que cuando ella tenía dos años había sufrido un accidente al caerse en un brasero.

Yo oraba en la habitación vecina a la suya. Ella permanecía en cama, aunque el médico decía que no estaba enferma. Pero ella no cesaba de exclamar: "¡Voy a morir, voy a morir...Tengo que morir. Les aseguro que me voy a morir!".

En esos momentos yo oraba en lenguas por ella. Ella me decía: "No ores por mí, pierdes el tiempo. Tú puedes sanar a todos los carismáticos, pero conmigo pierdes el tiempo. Vas a ver cómo voy a morir, y no podrás hacer nada. ¡Y tu Cristo tampoco podrá hacer nada!". Yo no le contestaba, pero oraba y oraba...A menudo ella abandonaba la cama de noche para huir afuera, muy lejos. Si no la seguían, llegaba a la orilla del mar.

Un día recibí una visión: vi a una gitana cerca de la iglesia del cerro. Le pregunté a Genoveva: "¿Has tenido alguna mala experiencia con una gitana?". Ella me respondió afirmativamente, pero añadió en seguida que no se atrevería a hablar jamás de ello. "¿Qué pasó?". "Cuéntame..."

Ella me contó su historia. A la edad de 12 años estaba en el primer año de humanidades en el Liceo. Un día había ido a la escuela, como de costumbre, pero ese día no hubo clases después de almuerzo. Entonces cinco niñas de su clase se juntaron. "Los gitanos llegaron cerca de la iglesia", dijeron. "Vamos a pedirles que nos pronostiquen el futuro..." Todas estuvieron de acuerdo. Bien podían volver a pie a sus casas, puesto que no había clases. El dinero del bus les serviría para pagar a los gitanos.

Genoveva formaba parte de este pequeño grupo. Cuando las niñas llegaron al campamento, las gitanas se pusieron a predecirles el futuro. Una de ellas se dirigió a mi hermana y le dijo: "¡Tú estás en peligro de muerte! Una de tus compañeras de clase te matará. Si me das cinco pesos puedo librarte de este peligro. Vuelve a casa. Yo guardaré tu guante derecho para estar segura de que volverás a verme".

Genoveva sabía que mi padre, que era policía, había pasado muchos malos ratos a causa de los gitanos. No se atrevió, pues,

a pedir plata a nuestros padres y guardó esta historia secretamente enterrada en su corazón, sin atreverse a hablar a nadie de ella.

Habíamos encontrado el origen de su miedo y de la angustia que le impelía a dejar la cama por la noche.

Le pedí al Señor que sanara esta herida, y, oramos con el P. Agustín por la liberación de esta atadura. Todo quedó en orden.

Después seguí orando, y me di cuenta de que ciertos acontecimientos, si bien puramente accidentales, pueden tener influencia en la personalidad y pueden marcar la vida entera.

Encontré también en la vida de Genoveva otro incidente que la había traumatizado. La hermana de mi madre había muerto en circunstancias trágicas, con ocasión del incendio de la tienda de un óptico. Alguien, por inadvertencia, había echado un cigarrillo en un recipiente que contenía líquido inflamable. Se produjo un violento incendio, y en menos de cinco minutos todos los clientes se habían quemado vivos.

Era un sábado. Mi madre le había pedido a mi hermana que hiciera el aseo del living. Ella había encendido la radio y escuchado la noticia de este incendio. Entre las víctimas se mencionaba el nombre de mi tía.

Como ya lo dije, Genoveva había tenido un accidente a la edad de dos años: se había caído en un brasero y se había quemado enteramente la mano izquierda. La herida causada por el accidente de mi tía venía a reavivar y a remachar esa primera herida. Y así ella vivía una herida remachada: allí se hallaba la raíz de su depresión. ✎

En oración, recorrí el curso entero de su vida. De este modo su sanación fue total, hasta el punto de que se puso a buscar trabajo. ¡Nadie podía creerlo! Genoveva estaba totalmente transformada, tanto desde el punto de vista físico como desde el punto de vista psicológico.

Entonces me dije: "Si el Señor ha hecho esto por mi hermana, bien puede hacerlo por muchos otros". Y así abordamos con el P. Agustín nuevas experiencias. Organizamos "retiros de sanación", primero con un pequeño grupo de personas. Estábamos aprendiendo, porque no sabíamos mucho de la oración de sanación interior. Poco a poco el Señor nos permitió descubrir la complejidad del ser humano.

Yo era profesora de filosofía, sumergida en un mundo heredero del pensamiento grecolatino que divide al ser humano en alma y cuerpo. Esta división, a decir verdad, jamás había quedado clara para mí. Sabía que algunos místicos habían hablado del espíritu como la "fina punta del alma". Tenía que haber algo más profundo. ¡Cuál no sería mi asombro cuando me di cuenta de que mi filosofía grecolatina era falsa: había mucho más en el ser humano! Descubrí en la Biblia que el ser humano está compuesto de cuerpo, alma y espíritu. Y es allí donde reside la dificultad que encontramos para lograr la armonía que Dios desea para nosotros.

El P. Carlos Aldunate S.J. explica claramente la estructura cuerpo-alma-espíritu tal como se la encuentra en S. Pablo¹. El cuerpo es humano porque está animado por un alma humana (cfr. 1. Cor. 15, 39). Cuerpo y alma forman un todo. El espíritu es la capacidad de apertura a Dios, la capacidad de recibir su Espíritu Santo.

Mientras permanezca cerrado al Espíritu Santo, el hombre no será más que "carnal", es decir se limitará a las tendencias naturales. S. Pablo habla entonces simplemente de la "carne" o del "hombre viejo", del "hombre carnal", del "hombre psíquico", del "hombre exterior".

Cuando el hombre se abre al Espíritu, S. Pablo habla de "espíritu" o del "hombre nuevo", del "hombre espiritual", del "hombre interior" (cfr. 1 Cor 2, 14; 3,3; 2 Cor 4, 16; Gál 5, 16; Ef 4, 22 - 24; Col 3, 9 - 10).

¹ Transformación Espiritual y Psicológica, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile. Ver Capítulo 1 y 2.

Compara también la estructura del hombre con la de un vaso de arcilla que contiene la luz del conocimiento de Cristo (cfr. 2 Cor 4, 6 - 7). El cuerpo y el alma serían el vaso de arcilla, el espíritu humano sería la capacidad que tiene el vaso de recibir el Espíritu de Dios. El "hombre exterior" no incluye el espíritu; el "hombre interior" incluye al hombre entero: cuerpo, alma y espíritu.

El lenguaje de Jesús va en la misma dirección que el de S. Pablo. No distingue claramente los diferentes elementos, pero sus palabras corresponden a la misma idea.

En repetidas ocasiones habla de lo que es interior y de lo que es exterior al hombre. Las apariencias no son suficientes; es necesario que el corazón se convierta, es decir, que se abra a Dios y a su Espíritu. En ese momento, el hombre queda unido a Dios por lo interior y recibe de El la vida; es capaz de responder en espíritu y en verdad. Entonces, "el Reino de Dios está en medio de nosotros".

Esta nueva vida de que disponemos proviene de una fuerza divina; ella supera las simples fuerzas humanas, pero se puede pedir recibirla. Sin esta vida divina, nada podemos hacer.

Este tesoro interior tiene tal importancia que bien vale la pena darlo todo para poseerlo. **"Es el Espíritu el que da la vida, la carne de nada sirve"** (Jn 6, 63). cfr. También Mt 23, 26; Lc 17, 21; Mc 4; 1-20; 26-29; Jn 15, 4-5; Mt 13, 44).

Se encuentran trazas de esta estructura del hombre en la parábola de la semilla que puede quedar al borde del camino o ser sembrada en buena tierra, en la que hunde sus raíces. Se puede también pensar en el Hijo pródigo, que parte a un lejano país, dejando a su padre por el mundo exterior; y cuando más tarde se convierte, lo hace **entrando en sí mismo** y retornando a casa.

Encontré también en la Biblia que para la mirada del inmenso amor e infinita ternura de Dios nada en el hombre es menospreciable: ni el cuerpo, ni el alma, ni el espíritu. Están estas tres cosas

tan unidas, que la enfermedad física resulta ser un signo de alguna herida del psiquismo o del espíritu.

Actualmente, cuando veo a un enfermo, me pregunto dónde se esconderá la raíz de su enfermedad. Merced a la experiencia adquirida a lo largo de los años, cuando un enfermo viene a que ore por él, empiezo por pedirle al Señor que me indique dónde reside la raíz de su mal. No hay que comenzar orando por los síntomas de la enfermedad. El Señor sabe mejor que nosotros dónde se encuentra la raíz de la herida.

Por último, en lo que respecta a la iniciativa de Dios en los carismas, pienso que debemos ser muy sencillos. ¡No nos hagamos falsos problemas! ¿Por qué? Cuando alguien viene a mí y me pide que ore por él, la mayor parte de las veces yo no sé nada de esta persona. Puede tratarse de un africano, de un israelita, de un alemán. Además, hay que tener en cuenta la diferencia de culturas. En nuestra cultura latinoamericana tenemos la costumbre de juzgar rápidamente, y a veces con mucha estrechez, en algunos puntos, especialmente en lo que respecta a la sexualidad.

Pues bien, constato con asombro hasta qué punto Jesús supera la cultura. Él siempre nos da una "pequeña hebra" por donde será posible agarrar el problema. Yo no me preocupo. Me digo a mí misma que si no hay nada que ver, Jesús no me dirá nada. Y que si hay algo que ver, nos dará un signo, puesto que Él nos ama.

A.— Tú descubriste la antropología revelada, y gracias a este descubrimiento estabas tocando con el dedo la unidad del hombre y la importancia de todo lo que hace un ser humano. ¿A qué te llevó esto en la oración de sanación interior?

N.— Este descubrimiento me llevó a no fijarme tan sólo en el aspecto psicológico de las heridas y enfermedades. Aunque todo en el hombre tenga su importancia a los ojos de Dios, he podido

constatar que lo que más frecuentemente se enferma es el espíritu. Y he comprendido también que el ser humano fue creado por Dios con todas sus cualidades. Es frágil, sin duda, pero ¡es una maravilla!

Para mí, la peor de las enfermedades (y es lo que me ha llevado a orar por sanación interior) es que el hombre no cree que Dios lo ama. Es inconcebible, por ejemplo, que muchos sacerdotes y religiosas trabajen al servicio de Dios sin haber tomado realmente conciencia de que son amados por El.

La gran enfermedad del mundo actual es la de estar separado de Dios. No es de este modo como encontraremos la felicidad. Bien puede uno darse todas las satisfacciones artificiales posibles, esas que hoy se llaman "felicidad", pero ellas no serán sino apariencias, una máscara de la verdadera felicidad a la que Dios nos llama.

El gran descubrimiento que tenemos que hacer es, pues, que Dios ama a sus hijos tales como son. Pero ¡cuidado!: si Dios me ama tal como soy, El no quiere que me quede así. La sanación interior consiste en cambiar lo que está herido en nosotros. El Señor quiere reconciliarnos con lo que somos: nuestra historia, nuestro pasado, nuestras heridas, etc.

A.— ¿Puede Dios realmente cambiar algo en nosotros cuando nuestra historia ha sido herida?

N.— ¡Sí! ¡El es un Dios vivo! Todos estamos llamados a descubrir esto. El no está lejos de nosotros; El se expresa a través de los menudos acontecimientos de una vida. No nos atrevemos a creer que El sufría con nosotros cuando hemos sido heridos por sucesos desdichados. El puede cambiarlo todo: ¡El puede sanarnos!

Y la maravilla de las maravillas es que nosotros podemos vivir este dinamismo del evangelio, todas estas promesas de Jesucristo, que son verdaderas. El es un Dios fiel y su palabra hace lo que dice.

Personalmente, de descubrimiento en descubrimiento, he llegado a tomar conciencia de que Dios es capaz de renovar todo. Y cuando dice que El puede restaurarnos, lo hace de verdad: es capaz de hacerlo. Pero es igualmente verdadero que El no renueva a sus hijos con un golpe de varita mágica. Muchas personas desean recibir la sanación interior de este modo, como si fuera una nueva terapia psicológica.

Pero es enteramente diferente, porque abordar la sanación interior es entrar realmente en un camino de sanación, ir de conversión en conversión, tornarse "cristocéntrico", sabiendo muy bien que, aunque pongamos a Cristo en el centro de nuestra vida, muchas puertas quedarán aún cerradas en nosotros. Ellas se abrirán cuando Dios lo quiera.

Porque la sanación al estilo del Señor es enteramente diferente de la de los médicos. El médico cuida del cuerpo, el psiquiatra cuida del psiquismo, el sacerdote cuida de los espíritus. El único que cuida de mi ser entero es Jesucristo. He ahí la maravilla de la sanación interior.

EL PERDON, COLUMNA VERTEBRAL DE LA SANACION INTERIOR.

A.— Cuando dices que oras por sanación interior ¿qué entiendes por eso?

N.— Orar por sanación interior es ante todo permitir a Jesús que visite todos aquellos lugares de nuestra vida en que hemos sido heridos. Ya hemos hablado de ello: muy a menudo, a la base de toda herida hay un problema de perdón. Es, pues, un problema espiritual. A la raíz de un cáncer, por ejemplo, hay a menudo un asunto de perdón o de culpabilidad. Conviene buscar el origen de esta culpabilidad, buscar el momento en que ella nació y por qué. Generalmente nos encontramos frente a una herida remachada.

¿Qué entendemos por herida remachada? Supongamos, por ejemplo, que yo no fui una hija deseada. En mi nacimiento, mis padres, faltos de espacio y de medios materiales, no pudieron tenerme en casa. Me confiaron a mis abuelos. En ese momento sufrí una herida muy fuerte de abandono. A la edad de tres años me trajeron de vuelta a casa. Mis padres, al igual que mis hermanos, me eran extraños. Esto fue una nueva herida de abandono. Pero tuve también el sentimiento de haber sido abandonada por mis abuelos: otra herida de abandono. En seguida, me envían a un pensionado: también herida de abandono. De este modo, acumulándose, las heridas me van agravando.

Un enfermo de este tipo puede tomar muchos caminos psicológicos que no lo conducirán a ninguna sanación, porque en el fondo de él mismo hay un gran perdón que tendría que dar. Y si este perdón no se da, es imposible volver a encontrar la paz consigo mismo, con el prójimo y con Dios. Orar por sanación interior es volver sobre todos estos sucesos que han herido al ser humano, que

lo han movido a ponerse una máscara tras otra, para responder a una sociedad que exige reaccionar de una determinada manera frente a una situación dada y responder a determinadas exigencias.

El ser humano es incapaz de esto. Tiene que jugar su papel en la casa, en el trabajo, en la sociedad. Hay diversas funciones sociales, como la de profesor, la de padre, de sacerdote, de policía, etc. Cada uno de nosotros se cree obligado a adoptar una cierta manera de obrar, ciertas actitudes, ciertas maneras de vestirse, en función del rol que está llamado a desempeñar. Somos grandes actores. No nos resulta fácil ejercer nuestra libertad frente a nosotros mismos, frente a los otros y frente a Dios.

Para mí, el fruto de la sanación interior es hacernos hijos de Dios. El hijo de Dios es un ser libre. Porque la libertad es uno de los grandes atributos de Dios. Si yo no soy libre como hijo de Dios, hago mentir mi condición de tal. Si Dios es libre, sus hijos están llamados a llegar también a serlo.

Gracias a la sanación interior llegaremos a no tener miedo de nada, a sentirnos cómodos, a ser nosotros mismos. No porque hayamos emprendido una terapia psicológica, sino porque habremos descubierto un Cristo siempre viviente que no cesa de amarnos.

Y si caemos, será un accidente. Después de una caída, siempre es posible levantarnos y volver a comenzar, porque se ha sido perdonado. A menos que se caiga por caer, por mezquindad.

A.— Ya has hablado muchas veces de perdón. ¿Qué quiere decir propiamente esta palabra? Porque muchas personas dicen que no tienen nada que perdonar o que ya han perdonado. Pero, de hecho, cuando se ora por ellas, uno constata que están bloqueadas frente al perdón.

N.— Mi madre decía: “Yo he perdonado, pero no olvido”. ¡Curiosa manera de perdonar! ¡Es cómico! Mucha gente dice que está en paz, que no tiene rencor contra nadie, y no es cierto.

El perdón es lo más asombroso en el ministerio de sanación interior. A la base de cada herida hay un perdón que dar o recibir.

¿Me atrevería a decir que hasta ahora el problema del perdón ha sido mal comprendido?

Es verdadero incluso dentro de la Iglesia. Y esto no es una crítica, sino una constatación. A través de mi ministerio he tenido ocasión suficiente de darme cuenta de que no se sabe cómo perdonar. La gente se imagina haber perdonado cuando está, en cambio, impregnada de falta de perdón. Basta con mirar a todos esos enfermos: ellos están enfermos por el hecho de que su organismo ya no puede soportar todo el odio y el rencor acumulados durante años.

El perdón no se sitúa en el nivel de los sentimientos. Es esencial comprender esto. Cuando le digo a alguien que es importante para él perdonar, me responde que es incapaz de hacerlo. Yo le respondo que eso es verdad, que dejado a sí mismo él no puede perdonar a nadie. ¿Cómo llegar a perdonar tan sólo con nuestras fuerzas? ¡Sólo lograremos enfermarnos más! Es con Cristo como debemos entrar en actitud de perdón. Esa es la única manera de perdonar.

Ciertas personas dicen que quisieran perdonar, pero que ello sería una actitud hipócrita de su parte. ¿Por qué? Una vez más, el perdón no se sitúa en el nivel de los sentimientos. Estos constituyen un estrato inferior del ser humano. Yo no los desprecio, porque ellos tienen su importancia y su valor. ¡Pero el perdón depende de la voluntad! Yo debo tomar la decisión de perdonar y pedir a Jesús que venga a penetrar y a fortalecer con su presencia las decisiones que acabo de tomar. Y hay que hacerlo todos los días y no tan sólo una vez de pasada. Porque somos sumamente complicados y lentos para comprender...

En definitiva, ¿qué es el perdón?

El perdón es el fruto de una gracia. Tan sólo la gracia de Dios puede hacernos capaces de entrar en una actitud de perdón.

Fue al profundizar en mi propio caso como pude hacer muchos descubrimientos a propósito de la sanación interior. Si hablo profusamente de mi historia personal, es porque este ministerio exige mucha discreción cuando se trata de otros. Cuando alguien me entrega su testimonio por escrito, puedo hablar. Si no, me callo. Esta es la única razón por la que es preferible que hable de lo que yo misma he vivido.

En lo que respecta al perdón, he descubierto que se sitúa a tres niveles:

El perdón a los demás.

El perdón a sí mismo.

El perdón a Dios.

Cuando descubrí por primera vez que debía perdonar a los otros, este descubrimiento fue dramático para mí, porque yo pensaba antes que no tenía nada que perdonar a nadie. Pensaba que estaba en paz. Sin duda, yo tenía pequeños problemas, pero no dificultades grandes respecto de mi prójimo.

Recuerdo bien el tiempo en que mi noviazgo fue roto. Me decía a mí misma que debía perdonar a mi novio. Me ponía de rodillas exclamando que lo perdonaba por esto y aquello...Aún no había descubierto la gracia del perdón.

Me mantuve en esta actitud hasta el día en que el Señor, quizás ya cansado de escucharme, a mí que me encontraba tan dispuesta para perdonar a los demás, me hizo la siguiente pregunta: "Y tú, ¿qué mal le has hecho a él?"

Entonces vi el otro lado del problema. Mi propia actitud frente a mi novio. Y tomé conciencia del sufrimiento que le había inferido.

Me decía a mí misma: "De seguro que el pobre se salvó..." Pero el perdón no había sido comprendido aún: yo oraba, claro pero me escapaba lejos de Dios.

Lo maravilloso que ocurre con el Señor es que cuando uno se da cuenta de que El sana a sus hijos, El ya está actuando desde mucho tiempo. Y es por esta razón por lo que debemos estar siempre atentos a los signos que nos dan cuando viene a emprender nuestra sanación. Es lo que pasó conmigo.

Yo quería participar en un retiro de sanación. Me preparaba para él pidiéndole al Señor que me mostrara lo que El quería sanar en mi corazón. El conocía muy bien lo que estaba herido en mí. Yo, por mi parte, no veía lo que tenía que cambiar. Yo era profesora de filosofía, había estudiado psicología y otras disciplinas. Pero nunca me había interesado por un proceso terapéutico, porque eso no me atraía. Quince días antes del retiro, el Señor comenzó a tocar mi corazón. Alguien me preguntó por qué no me había casado. Contesté que me encontraba bien así: era libre, tenía una profesión, hacía lo que quería con mi dinero, tenía la posibilidad de viajar. Por otra parte, mis padres encontraban muy inteligente que yo me hubiera quedado soltera. ¡Tenía buena suerte! No estaba obligada a cocinar para mi marido, ni a lavarle las camisas...

Más de quince personas me hicieron la misma pregunta y a todas les di la misma respuesta. Por esos días tenía que entregarle un trabajo al Padre Carlos Aldunate, que era mi director espiritual. El, de un modo muy abrupto, me preguntó de pronto: "Nelly, quizás soy curioso, pero me gustaría saber la razón por la que no te has casado. Eres una mujer alegre, tienes una cantidad de cualidades... Siempre me pregunto por qué una mujer como tú no se casa".

¡Fue el golpe de gracia! En ese momento, en oración, comprendí el sentido de la pregunta que me había sido hecha por tantas personas. Tenía que haber algo torcido en mí. Frente al matrimonio había una insensibilidad total de mi parte. Me reía

mucho de esas mujeres que andan a la caza de marido. Hacían el ridículo al perder de este modo su libertad. Sí, había en mí algo que estaba herido.

Partí al retiro en este estado de espíritu. Al segundo día, durante la oración de sanación, comprendí que yo me negaba a casarme a causa de la infidelidad que había visto en mi padre para con mi madre. Yo había sufrido por esta infidelidad desde mi niñez. Mi papá era un hombre muy bueno, pero había hecho sufrir a mi mamá por sus muchas aventuras amorosas. Y en mi corazón, inconscientemente, yo me decía: "Jamás me casaré, porque no quiero ser engañada y traicionada como la mamá". Alguien dijo en la asamblea: "Vean qué fácil es perdonar. Pídanle a Jesús que venga a ustedes para que perdonen a los que tienen que perdonar".

Yo estaba feliz. Había perdonado a mi padre.

¡Cuál no sería mi asombro cuando, al volver a casa, y encontrarme con mi padre, sentí que tenía ganas de cortarlo en pedacitos! Me pregunté qué es lo que pasaba conmigo. Entonces comprendí la palabra de Jesús en el evangelio de San Mateo. Pedro le pregunta a Jesús cuántas veces debe perdonar, y Jesús le responde: "**No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete**" (Mt 18,22). Fue para mí un gran signo del Señor. Si "**setenta veces siete**" significa que hay que perdonar siempre, tendré que ponerme a orar y a perdonar hasta que reciba la gracia del perdón. Debo hacer todos los días una oración de perdón por mi padre hasta que esta gracia me sea otorgada.

Entonces, día tras día pedí: "Señor Jesús, dame la gracia de perdonar a mi padre todas sus aventuras, todas sus infidelidades, todo lo que hemos sufrido a causa de él".

En esta época, mi padre se casó por tercera vez. A medida que yo oraba por el perdón, mis sentimientos cambiaban frente a él. La oración modificaba mis emociones. Yo me tornaba más apacible y la relación con mi padre se iba mejorando. Finalmente fue algo maravilloso.

Hay que hacer notar también que cuando rehusamos el perdón a alguien, lo atamos; guardamos sobre él algo así como un poder. Una vez que aceptamos perder este poder sobre la otra persona, si continuamos orando por el perdón, el Señor viene a cortar las ataduras y a restaurar el amor. Yo estaba maravillada al constatar el trabajo hecho por el Señor no solamente en mi propio corazón, sino también en el de mi padre.

Insisto en la necesidad de una oración fiel para pedir esa gracia del perdón. Cometemos un gran error en la Renovación cuando creemos que basta perdonar de una vez por todas y que entonces todo queda arreglado como por encanto. Recordemos que somos cuerpo, alma y espíritu, y que la herida inscrita en nuestro ser por talo cual acontecimiento hace más difícil el perdón. Sólo la oración cotidiana, hecha durante meses e incluso años, nos podrá obtener la gracia del perdón.

Una vez que hube comprendido que estaba muy lejos de haber perdonado a mi padre, y que las heridas se manifestaban con más fuerza, oré todos los días durante diez minutos pidiendo a Dios la gracia de perdonarle todo lo que me había hecho padecer. A medida que oraba así, el Señor me mostraba igualmente los buenos recuerdos que guardaba de él. Y después de unos ocho meses recibí la gracia en mi corazón.

El Señor obra a través de su Palabra. Jamás olvidaré el siguiente texto del Eclesiástico (3,16), en que El habla del deber de los hijos para con sus padres:

“Como blasfemo es el que abandona a su padre, maldito del Señor quien irrita a su madre”.

En ese momento el Señor me dijo que quería darme la gracia de perdonar a mi padre. Y durante ese año en que oré por el perdón, el Señor trabajaba igualmente en el corazón de mi padre. Yo me di cuenta de que había rehusado toda la ternura que mi padre me había querido manifestar, a causa del resentimiento que yo experimentaba hacia él, que había hecho sufrir tanto a su familia.

Pues bien, el Señor permitió que descubriera esa ternura.

A veces sucede que sorprendemos a los otros cuando queremos perdonarlos y restablecer lazos que habían sido cortados. Comprendiendo que tenemos que perdonar, a veces, con impaciencia, queremos dar un paso hacia el otro. Me acuerdo de aquel muchacho que le dijo a su madre: "Mamá, yo quiero perdonarte por tal o cual cosa". La madre, que no estaba preparada para recibir esto, sufrió un verdadero shock. Hay que pedirle al Señor que llene nuestros corazones con su gracia, e incluso que nos sugiera los gestos y las palabras que habrá que decir cuando venga el momento de la reconciliación. Todo esto, a fin de evitar una nueva herida. Así, mi padre ignoraba totalmente que nos había herido. No sabía que por su causa yo me había quedado soltera...¿Qué habría ocurrido si yo le hubiera dicho: "Papá, te perdono tus infidelidades?".

El Señor nos dio su gracia. Mi padre vivía a dos horas de nuestra casa. En cierta ocasión se sintió movido a venir a vernos. Mientras yo escuchaba la palabra que acabo de mencionar, él llegaba a nuestra casa. Me abrazó y me dijo que me quería mucho y que deseaba verme...Yo sabía que era el perdón pedido el que estaba actuando en él.

Es importante, por último, hacer notar que la oración de perdón por un padre y una madre, es igualmente necesaria para que seamos sanados de las falsas imágenes paterna y materna: la primera nos permitirá descubrir a Dios, nuestro Padre. La segunda nos hará descubrir a María, nuestra Madre. Son muchos los cristianos para quienes María no cuenta. ¿Cuántos son los que se atreven a creer que María intercede por cada uno de nosotros? No nos atrevemos a pedirle nada, porque nuestra imagen materna está falseada.

Por medio de estos perdones que damos, el Señor viene, pues, a restaurar esas imágenes. Porque Dios restaura, Dios no destruye nada. Y permite que veamos lo que está bien en nuestro pa-

dre y también lo que está mal. El quiere que la imagen paterna sea plenamente rehabilitada en nuestra historia personal. ¡Esa es la maravilla de la sanación interior!

A.— *¿Podrías explicarnos en qué consiste el perdón a sí mismo?*

N.— El perdón a nosotros mismos es una realidad muy compleja, porque nosotros somos seres repletos de culpabilidad, culpabilidad que puede comenzar ya en el período en que el niño está en el seno materno: el hecho, por ejemplo, de no ser acogido, de no ser deseado, de no ser aquel o aquella que se esperaba, todo eso hace que nos sintamos culpables de vivir.

Puede pasar también que uno haya sido marcado por innumerables reproches humillantes, que a veces son dirigidos a los hijos por los padres y educadores: "¡Eres un bruto! ¡No sirves para nada! ¡Eres un inútil!" O a lo mejor emplearon la estrategia del silencio, porque los hijos obraban de una manera que ellos no aprobaban. O puede que nos hayan hecho pasar vergüenza ante los demás por habernos comportado de una manera que parecía reprehensible a los ojos de los mayores. La culpabilidad tiene los más diversos orígenes.

En el ministerio de sanación me ha llamado la atención encontrarme con personas que, habiendo recibido el perdón sacramental mucho tiempo atrás, persisten, sin embargo, en acusarse de la misma falta. Y no sólo eso, sino que siguen también sufriendo las consecuencias de sus pecados. Y ello, porque no han descubierto la realidad profunda del perdón.

¿De qué se trata, pues? Lo que sucede es que esa persona no se ha perdonado aún a sí misma. Recuerdo el caso de una señora que sufría insomnios desde hacía veinte años. Se había casado muy joven, alrededor de los dieciséis años, con un hombre de unos treinta. La diferencia de edad entre ambos era muy grande.

Quando esta mujer llegó a la edad de veinte años, se enamoró de otro hombre y engañó a su marido. De este modo tuvo una relación que duró una decena de años y que se habría prolongado aún más si su amante no hubiera muerto. Después de esta aventura, ella volvió a recibir los sacramentos. Tomó conciencia de su pecado y se confesó. Durante años siguió confesando la misma falta sin poder encontrar la paz ni conciliar el sueño.

Con ocasión de un retiro de sanación, ella me relató su historia y me pidió que orara por ella. Mientras oraba, recibí una visión en que esta mujer aparecía llevando una pequeña tumba sobre su cabeza. Le pedí al Señor que me diera sabiduría para decirle lo que ella necesitaba. Descubrí entonces lo que había pasado y le aconsejé que se perdonara a sí misma. Me respondió que era incapaz de hacerlo. Cuando me confió que ya había confesado su pecado y que en cada confesión volvía a confesarlo nuevamente, yo le pregunté si acaso sabía lo que estaba viviendo: "Eso es una tentación. Usted está siendo tentada de no creer que Dios ya ha perdonado su traición..."

Me preguntó si no sería bueno para ello poner a su marido al corriente de su infidelidad. Le contesté que aquí precisamente se hallaba su cruz. Si quería que su marido se mantuviera firme, era preferible que callara. Debía perdonarse a sí misma, pedir a Jesucristo la gracia de entrar en una actitud de perdón y de reconciliación consigo misma.

Ella pidió esta gracia. Poco tiempo después, vino a encontrarme, radiante de alegría, y me dijo: "Nelly, ¡por primera vez he dormido toda la noche!".

Usualmente sólo creemos lo que experimentamos. Cuando hayamos tenido ocasión de perdonarnos a nosotros mismos algún hecho doloroso que nos ha marcado en lo profundo, cuando hayamos tenido ocasión de constatar los efectos del perdón, solamente entonces llegaremos, tal vez, a creer en la fuerza sanadora de la actitud perdonante frente a Dios, a los demás y a nosotros mismos.

Recuerdo todavía otro caso. Una dama estaba oprimida desde hacía muchos años. Su madre había sido muy autoritaria con ella en sus años juveniles. Cuando esta dama comenzó a trabajar, se llevó consigo a su madre, pues el padre ya había muerto. Desde ese momento jamás quiso comprarle algo a su madre. Cuando ésta le pedía zapatos o cualquiera otra cosa que necesitaba, ella le contestaba que no tenía dinero. La madre murió de pena. Ella se puso entonces a comprar toda suerte de cosas, que amontonaba en armarios sin usarlas jamás. Es que tenía que castigarse por lo que había omitido hacer por su madre. Entonces descubrió su culpabilidad, que se originaba en el deseo de vengarse de su madre, alimentado secretamente por mucho tiempo. Se confesó, y todos los días pedía, por el poder de Jesús, la gracia de perdonarse a sí misma. Y de este modo sanó.

La culpabilidad nos destruye y corroe, porque ordinariamente somos para con nosotros mismos los peores jueces. Nosotros nos juzgamos más duramente que lo que lo hace Dios, que es por excelencia amor y ternura.

A.— Ya es hora de que nos hables del perdón a Dios. Dos palabras que no parecen ir juntas. Y sin embargo, también morimos a causa de nuestros resentimientos frente al Señor.

N.— A menudo alimentamos un gran resentimiento frente a Dios, y nos forjamos falsas ideas acerca de El. Mi ministerio de sanación está verdaderamente centrado en el amor de Dios. Cuando un hombre o una mujer descubren que son amados por Dios, por un Dios que está en todas las cosas y que nos acepta tales como somos, entonces muchísimos problemas desaparecen.

Con gran asombro he podido constatar que aunque, por supuesto, yo oraba mucho y hacía retiros..., en mi corazón me pre-

guntaba constantemente si acaso Dios me amaba, si me amaba tal como yo era. En el fondo yo abrigaba una gran desconfianza frente a El.

¿Cómo descubrí la necesidad del perdón a Dios? Porque puede ocurrir que hablemos hermosamente de su amor y que incluso lo sintamos muy cerca intelectualmente. Pero no somos solamente inteligencia. Somos cuerpo, alma y espíritu; y es en estos tres niveles como debemos experimentar el amor de Dios. No se trata tan sólo de un asunto de sentimientos, porque los sentimientos se desgastan con facilidad y prontamente.

Cuando mi comunidad me animó a ejercer el ministerio de sanación, me dije a mí misma: "Si el secreto de los cristianos ha de ser el amor, algo pasa conmigo, puesto que yo no acepto a todo el mundo". Me gustaba encontrarme con gente inteligente, con gente con estudios, porque podía hablar con ellos de cosas que yo juzgaba interesantes. Pero ahora estaba embarcada en un ministerio de sanación, y quien dice ministerio de sanación, dice ministerio de amor. Ahora bien, entre las personas que venían a verme, había algunas que me fastidiaban porque decían siempre las mismas cosas. Me pregunté, pues, a mí misma por qué yo no podía amar a estas personas. La primera respuesta fue que yo no me sentía amada por Dios y que tampoco me amaba a mí misma. Entonces clamé a Jesús y le dije: "Señor ¿por qué yo no amo como Tú amas? ¿Por qué no acepto a todo el mundo? ¿Por qué esa falta de confianza frente al amor?".

Un día, yo me encontraba muy triste por no saber cómo amar. Con ocasión de una reunión, una mujer pobre se había arrojado a mis brazos diciendo: "Lo que más me gusta en ti, Nelly, es que estás llena de amor y que aceptas a todo el mundo. Vengo a abrazarte porque te quiero y tú me quieres". Me sentí entonces tan hipócrita que quise escaparme. Luego le hice a Jesús la misma pregunta que le había hecho antes: "Señor, te ruego que me respondas: ¿Por qué no amo yo como Tú amas? Jesús, ¿me amas Tú? ¿Me amas verdaderamente?".

En la oración por sanación interior he podido descubrir lo que podríamos llamar la "herida tapón". Es una herida que de alguna manera impide que el Señor entre libremente en nuestra vida.

Durante un retiro ignaciano yo hacía una y otra vez la misma pregunta: "Señor, ¿me quieres?" No pasó nada durante los dos primeros días. Pero al tercero recibí una visión en que aparecía un canasto lleno de arvejas, secas y grises. Por encima de este canasto había una vaina hinchida de frutos espléndidos. Era maravillosamente verde, tal como podía vérsela sobre una tierra fecunda. Esta vaina se entreabría de tal modo que podían verse sus frutos.

Durante esta visión pude comprender que esa vaina era yo misma. Se había apoderado de mí una enorme gula espiritual. Yo estaba llena, pero era incapaz de dar. Este diagnóstico del Señor me entristeció (para mí, una visión es un diagnóstico del Señor). Pero ese diagnóstico era justo: yo era una mujer golosa de las realidades espirituales. Pero era incapaz de dar, en particular de dar amor...

Tenía, pues, que preguntarle al Señor por qué yo actuaba de esta manera. Yo tenía miedo; no tenía la menor confianza en mí misma. Podía sin duda hablar en público, hacer una conferencia sobre literatura..., pero, cuando hablaba de Jesús, se apoderaba de mí el temor y me sentía angustiada. Nadie creía en mi angustia, porque me veían hablar ante mucha gente. Pero mi corazón estaba muerto de miedo.

Era como medianoche cuando la respuesta me fue dada. Volví a verme a la edad de once años en la biblioteca del liceo en que había comenzado mis humanidades. Pude ver a una niñita muy menuda que venía a buscar libros para el año escolar.

Mi madre siempre tenía problemas económicos, porque mi padre era muy gastador. Yo trataba de evitarle preocupaciones y no obligarla a comprarme los libros que necesitaba al comienzo del año escolar. Procuraba obtenerlos por medio del servicio de prés-

tamo. Pero lo que yo no esperaba era que esos libros estuvieran marcados con el sello de la "Asociación de Estudiantes Pobres". Este sello en la primera página de los libros me traumatizó para siempre, porque todo el mundo se podía dar cuenta de que yo había obtenido los libros prestados. La caridad no se ejercía con discreción. Esa era la herida que me impedía recibir el amor de Dios y sanar.

Por otra parte, como en casa éramos muchos, yo estaba haciendo mis estudios en el internado gracias a una beca que mi padre había obtenido para mí. Cada vez que yo reclamaba por algo, me decían: "Señorita, usted no tiene derecho a reclamar; ya sabe por qué..."

Había por último, otra cosa que también me molestaba mucho, y es que no se nos llamaba nunca por el nombre propio. Decían: "Señorita Astelli". Desde muy pequeña siempre había oído en el colegio: "Señorita Astelli, al pizarrón. Señorita Astelli, haga tal o cual cosa". Esta manera de nombrárenos creaba una distancia entre el profesor y la niña que era yo, una distancia que, a su vez, se manifestaba en mi vida espiritual, en mi relación para con Dios.

Yo tenía una falsa idea de Dios. ¿Quién era El para mí? Un Dios muy atento a que yo cumpliera todo lo que se me pedía. De otro modo, El me quitaría la beca de estudios. Un Dios juez, que me seguía paso a paso, con una lupa en la mano, al igual que un científico que observa una hormiga. Un Dios listo para aplastarme tan pronto como yo diera un paso en falso. Por suerte, yo estaba en una escuela laica, y no conocí todo ese género de culpabilidades infladas en las escuelas cristianas a propósito del pecado y de la moral.

Cuando me di cuenta de la falsa idea que tenía de Dios, le pedí perdón y lo perdoné. ¡Pareciera una herejía decir que se perdona a Dios! Sin embargo, yo perdoné lo que había imaginado a propósito de El, y le pedí que me perdonara esas falsas ideas que yo me había forjado de El.

Viví entonces una gran reconciliación. Desde ese momento mi vida fue una vida nueva. En efecto, muchas de mis heridas se habían originado en esta falsa idea que yo tenía de Dios. Era ella la que me impedía -y les impide a muchos- introducirme en la gratitud del Reino.

¿Por qué no lograba yo creer que Dios me amaba? Porque alimentaba mucho resentimiento para con Él. Mi casa se había desplomado a raíz de un terremoto. Mi madre había muerto. Yo había perdido injustamente mi trabajo... Me rebelaba pues contra ese Dios que no me hacía justicia.

Podría pensarse que hablar de perdonar a Dios es una blasfemia. Pero, de hecho, en el momento en que yo acepté perdonarlo, en ese mismo momento comencé a sanar. Y también mi idea de Dios se fue modificando.

Yo oraba de esta manera: "Señor, yo te perdono porque mi casa se destruyó. Señor, yo te perdono por haberte llevado a mi madre. Oh Dios, yo te perdono por todas las cosas trágicas que han ocurrido en mi vida". Entonces pude descubrir mi pecado, mi mala manera de ver las cosas. Dejé de culpabilizar a Dios por todo lo que me ocurría. El no era el responsable del derrumbe de mi casa, pues yo le había preguntado a mi padre, tiempo antes, si no sería bueno hacer un peritaje por parte de un arquitecto, y él se había opuesto a ello, so pretexto de que la casa estaba en buen estado. Dios no era tampoco responsable de la muerte de mi madre, pues ella se encontraba en edad ya avanzada, y la hora de su muerte había llegado.

Sólo cuando me puse a perdonar a Dios, descubrí un sentido para mi vida. Todo quedó puesto en su lugar propio. Abrigamos muchas veces resentimientos hacia Dios y lo responsabilizamos de muchas cosas que, de hecho, son causadas por el pecado original y por nuestros propios pecados personales y colectivos.

LA SANACION DE LA MEMORIA Y DE LOS RECUERDOS.

A.—Tú nos has hecho descubrir la importancia del perdón en todas sus formas. ¿No sería bueno subrayar también que el perdón llega hasta las últimas fibras de nuestro ser, especialmente hasta la memoria y los recuerdos?

N.— ¿Por qué tenemos tanta dificultad para sanar? "¿Llegaremos alguna vez a sanar?", se preguntan muchas personas. Es importante saber que el camino de la sanación interior es muy largo. No se sana de una sola vez. Yo suelo decir en mis retiros que ninguno de nosotros puede recibir en sí todo el poder de sanación del Señor. Si El viniera y me dijera: "Nelly, yo te voy a sanar de todas tus mentiras, de todo tu pecado, de todas tus heridas", yo sería sin duda como un ángel del cielo.

Bastaría con que Dios nos tocara con el dedo para que nos desplegáramos... El quiere sanar en nosotros lo que está preparado para sanar. El nos sana teniendo en cuenta nuestra personalidad, nuestra historia, nuestra cultura. El sabe perfectamente cómo tocar nuestras heridas.

Por consiguiente, nada de practicar la introspección... Es Dios quien tomará la iniciativa. Lo que a nosotros nos corresponde es tener una vida de oración personal, en lo posible prolongada. Me permito insistir en este punto: cuando hablo de oración personal, no me estoy refiriendo a una breve detención de cinco minutos, o a decir, como lo hacen muchos carismáticos mientras viajan en tren, en bus, o en auto: "¡Te alabo, Señor! ¡Gloria a Ti! ¡Aleluya!" Es bueno orar así, y yo también lo hago. Pero, cuando hablo de orar, lo que quiero decir es que nos detengamos frente a nuestro Señor, frente a nuestro Dios. Un largo tiempo de detención. Media hora o una hora, según el crecimiento de cada cual. Mientras más sanada esté, más cerca estaré de mi Dios.

Esta oración personal y la vida sacramental, son indispensables para nuestra sanación interior. No descuidemos, sobre todo, la vida sacramental: la Eucaristía, la Reconciliación, la Unción de los enfermos. Su poder de sanación es inmenso. No olvidemos tampoco la Palabra de Dios, y el acompañamiento espiritual.

La sanación interior ha de ser sostenida por todos estos medios que la Iglesia pone a nuestra disposición. "Que no esperen recibir la gracia los que no oran", decía una persona mística. Es una gran verdad. Porque, una vez más, la sanación no se recibe como por encanto. Muchos cristianos quieren ser sanados sin comprometerse con Jesús. Pero es imposible sanar si no nos pegamos, literalmente, a Jesús: sólo El podrá sanarnos.

A medida en que uno va siguiendo a Jesús, va entrando también en el camino de la conversión, en una sanación continua. No sabemos adonde llegaremos, pero no tengamos miedo: estamos en la mano de Dios.

Es maravilloso descubrir hoy que a través de la pedagogía del Espíritu Santo, vivimos una espiritualidad encarnada, "con los pies en la tierra". Somos seres humanos que vivimos en medio del mundo, con una historia a nuestra espalda, en un país determinado y en circunstancias concretas. Tenemos que vivir en este mundo. Y la única manera como podemos hacerlo es vivir en él con Jesús y con la libertad de los hijos de Dios. Aunque estuviésemos en la prisión. No es posible que un hijo de Dios pierda su libertad interior por el hecho de que está encarcelado o porque haya sufrido las consecuencias de un terremoto o de cualquier otro evento. Hay cristianos que nos han mostrado cómo es posible vivir una espiritualidad encarnada, llegar a ser testigos y enseñar por la vía del testimonio personal. ¡Nunca se ha de aparentar lo que se dice, sino que hay que vivirlo!

Cuando oigo las críticas que se hacen contra la sanación interior, vuelvo a pensar en el camino recorrido por tantas personas que a través de ella han descubierto lo que es la pobreza espiritual, la castidad y otras virtudes que vemos en la vida de los santos. Yo

sé que estamos en el buen camino. Gracias al capital universal de alabanza, gracias al sufrimiento de todos los santos, esta nueva pedagogía se está desarrollando hoy en la Iglesia.

Sin embargo, el Señor nos invita a seguirlo de una manera más y más profunda. El nos ha hecho descubrir cosas increíbles dentro de esta misma perspectiva; como, por ejemplo, el poder del perdón en la sanación de la memoria.

Conviene establecer una distinción entre memoria y recuerdo. No voy a hacer aquí eruditas distinciones. Me atenderé a lo esencial. Dejemos a los especialistas el cuidado de las sutilezas. Por mi parte, tengo a Jesús y El me basta.

- La **memoria** es el almacén de los recuerdos, es decir, la permanencia de mi historia.

El **recuerdo** es como la fotografía de un acontecimiento registrado en mi memoria. Puede tratarse de un acontecimiento feliz o de uno desdichado. El acontecimiento feliz queda registrado sin problemas y se convierte en parte integrante de mi vida. Notemos que el Señor aprovecha los buenos acontecimientos de la vida para sanar en nosotros lo que ha sido herido.

El acontecimiento desdichado plantea problemas, porque, cuando fue registrado en mi memoria, hirió mi afectividad. El recuerdo de esta herida, que siempre es signo de una falta de amor o de una frustración, se convierte en un veneno que se infiltra en nuestro ser enfermándolo.

Cuando hablamos de memoria, decimos generalmente que el cerebro es el lugar privilegiado de la misma. Pero, en la oración de sanación interior, hemos descubierto que la memoria se inscribe en nuestro ser entero. Por eso es tan difícil sanar ciertas heridas. Sabemos también que las ideas se forjan por la vía de los sentidos. Por la misma razón podemos hablar, a propósito de la memoria, de un nivel visual, de uno auditivo, olfativo, gustativo y táctil. De-

bemos tener en cuenta también el nivel cenestésico, es decir, toda esa memoria que está inscrita en la piel misma.

Este descubrimiento va más allá de lo que podemos imaginar. Un ejemplo es el caso de los mecanismos de defensa que se pueden constituir en cualquier edad. He aquí un testimonio personal: cada vez que iba yo a una tienda, rápidamente me dirigía a la sección de las blusas para damas. Tenía la manía de comprar blusas. Buscaba las más bellas y de todos los colores.

Yo acababa de llegar de un viaje y estaba buscando mis vestidos. Como sólo encontré seis blusas, me encolericé con mi madre, porque había regalado todas las demás. Ella me decía que yo tenía suficientes. Como yo no estaba aún en el camino del Señor, sufrí un espantoso acceso de ira.

Un día, estando en Europa, unos amigos me invitaron a cenar. Una amiga mía acababa de llegar de Chile. Antes de partir, yo le dije que me esperara mientras me cambiaba la blusa. Ella, muy sorprendida, me replicó: "Pero Nelly, ¡es la tercera vez, en pocas horas, que te cambias de blusa!" Yo le contesté que no me parecía estar presentable. Mi amiga insistió: "Pero, si es la tercera vez que te cambias... Tu blusa está limpia". Esta observación me hizo pensar. Yo misma no me sentía bien.

Pese a todo, fui a cambiarme, mientras me decía para mi interior que algo en mí no andaba bien. Conté todas las blusas y pude constatar que había cincuenta... Salimos para la cena, pero la tarde se había estropeado. Me alegré de volver a mi casa para pedirle a Jesús que me mostrara lo que no andaba bien en mí. Mientras oraba, recibí una palabra de conocimiento: "Cuello sucio". ¿De qué se trataba?

Siempre tuve una piel grasosa. Cada vez que me ponía una blusa limpia, ésta se ensuciaba a la media hora. A veces mi madre entregaba el lavado a una mujer. Le decía: "¡Cuidado con las blusas de Nelly, porque las ensucia mucho!" Cuando yo pasaba junto a esta mujer en el patio donde ella estaba lavando, solía de-

cirme que yo era una "bola de sebo". Esto me enojaba. Y como yo siempre tenía la última palabra en las discusiones con mis hermanos y hermanas, Alicia, mi hermana mayor, se vengaba de mí diciéndole a mamá: "Mamá, Nelly se duchó, pero no se lavó el cuello...". Mi madre me regañaba: "Ven acá, vas a ir a lavarte". Aunque yo repitiera que me había lavado bien, ella encontraba siempre que mi cuello no estaba suficientemente limpio.

Quando llegué a la escuela secundaria, lo primero que mi mamá le dijo a la inspectora fue que cuidara que yo me lavara bien el cuello. A decir verdad, durante todos los años viví aterrorizada, porque constantemente me hablaban de eso. Llegué hasta la obsesión. Más tarde, como profesora, me daba cuenta de que los estudiantes me querían, puesto que mis cursos eran vivos y llenos de humor. Al término de las clases, ellos asaltaban mi pupitre. Entonces yo me decía a mí misma: "Vienen a ver mi cuello..." Y los rechazaba con un gesto de la mano, impidiendo que se acercaran a mí.

En la oración me di cuenta de que mi memoria visual y auditiva estaba herida. Comprendí, al mismo tiempo, que tenía que perdonar a las personas del internado, y a la mujer que lavaba la ropa en mi casa, lo mismo que a mis hermanos y a todos los que me habían fustigado a propósito del cuello.

¿Qué fue lo que pasó entonces? Bueno, seguí comprando blusas, pero esto ya no era para mí enfermedad. Empleé algodón y agua de colonia para desengrasar mi piel. Ahora estoy reconciliada con mi piel; con mis hermanos, mi madre y el internado; en pocas palabras, con todo lo que me había herido a este nivel. Oré durante tres meses acordándome de que en el internado me levantaba por la noche para lavar mi blusa, que luego ponía bajo el colchón para plancharla...

A.— Esta sanación de la memoria es realmente un descubrimiento extraordinario. Atañe a muchos dominios de la vida y a muchos sufrimientos. Quizás sería

bueno decir, en relación con la sanación de los drogadictos, que es importante orar por la sanación de la memoria gustativa.

N.— He podido constatar por mí misma la sanación de algunos drogadictos. Una vez que Jesús ha cortado las ataduras con la droga, la persona queda instantáneamente sanada. Pero es importante seguir orando por la sanación de la memoria gustativa y olfativa, porque es posible que haya recaídas a causa de las heridas acumuladas al nivel del olfato y del gusto. Otro tanto sucede con los alcohólicos.

Tenemos otro ejemplo también en la violación. Algunas mujeres no se reconciliarán jamás con este accidente tan destructivo de todo su ser. Pero es posible pedirle a Jesús que venga a sanar toda la memoria en relación con este acontecimiento. Sólo Jesús es capaz de reconciliar a una persona consigo misma después de un acontecimiento semejante.

Entre todos los aspectos de la memoria sensorial, es la memoria auditiva la que con más frecuencia suele ser herida. ¿Quién de entre nosotros no ha escuchado reproches tales como "eres feo", "eres falso", "eres mentiroso", "eres demasiado chico"? Conocí a un sacerdote que había sufrido mucho por el sobrenombre que le habían puesto cuando era niño. Un sobrenombre puede matar. Con razón Jesús nos dice: "No tratarás a tu hermano de Racca". (Cfr. Mt. 5,22). Un sobrenombre puede socavar la personalidad. Lo peor de todo es que la palabra hace lo que dice. Es verdad. En todo caso, estoy persuadida de que es así en lo que respecta a los sobrenombres.

Si una madre le dice a su hijo: "¡Tú no eres más mi hijo!", el niño queda tocado en su corazón y todo su ser queda herido. La Biblia habla de la bendición y maldición del padre o de la madre (Cfr. Eclesiástico 3).

Seamos, pues, cuidadosos de lo que decimos, porque todo queda registrado por la memoria auditiva, y penetra en el corazón.

Uno escucha, en seguida registra y, por último, queda condicionado: "¡Soy maldito!"

Conocí el caso de una persona a quien habían maldecido antes de casarse. Todos sus hijos nacieron con defectos. ¿Qué es lo que había ocurrido, ¿La maldición o la mujer? ¡Misterio!

Consideremos todo desde el ángulo del amor, porque él es la clave del ser humano. Desear el mal es introducirse en el reino de las tinieblas. Nosotros, en cambio, estamos hechos para el Reino de la Luz.

A.— Nelly, tú hablas a veces de una convalecencia de la memoria. ¿Qué es lo que entiendes por eso?

N.— Es un momento muy importante de la sanación. Ya he subrayado el hecho de que nuestro pasado se encuentra inscrito en todo nuestro ser. Si se ha recibido, por ejemplo, una herida de orden auditivo y visual, esa herida afecta también el psiquismo y lo espiritual. Se convierte entonces en fuente de enfermedad, y la sanación será larga.

Si en el curso de la oración, el Señor muestra una herida, su recuerdo será sanado de inmediato. Pero este recuerdo se encuentra inscrito en la memoria y es portador de un sufrimiento más o menos fuerte. Es esta carga afectiva la que hace sufrir, provoca una reacción.

Cuando uno ha tenido una enfermedad física, por ejemplo, tifus, no se puede comer inmediatamente todo lo que uno quisiera, sino que habrá que seguir un régimen, es decir, pasar por un período de convalecencia.

De la misma manera, cuando el Señor opera una sanación, cuando sana el recuerdo de un acontecimiento que ha herido toda nuestra historia, se requiere tiempo para que logremos reconciliarnos en todos los niveles de nuestra personalidad.

La duración de esta convalecencia dependerá de nuestra fidelidad a la oración personal y a la vida sacramental. Porque

cuando uno ha sido herido, lo más grave es que la herida ha engendrado un mal comportamiento para con nosotros mismos, para con los demás y para con Dios.

Por eso es importante que los comportamientos desviados también sean sanados. Esto no se hace de un día para otro. Supongamos, por ejemplo, que he sido herida por una escena de violencia verbal entre mis padres. He sido traumatizada a nivel de la vista y del oído. Muchos de nuestros comportamientos, como la envidia, la cólera, el odio o los resentimientos, provienen de hechos vividos durante nuestra infancia.

Estoy pensando en una mujer por la que yo oraba. Ella había perdido a su madre siendo niña pequeña. Su padre se había vuelto a casar, y su madrastra la hacía sufrir mucho, infligiéndole verdaderas torturas y diciéndole, por ejemplo: "Si le dices a tu padre que te he pegado, pondré pedacitos de vidrio en su sopa y él morirá"! Esta mujer se había tornado ansiosa hasta el último grado, pero ignoraba la fuente de su ansiedad. En el fondo de su ser esperaba de continuo la muerte de su padre como consecuencia de las amenazas de su madrastra. Un niño cree todo lo que se le dice. No era cierto, por supuesto, que la madrastra tuviera la intención de matar a su marido, pero la niña pequeña lo creía.

Cuando este recuerdo apareció en la oración, todo lo que ella había sufrido en su memoria visual se hizo presente. Volvió a ver los platos que le servían a su padre mientras ella creía que había vidrio molido en esos alimentos. Le aconsejé que orara fielmente, por meses, si fuera necesario. Ella seguía desconfiando de todo el mundo, y en especial de la comida que le servían. A medida que iba entrando en la oración, fue siendo sanada, porque el Señor puso en su corazón el perdón hacia su madrastra, y vino a tocar todos aquellos momentos en que ella había imaginado a su padre en peligro. De esta manera vivió una auténtica convalecencia de la memoria.

Muchas personas creen que el Señor borra simplemente los malos recuerdos acumulados en la memoria. No es así. El viene a reconciliarnos con algún acontecimiento. Y es como si permitie-

ra un nuevo registro de ese recuerdo, a fin de reconciliarnos con nuestra propia historia. El no puede cambiarla, ni borrar un suceso desgraciado. Si lo hiciera, ya no tendríamos historia personal.

A.— *¿Qué entiendes tú exactamente con eso de un “nuevo registro”?*

N.— Cuando hablo de nuevo registro, lo que quiero decir es que yo vuelvo a registrar un recuerdo del pasado en el momento presente, es decir, a la edad que tengo actualmente, y ya no a la edad que tenía cuando hice aquel primer registro del acontecimiento doloroso.

Como en el caso de la niñita de que hemos hablado, la cual tenía siete años cuando su madrastra la amenazaba. Cuando se hizo oración por ella, ya había llegado a la edad adulta y era capaz de comprender las amenazas de antaño y echar sobre ellas una mirada nueva: la mirada del amor y del perdón. Podía asimismo comprender que si ella era amada por Dios, Dios también amaba a la persona que le hizo daño y la amaba tal como era.

De este modo, el recuerdo no es ya fuente de sufrimiento. Un acontecimiento toma su lugar en el conjunto de nuestra historia. El Señor viene siempre a tocar la herida que puede ser sanada y el sufrimiento desaparece.

A.— *El Señor viene a tocar las heridas que pueden ser sanadas, dices tú. No es necesario pasarse el tiempo buscando las heridas recibidas en el pasado. La sanación interior es todo lo contrario de una introspección.*

N.— Exactamente. Y es importante decirlo. El camino del Señor es enteramente diferente de lo que puede ser un procedimiento psicológico. No se trata de hacer introspección, sino de vivir en la unidad de todo el ser: cuerpo, alma y espíritu.

Repito una vez más que Dios nos sana por medio de signos. La sanación interior no tiene nada que ver con psicoterapia. A medida que alguien ora y permanece fiel a la vida sacramental y al acompañamiento espiritual, se va dando cuenta muy pronto de que está bloqueado frente a una situación. Basta entonces con orar, todo lo que sea necesario, para que el Señor nos muestre la fuente y el origen de este bloqueo.

Dejados a nosotros mismos, nada podemos hacer. En cada una de nuestras historias personales encontraremos heridas. Nadie puede decir que no ha sido herido.

Pero estas heridas no deben inquietarnos, porque la luz de Jesús viene a revelar las heridas que están preparadas para ser sanadas. Jesús nos conoce bien. Conoce nuestra personalidad, la manera como se ha desarrollado nuestra historia. El estaba junto a nosotros. El vivía en nosotros. El conoce todo. Sabe que desde nuestra niñez hemos escondido muchas cosas "bajo la alfombra". Las hemos reprimido y hemos desarrollado ciertos mecanismos de defensa. Nos hemos puesto máscaras, y hemos tenido que llevarlas por años para satisfacer las exigencias de la sociedad, de nuestra familia, de la escuela o del trabajo.

Yo no he hecho nunca un tratamiento de tipo psicológico; y esto mismo me ha ayudado a comprender qué es lo que el Señor quiere. El no quiere que yo haga introspección, que me ponga en busca de los traumatismos que haya podido sufrir. Todo eso no serviría sino para mirarme a mí misma. En cambio, lo que el Señor me pide es que lo mire a El. Y que, mirándolo, vea a los otros.

Si me vuelvo sobre mí misma con exceso, me hago egocéntrica y egoísta. El camino del Señor es claro: El desea para mí la libertad de los hijos de Dios. Y para liberarme viene a sanar mis heridas a su manera, por medio de signos, según mi propia personalidad. El se las arregla siempre para hacerme comprender que viene a sanar tal o cual cosa ocurrida en un momento determinado de mi historia. Estos signos del Señor son múltiples. Hay, por ejemplo, los carismas, como el carisma de la palabra de conocimiento. Esta

palabra puede ser escuchada por uno mismo o ser dicha por otra persona.

Me viene a la mente la palabra "conejo". ¿Qué puede significar eso? El conejo es un animal tímido y miedoso. ¿Tengo yo una naturaleza medrosa? ¿Cuándo se desarrolló esa naturaleza? Puede que la autoridad paterna tenga algo que ver con ello. Por medio de una palabra tan trivial como ésta, el Señor puede desarrollar toda una sanación. Puede usarla como anzuelo para una reconciliación a fondo con mi padre.

El signo de Dios puede ser también un sueño profético. A mí suele venirme hacia las tres de la mañana. Cuando despierto, este sueño es tan claro en mi espíritu que me resulta imposible olvidarlo. E incluso si llegara a olvidarlo, el Señor puede repetírmelo hasta que yo me preocupe de su significación.

Recuerdo aquel sueño que tuve durante seis meses, hasta que me di cuenta de que Dios quería decirme algo a través de él. Soñaba que venían hacia mí, sobre una especie de correas mecánicas, gran cantidad de zapatos negros. Yo los veía claramente, pero no me hacía ninguna pregunta acerca de ellos. Después de seis meses de soñar lo mismo empecé a preguntarme por su significado, y le pedí a Dios que me revelara lo que quería decir este sueño profético.

Entonces percibí en mi espíritu la palabra "chancletas". Cuando mi abuela se refería a las niñas, le preguntaba a mi madre: "¿Dónde están tus chancletas?" En Chile, una familia numerosa con muchos hijos hombres es algo maravilloso. Pero, cuando son puramente hijas... A un papá joven se le pregunta: "¿Qué tuvo tu mujer, un niño o una chancleta?" Mi abuela le decía a mi madre: "Si tienes un niño hombre, llámame por teléfono para ir a verlo; pero si es una chancleta, no pierdas el tiempo..." Esta palabra "chancleta" me había herido, y había herido también a mis hermanas. Nuestra familia estaba compuesta por dos "reyes" y siete hermanas. A través de este sueño profético, todas fuimos sanadas en nuestra memoria auditiva.

Una pregunta indiscreta puede también ser un signo del Señor.

Recuerdo muy bien el caso de una mujer que tenía cinco hijas, pero ningún hijo varón. A todo el mundo ella le decía que era muy feliz. La cosa cambió cuando llegó a la Renovación. En cierta ocasión yo le dije que perdonara a Dios por no haberle dado ningún hijo hombre. "Oh, Nelly, no hay problema", me respondió. "¿Tú crees?", le dije". Es bueno estar en la luz delante del Señor".

Un día ella participaba en un té canasta cuando una persona, de pronto, le lanza a quemarropa: "¡Qué lástima que no tengas más que hijas!" Ella sintió entonces rugir la rebeldía en su interior, y confesó que estaba apenada de no tener un hijo varón.

También una broma pesada puede ser un signo de Dios.

Pero el medio más poderoso que el Señor emplea es, sin duda, su Palabra. ¡Si los cristianos pudiesen conocer el poder de sanación de la Palabra! La Palabra de Dios es fecunda y viva. La gran debilidad de los católicos consiste en creer que la Palabra sana el espíritu y la inteligencia, pero no el ser entero del hombre. Cuando empezamos a usar la Palabra de Dios como instrumento de sanación, presenciamos maravillas. Es lo que dice la Epístola a los Hebreos: **"Ciertamente es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay para ella criatura invisible: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta"** (Heb 4,12-13)

Yo constato el poder de la Palabra en los retiros ignacianos, donde los ejercitantes sólo reciben cada día algunos textos de la Escritura. El Señor viene, a través de un texto aparentemente conocido, a tocar algún recuerdo que ha sido causa de enfermedad, de rebeldía o de alguna gran herida que ha malogrado quizás una buena parte de nuestra vida.

¿Cómo puede sanar la Palabra de Dios?

Tomemos como ejemplo los capítulos 1 y 2 del Evangelio de san Lucas, llamados también los Evangelios de la Infancia. Esta Palabra de la Escritura puede muy bien sanar a una persona que “todavía no ha nacido”, es decir, que de cierta manera no ha roto aún el cordón umbilical que la ataba a su madre, o que está demasiado ligada a su padre.

El Señor utiliza los medios más increíbles para venir a nosotros y sanar lo que ya está preparado para ser sanado.

Tenemos que estar, pues, muy atentos al modo como El nos habla en la oración de sanación interior. En efecto, si no respetamos cuidadosamente la personalidad de los otros y la voluntad de Dios, podemos causar mucho daño. Esto tiene especial importancia cuando la persona está muy herida, porque ella no aceptará fácilmente empezar un camino de sanación. Tomemos el caso de dos gemelos o mellizos. Ellos están siempre a la búsqueda de su identidad. Podría citar el caso de tres o cuatro de estas personas que fueron radicalmente sanadas de este problema durante una oración de sanación.

La gente suele buscar en la oración de sanación interior una especie de terapia psicológica. Y cuando se dan cuenta de que se trata de un camino de conversión espiritual y de responsabilidad personal ante el Dios vivo, tienden a echarse para atrás.

A.— De lo que se trata en definitiva, es de llegar a ser adultos.

N.— Por supuesto. Adultos y responsables. En efecto, cuando alguien se convierte en cristiano responsable, por el hecho mismo se compromete con la Iglesia y con su prójimo. Descubre su misión en el interior del Cuerpo de Cristo; la misión que tienen los ojos, las manos, las piernas, como dice san Pablo. Si nos hacemos cristianos adultos, podremos cumplir nuestra misión en el Cuerpo de Cristo y participar en la sanación de este Cuerpo entero.

La sanación interior interesa a toda la Iglesia. Desde el momento en que uno se vuelve cristiano responsable, se hace también capaz de "re-sponder", es decir, de aportar su propia respuesta al Cuerpo de Cristo y de recibirla de los demás. Se convierte en una piedra viva en la construcción de este Reino de gratuidad del cual nadie está excluido. Todos estamos comprometidos en esta tarea.

LOS MECANISMOS DE DEFENSA

A.— *¿Quieres decirnos ahora una palabra acerca de los mecanismos de defensa?*

N.— Desde nuestra estada en el seno materno, ya comenzamos a crear mecanismos de defensa.

Somos verdaderamente muy astutos. Una criaturita de cuatro o cinco años, que es golpeada en la escuela por un compañero va a elaborar un sistema de defensa. ¿Cómo hemos aprendido a conocer el mundo? A través de las ventanas abiertas sobre el mundo que son nuestro padre y nuestra madre. Está también la educación, la cultura, la escuela. Mi madre me puso en el mundo en un cierto medio. Todo exige que yo reaccione de una determinada manera, que me conforme a las normas y exigencias del medio. Y yo ignoro además el modo de armonizar entre sí estas diversas exigencias. En mi casa se quiere de mí tal cosa; en la escuela, tal otra. La sociedad impone exigencias que me obligan a desplegar un modo de defenderme.

Los mecanismos de defensa son numerosos. Recuerdo con buen humor que yo tenía siempre un pañuelo en la cintura y otro en la manga. Cuando me invitaban a la mesa, y tenía necesidad de sonarme, echaba mano de todos mis pañuelos. Tenía una impresionante provisión: pañuelos con flores, pañuelos bien bordados, pañuelos con una "N" en la esquina. Un día el P. Carlos Aldunate me pidió que lo acompañara a una reunión. En el momento de dar la enseñanza, abro la cartera para sacar un lápiz y ¿qué es lo que encuentro? ¡Una enorme cantidad de pañuelos! Comprendí que no era normal que una mujer llevara tal reserva de pañuelos. Después de la enseñanza, volví a mi habitación y me puse a orar, diciéndole a Jesús que no era posible que yo tuviera diez pañuelos en mi cartera. Y tenía además otros treinta y cinco en mi maleta... Era verano. Bien podía lavar mis pañuelos. ¿Por qué había llevado tantos?

Después de una larga oración, Jesús me mostró la raíz de esta obsesión, dándome una palabra de conocimiento: "Cordero moquillento". Yo estaba muda de asombro. ¿Qué podría significar esta palabra?

En mi casa se criaban corderos. En una familia numerosa como la mía, los hermanos se hieren recíprocamente. Supongo que yo no me sonaba cuando era necesario y que, cuando estábamos peleando, mis hermanos me lanzaban por la cara la expresión "Cordero moquillento". Otras veces me decían: "Anda a ver los corderos... Anda a sonar a tus amigos los corderos".

Oré durante seis meses por esta herida. Hoy estoy sanada de ella. Y hasta suele ocurrirme que me olvido de llevar pañuelos. Y ni falta que me hacen...

Ese es uno de los mecanismos de defensa: la obsesión.

Pienso en otro mecanismo de defensa: la insensibilidad. Suele presentarse con frecuencia. Por ejemplo, en los países pobres hay a veces niños que viven en el frío sin sentirlo. ¿Cómo llegan ellos a adquirir esta insensibilidad?

Cuando un niño llora porque tiene hambre, si sus padres, tal vez egoístas o nerviosos, le pegan porque el niño llora, este niño se formará una especie de insensibilidad frente al hambre. Porque tener hambre significa para él que le pegan.

Otro mecanismo de defensa consiste en rehuir una situación dada. Cuando se huye así, se ignora, sin duda, la razón por la que se lo hace.

Pienso en aquella mujer de cuarenta y cinco años que era institutriz en una guardería infantil. La elección de esta profesión había sido para ella una manera inconsciente de huir. Ella formaba siempre un bando aparte, y así había creado su propio grupo de oración y había rechazado en conjunto la Renovación, so pretexto de que allí no se escuchaba su testimonio. Siempre hacía lo con-

trario de lo que hacían los demás. Y por otra parte, su fuerte personalidad imponía respeto a los demás.

Un día, durante el curso de un retiro hubo una palabra de conocimiento, en la que el Señor decía que acababa de sanar a una persona gravemente herida a la edad de cuatro años, cuando se la había obligado a inclinarse sobre un ataúd abierto en el que yacía un muerto. Al escuchar esta palabra, la persona de la que estoy hablando se puso a llorar de un modo terrible. Me acerqué a ella y comencé a orar por ella. Al mismo tiempo, le aconsejaba que le pidiese a Jesús que fuese a ese preciso momento en que ella había vivido esta situación dramática.

¿Qué es lo que había pasado?. A la muerte de su madre, cuando ella tenía cuatro años, su tío materno la había tomado en los brazos y la había llevado ante los despojos de su mamá, que yacía en el ataúd, pidiéndole que la abrazara. Desde ese mismo momento ella cortó toda relación con su tío. Había además un problema de perdón a Dios, que la había privado de su madre a una edad tan tierna. Tenía también que perdonar a su tío, a quien no le había dirigido más la palabra desde hacía 25 años. El Señor le reveló que ella había desarrollado un mecanismo de fuga. Hoy día, ella está sana.

Hay otro mecanismo todavía: la sublimación. Un ejemplo podrá aclararlo: el caso de una persona que no quiere reconocer que sus padres tienen defectos. ¿Cuántas personas se han refugiado en la vida religiosa para escapar a la autoridad paterna o materna? Una vez que estas personas se encuentran viviendo en el convento, piensan que sus padres tenían todas las cualidades... Esa es una situación de falsedad, que lleva consigo, a veces, consecuencias muy desagradables.

A.— Nelly, tú hablas a menudo, a propósito de la sanación interior, de una “desestabilización”. ¿Podrías precisar lo que quieres decir?

N.— Es difícil aceptar, vivir esta desestabilización, es decir, el paso del “hombre viejo” al “hombre nuevo”. Conozco muy bien al “hombre viejo” en mí; pero no puedo aceptar al ser nuevo que Jesús quiere crear. Para nacer del Espíritu, hay que abandonar todas las antiguas máscaras, todas las caparazones, y revestir al hombre nuevo. Esto es difícil. Las antiguas costumbres le caían bien al hombre viejo. Conocía bien sus refugios. Por eso, busca aún ocultarse y rehuir. Quiere quedarse como estaba. Ahora bien, la vida espiritual es un combate. Uno no puede quedarse como estaba, con las mismas faltas y pecados.

Frente a ciertas personas que piden que se ore por su sanación interior, nos damos cuenta de que ellas a veces carecen del sentido del pecado. Su manera de obrar es mezquina. Saben que pecan, pero creen que les bastará confesarse y todo quedará en orden.

En realidad, es necesario poner término a todas nuestras malas conductas. No es posible recibir la vida de Dios, todo su amor y toda su ternura si no abandonamos ciertas actitudes y maneras de actuar a las que estamos muy apegados. Por ejemplo, si tenemos la costumbre de juzgar a todo el mundo, no podremos recibir el amor crístico que Jesús nos quiere dar.

Abandonar todas estas actitudes malas del hombre viejo supone una desestabilización, ya que uno no conoce la nueva personalidad que va a recibir. Hay también las tentaciones y las caídas. Pero si caminamos de la mano de Jesús, una caída no será más que un accidente en nuestra vida espiritual. Nuestras debilidades irán disminuyendo.

A.— Hasta ahora no nos has hablado del pecado...

N.— Se lo toca con el dedo en la oración de sanación interior. Descubrir la propia naturaleza pecadora, descubrirse incapaz de todo bien, comprenderse nada ante Dios. Pecamos con nuestros ojos, con nuestros oídos, con nuestro ser entero. Jesús debe to-

marnos de la mano para sanarnos y restaurarnos. Si llegamos a ser algo, es únicamente por la gracia de Jesús.

Pero el pecado no es lo que la gente piensa habitualmente. Nuestro gran pecado consiste en rehusar el amor de Dios. Apenas uno se da cuenta de que es amado por Dios, empieza también a tomar poco a poco conciencia de que hay cosas que no se han de hacer ya más.

A veces, en el curso de la oración de sanación interior, uno descubre una falta precisa, cometida en el pasado.

Lo que se había considerado como normal, es visto de pronto como un pecado que fue cometido en ese momento. En este caso, es importante confesar esa falta, a fin de reconciliarse con el Señor en este punto preciso.

LA ORACION DE PAZ, LA ORACION PUNTUAL Y LA ORACION CRONOLOGICA

A.— *¿Podrías explicarnos la diferencia que hay entre una oración de paz, una oración puntual y una oración cronológica en la sanación interior?*

N.— Cuando alguien llega a un grupo de oración y pide que se ore por él, yo discierno rápidamente entre tres maneras de orar por esa persona.

La más simple y la más fácil es la **oración de paz**. Esta todos la podemos hacer. ¿En qué consiste?

Un día vino una mujer a nuestro grupo de oración. La capilla estaba abierta y todos nos encontrábamos juntos orando. La mujer se quedó al fondo de la capilla. Yo había comenzado a hacer una enseñanza sobre el amor de Dios. De repente, esta persona me enrostró que hablara del amor de Dios cuando había tantas desgracias sobre la tierra: tortura, prisión, tráfico de armas... ¿Cómo nos atrevíamos a hablar del amor de Dios sabiendo que hay tanto sufrimiento en el mundo?

Me dije a mí misma que de nada serviría dirigirle la palabra. Simplemente le propuse orar por ella, si quería venir adelante y sentarse.

Hice entonces una oración de paz, más o menos en los siguientes términos: "Señor, pongo ante ti a esta hermana. Tú la conoces bien, Tú conoces su historia. Te ruego que colmes su corazón, su espíritu y todo su ser con tu amor y tu ternura". Oramos en lenguas durante un cuarto de hora. La mujer lloraba.

Una gracia de conversión le fue dada a través de esta oración de paz, y ella ha seguido participando en la oración del grupo.

La oración de paz es sumamente simple. Basta con que le pidamos a Jesús que le dé su paz a la persona por la que estamos orando. Habría muchas más conversiones si tuviéramos la audacia de dar lo que en nuestra pobreza tenemos.

La oración puntual es otra cosa. Yo a veces oro de esta manera por personas que no pertenecen a la Renovación. También esta oración es fuente de conversión. Le pido a la persona que evoque lo que ella ha vivido, y en particular los acontecimientos que la hirieron. En seguida oro por cada uno de los hechos que se me han confiado. La oración puntual es, pues, una oración por ciertos hechos dolorosos que han marcado una existencia.

La oración cronológica es una oración más amplia, que no todo el mundo está preparado para hacer. Para comprenderla bien y para vivirla de un modo responsable, es conveniente pertenecer a la Renovación desde algunos años, tener una vida de oración personal y una vida sacramental regular.

¿De qué se trata? La oración cronológica retoma toda la historia de una persona desde el momento de su concepción hasta la edad que tiene cuando se está orando. Sabemos que el Señor toca todos los acontecimientos que pueden ser sanados en el momento en que oramos. El Señor va a tocar, pues, ciertos recuerdos.

Esta oración se hace partiendo del momento de la concepción. Oramos por cada uno de los meses que el niño pasó en el seno materno. En seguida retomamos cada uno de los años de su vida, en general, por períodos de cinco años.

Es importante saber que la época del embarazo y los diez primeros años de la vida son los que marcan más nuestra evolución personal. Mientras oramos, estamos abiertos a acoger los carismas que el Señor quiera darnos. De esta manera el Señor nos revela ciertos acontecimientos conocidos por la persona -pero que ella no tiene el coraje de evocar- y otros que le son desconocidos.

De esta manera El aclara situaciones que constituyen la raíz de una herida o de un comportamiento desviado.

Conviene hacer esta oración cronológica sin prisa, al ritmo propio de las distintas personas. A veces será necesario orar durante un año entero, porque la sanación ha sido recibida con tal fuerza, que se requiere tiempo para asimilar las gracias recibidas. De todos modos hay que darse tiempo y recordar siempre a la persona la necesidad de oración personal y vida sacramental, hasta el encuentro siguiente.

Esta oración ofrece muchas posibilidades. Y es bueno saber que se trata de un proceso que no terminará jamás. La única manera de ir sanando más y más es hacerse responsable, abrirse a los signos que el Señor nos da para sanar, como El lo quiere, a lo largo de nuestra historia personal, que es extraordinariamente rica en acontecimientos.

Me llama mucho la atención que en mi propio "caso personal", después de varios años de ministerio de sanación, el Señor sigue tocando, en las sesiones de oración y en los retiros que doy, hechos dolorosos de mi vida que yo había olvidado o reprimido, y que me hicieron sufrir.

Conviene recordar que esta oración provoca una gran desestabilización. El Señor a veces opera cortes dolorosos. No siempre estamos dispuestos a abandonar nuestros mecanismos de defensa. No nos gusta quedar desnudos e indefensos ante los otros y ante la vida. No sabemos cómo actuar en tal o cual situación.

Si somos fieles, el Señor nos pondrá pronto nuevamente de pie: El nos hará libres. No tengamos miedo. No perderemos nada. Todo lo recibimos de Dios. La vida se vuelve enteramente diferente.

A.— Dinos, por favor una palabra acerca de la oración por la vida intrauterina.

N.— Esta oración es la parte más hermosa de mi ministerio. En ella puedo constatar muchas sanaciones.

Es necesario que sepamos que hemos sido heridos ya desde nuestra concepción, Aunque parezca increíble, desde que estábamos en el vientre materno gozábamos de libertad. No se trata, por supuesto, de la libertad psicológica, que es la capacidad de escoger entre A y B, entre blanco y negro. Esta libertad es solamente una parte de nuestro ser.

La libertad de la que estoy hablando y que he llegado a descubrir, (y algunos sicólogos y psiquiatras se opondrán ciertamente a esto), es la **libertad crística**, que está inscrita en todo nuestro ser y que de alguna manera envuelve nuestra libertad psicológica en el momento en que empezamos a actuar.

¿En qué consiste esta libertad crística?

Es la que nos ganó Jesucristo por su muerte y su resurrección. Remito aquí al texto de Deuteronomio 30, versículo 15 y s.: **“Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahvéh tu Dios que yo te prescribo hoy, si amas a Yahvéh tu Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y te multiplicarás...”** (Cfr. Deut 30, 19; Ecl 15, 16-17).

Para ser libres, nos liberó Cristo (Gál 5,1). Porque el Señor es el Espíritu y donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad. Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosa (2 Cor 3, 18-19) (Cfr Jn 8, 32-36; Rm 8, 21).

El valor de esta libertad crística consiste en hacernos capaces de escoger la vida. En toda situación podemos hacer una opción de vida o de muerte.

¿Pero qué es lo que sucede en el seno materno? Basta, a veces, un accidente -incluso un accidente trivial- para hacernos escoger la muerte.

Supongamos que una mujer que espera un hijo se encuentra sola en su casa. Repentinamente entra un individuo y la amenaza de apuñalarla. La mujer se desmaya y el hombre huye. Sin embargo el niño que ella trae en su seno habrá acumulado todo el temor que provocó el desmayo de su madre. Este niño quedará marcado para siempre por este acontecimiento. A causa de este shock, el niño va a escoger la muerte ya desde el seno materno. Y junto con la muerte, la angustia y el temor.

En América Latina suele ocurrir que los padres deseen vehementemente que el bebé que va a nacer sea un varón. En nuestra casa, como ya lo he contado, éramos siete mujeres y dos varones. Nace una primera hija, luego una segunda, una tercera... Esa era yo. Mi abuela era realmente hiriente con mi madre, que entonces era muy joven. Ella le mandaba a mi padre que tuviese un niño hombre, pero este hombrecito no llegaba. En la oración de sanación sentí que se había esperado que yo fuese muchacho y no una niña. Mi madre vivió todo su embarazo con temor. Durante la oración, una pregunta asediaba mi espíritu: "¿Será un varón o será una niña?" Finalmente fui yo la que llegó. Yo rehusaba nacer, porque era niña. Yo había hecho una opción de muerte por las circunstancias que acabo de describir. Rehusaba aceptar la vida que me había sido dada. Constantemente peleaba con todo el mundo. en ninguna parte me sentía bien. Me sentía rechazada.

De este modo es posible descubrir heridas acumuladas en el seno materno. Es maravilloso ver hasta qué punto, cuando oramos por un pequeño ser en el seno de su madre, siguiendo su desarrollo mes tras mes, el Señor nos hace descubrir heridas increíbles.

De esta oración derivan a veces verdaderas sanaciones físicas. Hasta hace poco tiempo yo tenía un hígado sumamente débil. Un día estaba enferma y los exámenes médicos no habían re-

velado nada especial. Como yo estaba trabajando en la formación de equipos de sanación interior, decidí pedirle a mis hermanos que oraran por mí y por mi hígado enfermo.

Una hermana recibió una luz merced a la cual pudo comprender que en el momento de la formación del hígado en el seno materno (hacia el segundo o tercer mes), mi madre había tenido ictericia. La solución consistía, sin duda, en pedirle al Señor que se hiciera presente en ese preciso momento en que mi hígado se estaba formando y que sanara los daños recibidos por causa de la ictericia de mi madre. Resultado: los médicos descubrieron que yo tenía ahora un hígado perfecto...Sané rápidamente.

El niño siente, pues, ya en el seno materno, toda clase de perturbaciones, sufrimientos y accidentes, que él mismo vive o que vive a través de su madre.

Imaginemos lo que debe sentir, por ejemplo, un niño cuya madre está forzada a guardar cama para no perderlo. O lo que ocurre cuando la madre es víctima de un accidente en la carretera, durante su embarazo. O cuando la madre sufre la pérdida de un ser querido. La pequeña criatura que ella lleva en sí quedará marcada por la muerte o por el temor de morir.

No olvidemos que el corazón de la madre tiene una fundamental importancia en el desarrollo del niño. Él escucha el pulsar del corazón, que es signo de la presencia materna durante todo su desarrollo fetal.

Recordemos, en fin, la importancia de los sentimientos experimentados personalmente o por intermedio de la madre, de los shocks afectivos, los sentimientos de ausencia...Hay personas que no toman conciencia de su embarazo más que al cuarto o quinto mes. El niño que no se siente esperado desarrolla sentimientos negativos.

Es increíble hasta qué punto la oración sobre la vida intrauterina es rica y fundamental.

Conviene, por último, subrayar la importancia del momento del nacimiento. Los médicos deberían encontrar a toda costa, los medios adecuados para que el parto sea lo menos traumatizante posible para la criatura naciente. ¿Qué decir del espanto causado por ese primer contacto con el frío del mundo?

A veces el nacimiento del niño pone en peligro la vida de la madre. Desde el momento del parto se separa al niño para velar por su madre. Esto lleva consigo el peligro de una influencia negativa: "Ustedes no me quieren, ustedes me dejan de lado; pues bien, yo lo haré todo por mí mismo..." Y ese ser va evolucionando de tal manera que llegará a ser un depresivo cuando sea adulto. Porque nadie puede vivir por sus propias fuerzas.

El empleo de forceps causa también muchas perturbaciones. Se irrumpe en el domicilio del niño. Se lo toma por la cabeza. ¡Es una agresión!

Cuando el recién nacido no está suficientemente desarrollado, es colocado en una incubadora. El niño puede sufrir una herida de abandono. Y luego, nueva herida si no es alimentado al pecho...

En pocas palabras, podemos ser heridos por todos lados. Incluso si nuestra madre ha hecho todo lo posible por acogernos.

El Señor, en su bondad, acude a aclarar nuestra vida intrauterina y a mostrarnos la raíz de las heridas que hemos recibido en lo más profundo de nuestro ser. El quiere sanar así nuestras enfermedades y nuestros comportamientos torcidos, para nuestro bien y para su mayor gloria.

RELACION ENTRE SANACION INTERIOR, PSICOLOGIA, SANACION FISICA Y CRECIMIENTO ESPIRITUAL

A.— Pasemos a otro capítulo, si quieres. Me gustaría, por lo pronto, que hicieses un paralelo entre sanación interior y psicología.

N.— Muchas personas se someten a psicoterapias o a otros tratamientos de tipo psicológico. Están dispuestas a pagar muy caro para poder seguir estos métodos de sanación que tanto abundan hoy en día. Después de haber ensayado todos estos procedimientos en vistas de una mayor armonía, estas personas suelen conservar muchas de sus heridas. La única persona que puede traer sanación es Jesucristo. El, y nadie más. Yo no menosprecio la psicología, pero el ministerio que ejerzo es un ministerio espiritual.

Todas las personas que se someten a procedimientos terapéuticos, abordan la sanación interior a nivel psicológico. Para ellos el camino de la sanación es un nuevo camino psicológico.

La gran diferencia entre esos procedimientos terapéuticos y la oración de sanación interior es que aquí se trata de encontrar a Jesús, a Jesús vivo, al Jesús que sana, a un Jesús que me convierte más y más a Dios. Figúrese que El es capaz de llegar en muy poco tiempo a un resultado que los psicólogos y los psiquiatras sólo obtienen después de diez años o más. En oración de sanación El se sirve de los carismas.

Tocando el espíritu, Jesús toca también el cuerpo y el alma. Por eso, a mí no me sorprende, por ejemplo, constatar que un cáncer sana porque Jesús ha tocado una herida de culpabilidad. Una herida que penetraba por el espíritu, el cuerpo y el alma. De un solo golpe, Jesús lo sana todo.

Quisiera decir con toda la claridad posible que la psicología mantiene toda su importancia. Hay personas que han sido heridas de tal manera que se requiere un paciente trabajo psicológico o psicoanalítico para ayudarlas a nacer a la vida. A condición, eso sí, de que este trabajo esté acompañado de mucha oración.

Sostengo, además, que si se quiere orar por sanación interior, hay que disponer de un mínimo de buen sentido, de discernimiento natural y, a la vez, de mucho amor. Y esto también es psicología.

Para gente sencilla, como los que encontramos frecuentemente en América Latina, e incluso en Europa, para personas que no han sido heridas demasiado profundamente, para aquellos que oran y aceptan seguir a Jesús, la oración de sanación es ampliamente suficiente.

Es necesario insistir en que lo que en el fondo nos enferma es haber cortado los lazos con Dios. El pecado original, al separarnos de Dios hizo entrar el mal y la muerte en el mundo. Y la única manera de sanar es retornar al camino de Dios, convertirse, y volver a tomar muchas cosas que habíamos abandonado. En la sanación interior vemos constantemente "con asombro" cómo la gente redescubre las riquezas de la Iglesia, la riqueza de los sacramentos, el valor de la vida espiritual, ejemplarmente vivida por los santos. Volvemos a descubrir un tesoro escondido. Así, por ejemplo, muchos jesuitas carismáticos han tenido la alegría de redescubrir el poder de la sanación de los **Ejercicios de S. Ignacio**.

¿Habría que decir que nosotros descuidamos la psicología?

La psicología no es asunto nuestro. ¡Nuestro Señor es Dios! Jesús es el Señor de la sanación. Nosotros no somos más que instrumentos por los que pasa el poder de sanación de Jesús. Suya es la iniciativa de tocar el espíritu de alguno o su psiquismo.

Yo no tengo la pretensión de ser una especialista en psicología, pero no se puede decir que yo no ore y que no esté atenta a los

signos del Señor. No puedo negar tampoco que haya frutos en mi ministerio. Por ellos doy gloria a Dios.

A.— *Por supuesto, Nelly, que tú no descuidas las reglas más elementales de psicología. Si un enfermo viene a verte, tú te muestras muy prudente.*

N.— Evidentemente. Las personas de la Renovación no son especialistas. Es necesario un gran discernimiento en este campo. A toda costa debemos evitar un procedimiento puramente psicológico. Nuestro camino es un camino espiritual, es una invitación a la conversión continua.

Supongamos que un hombre está enfermo, que tiene sus pulmones totalmente destruidos. Le aconsejan que vaya a un grupo de oración carismática para que le impongan las manos para que sane. Le dirán: "Hay allí una mujer extraordinaria, que tiene carismas excepcionales". Es posible que este hombre sane de sus pulmones. Pero vuelvo a decir que con frecuencia me asombro de ver que personas sanadas físicamente no permanecen después en los grupos de oración. Estas personas vienen a los grupos como "consumidores de Dios". Este hombre ha sido sanado y cree que Dios estaba obligado a sanarlo. Entonces se va y no sigue siendo fiel a la oración.

Por el contrario, en la sanación interior es tocado el ser entero. Uno conoce su estado, y tiene conciencia del estado en que se encontraba antes. Personalmente yo no quisiera recaer en ese estado anterior. Yo era una intelectual que se defendía mediante un espíritu racionalista. Sé muy bien de dónde me sacó Jesús. Nadie puede decir que Jesús no sana. De su sanación estoy segura, tanto en lo que personalmente me concierne como en lo que concierne a mi propia familia.

Y para terminar con este tema, quisiera decir que el día en que los psicólogos se conviertan en auténticos instrumentos del Señor, se redescubrirá el sentido del perdón. Cuando acepten desaparecer ellos mismos para volverse instrumentos de Dios, enton-

ces el Señor hará milagros por su intermedio. Jesús ya obra milagros a través de médicos que aceptan poner su ciencia a sus pies.

A.— *¿Podrías hablarnos ahora de la relación que hay entre la sanación interior y la sanación física?*

N.— Para ello tengo que volver a algo de que ya he hablado varias veces: al hecho de que el ser humano es un compuesto de cuerpo, alma y espíritu.

La mayor parte de las enfermedades tiene un origen psicosomático. Esto es un hecho bien conocido. Y ello quiere decir que toda enfermedad física es signo de una enfermedad más profunda.

El Señor nos conoce bien. Sabe lo que podemos recibir. A veces una persona no podrá recibir más que una sanación física, que Dios otorga con vistas a su conversión. Pero a menudo las personas sanadas físicamente no entran por la vía de la conversión. Sucede frecuentemente que el Señor toca, en el curso de un retiro, la raíz de una enfermedad. Y restaura de golpe la armonía del ser entero: cuerpo, alma y espíritu.

Estoy recordando el caso de una religiosa que vino a un retiro. Estaba afectada por una enfermedad que los médicos habían declarado incurable. De puro dolor no podía arrodillarse. Con el sacerdote que dirigía el retiro, le explicamos en qué consistía el perdón. Le repetimos que el perdón no era asunto de sentimientos, que si ella sentía incluso rebeldía, de todos modos bien podía dar el perdón. Jesús mismo quería ayudarla a llevar a cabo este paso de la reconciliación. Ella aceptó hacerlo con la ayuda de Jesús. Cuatro días más tarde comenzaba a gustar de la paz. En un momento dado, sintió que se le quitaba un peso de encima. Entonces le propusimos una oración de sanación física. Inmediatamente después de esta oración, ella fue sanada. Pudo entonces comprender hasta qué punto a la base de la alteración de su estado fi-

sico se hallaba su mal comportamiento y, en especial, su falta de perdón. Su cuerpo había sanado, en circunstancias de que los médicos la habían declarado incurable. Su psiquismo volvió a encontrar su plena armonía, y otro tanto ocurrió con su espíritu. Porque el perdón toca siempre el espíritu. Para coronarlo todo, recibió el sacramento de la penitencia y el sacramento de los enfermos. Hoy está sana física, psíquica y espiritualmente.

Sin lugar a dudas, esta sanación no suprimía necesariamente toda su historia de sufrimientos, de cerca de sesenta años. Había aún muchas cosas que sanar en ella. Pero, al menos, su sanación abría una ventana hacia el amor y la ternura de Dios.

A.— Por favor Nelly, un último paralelo entre la sanación interior y el crecimiento espiritual.

N.— La sanación interior está íntimamente ligada al crecimiento espiritual. Vuelvo a repetirlo: la sanación interior es la armonización de todo el ser (cuerpo, alma y espíritu) por el poder de Jesús vivo. Si me aboco a la sanación interior, es porque quiero volverme "cristocéntrica", aunque queden aún, claro está, muchas puertas cerradas en mí. Sigue habiendo muchos nudos, muchas cadenas, muchos "no" a Dios, muchos apegos desordenados. Pero Dios es paciente. Sé bien que si soy fiel a la oración y a la vida sacramental, algo cambiará en mí. Esto no va a ocurrir, por supuesto, sin problemas ni sufrimientos, porque se trata de mi transformación profunda. De lo que se trata es de dejarme invadir por Dios, que viene a poner luz en tal o cual rincón de mi historia personal.

A medida que Dios revela en mí una herida cuya existencia yo ignoraba, voy haciéndome más y más libre. Crezco espiritualmente, y poco a poco voy saliendo de los aislamientos en que suelo "acampar". La luz del Dios vivo me ilumina siempre más, y me invita a estarle cada vez más adherida, a tornarme más y más "cristocéntrica", fija en Cristo.

No me planteo el problema de la santidad. No me lo plantearé jamás, porque la santidad es una iniciativa de Dios.

Sin embargo, Jesús nos dice que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto. Y debemos comprender lo que El dice: se trata de amar como nuestro Padre. Es en el amor donde se sitúa la perfección: por la gracia de Dios, llegar a ese amor crístico, estar totalmente abierto al amor de Dios y al amor del prójimo, un amor que permitirá expresar ternura a todos, sin excepción; llegar a verlo todo con los ojos de Cristo. Seremos felices cuando podamos decir con S. Pablo: **“Ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí”** (Gál 2, 20).

Siempre me ha impresionado el caso de S. Pedro. ¡A qué estado de conversión ha debido llegar para que los enfermos fueran sanados cuando eran tocados por su sombra!

¿Acaso los carismáticos que hoy día oran por sanación son capaces de olvidarse de sí mismos hasta ese punto y de dejar actuar a Jesús y su poder de sanación? Y todo esto, sin búsqueda de vana gloria, muriendo totalmente a ellos mismos. ¡No creo haber llegado a eso!

Lo que me interesa, pues, es amar como Jesús, sin dejar de lado a nadie. Allí está el verdadero sentido de la santidad.

A.— Con lo que acabas de decir, ¿no estamos tocando de cerca lo que se llama la “vida mística”?

N.— Cuando se habla de “mística”, se levanta los brazos al cielo, se piensa en Santa Teresa de Avila y en San Juan de la Cruz.

Un místico es alguien que está llamado a vivir los misterios invisibles pero reales, más reales que lo que cae bajo nuestros sentidos. Nos planteamos problemas intelectuales a propósito de la

mística. Pero, cada vez que ejercemos un carisma, estamos siendo místicos. ¡Es simple como el agua!

A.— En el curso de la oración de sanación interior suele pedirse a Jesús que ponga en el corazón de aquel por quien se ora todo el amor paterno de que la persona en cuestión tiene necesidad. O se le pide a María que le dé todo el amor materno que necesita. ¿Es realmente fundamental descubrir este amor del Padre y de María para sanar?

N.— Hemos constatado en la oración que Dios quiere restaurar la imagen del Padre y de María en nosotros.

Descubrimos el mundo por medio de nuestro padre y nuestra madre. Un niño que ha tenido un padre autoritario, queda marcado por este autoritarismo. Si no ha tenido padre, también eso lo marca. Si ha sido rechazado por su padre porque éste deseaba una niña y no un niño, queda marcado por este rechazo.

Un niño puede quedar marcado también por una madre posesiva que con su actitud lo ha sofocado completamente.

Es toda una serie de comportamientos que influyen en la vida del niño y en seguida en la del adulto. Incluso si llega a ser un gran sabio, en su inconsciente habrá siempre en alguna parte un niño de dos o tres años, herido por un acontecimiento que bloqueó el desarrollo de su personalidad.

Crece, pues, con una imagen deformada del padre, y esta deformación afectará también la imagen que se forma de Dios, su Padre. Si su padre siempre estaba ausente, Dios Padre será totalmente extraño a su vida. Además, si esta criatura es una niña y ella ha recibido una herida de parte de un hombre (y Jesús es un hombre), Jesús puede tornarse y permanecer un extraño para ella.

En cuanto a la Virgen María, si ella está ausente de la vida de una persona, suele ser porque ésta ha sido herida en su relación con su madre.

¿Qué sucede en la sanación interior? Es maravilloso constatar que Dios quiere restaurar la imagen paterna y materna. El Señor viene a poner en el corazón del adulto la capacidad de perdonar a sus padres (y a todos los sustitutos del padre y de la madre), de manera que se reconcilie con la justa imagen del padre y de la madre.

Al comienzo de la sanación interior, no se ve aún muy claro, pero pronto se van dibujando líneas precisas. Por ejemplo, la falta de ternura se debe al hecho de que el padre mismo, por su parte, careció de un modelo de ternura. ¿Podría haber dado más que lo que él recibió?

La restauración de la imagen de los padres contribuye en gran parte al crecimiento espiritual, ensanchando nuestro universo espiritual; nos hace posible entrar en comunión con la Santísima Trinidad en su totalidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Pero también con la Virgen y los santos. Nos permite recibir toda la riqueza espiritual de nuestra fe cristiana.

LOS PILARES DE LA SANACION INTERIOR

La Vida en el Espíritu. La Disciplina del Espíritu.

A.— *Jesús es nuestro camino hacia el Padre. María es nuestra Madre. ¿Qué podrías agregar sobre la vida en el Espíritu?*

N.— Estamos llamados a hacer el camino de la sanación interior en el Espíritu. La Palabra de Dios nos asegura que es el Espíritu el que nos conduce hacia la verdad total. El es nuestro guía. Esta vida en el Espíritu es muy importante: El es quien nos da todo. El abre para nosotros la puerta del conocimiento de Dios y nos revela sus misterios. El es quien hace de nosotros cristianos que viven una fe encarnada. El purifica nuestra mirada, nuestro oído. El nos guía por el camino que lleva a Jesús.

El gran descubrimiento concerniente al Espíritu Santo es el de comprender que El es una Persona: la tercera Persona de la Santísima Trinidad. El está vivo y tiene todos los atributos divinos. Está en nosotros, y nosotros somos su Templo.

A.— *Sin duda, estamos en el momento preciso para que nos hables de lo que llamas la “disciplina del Espíritu”.*

N.— Para mí, el Espíritu Santo fue el descubrimiento más importante de mi existencia. Este descubrimiento me ha hecho caminar por un camino de crecimiento espiritual. Si nos hacemos cada vez más cristocéntricos, no debemos perder de vista, sin embargo, los obstáculos que se alzan dentro de nosotros. ¡Hay tantos comportamientos que nos impiden ser verdaderamente libres ante Dios, ante los demás y ante nosotros mismos!

La disciplina del Espíritu es un excelente método para hacer caer todas las barreras que bloquean nuestro crecimiento espiritual.

Sabemos lo que significa la palabra "disciplina". Seguir la disciplina del Espíritu, es aceptar someterse al Espíritu. No nos gusta oír esta palabra. Y no es cosa de juego esto de pedir la disciplina del Espíritu. Leemos, por ejemplo, en el evangelio de S. Juan : "Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho". (Jn. 14,26).

La disciplina del Espíritu consiste en aceptar ser guiado por El.

Nuestro Padre celestial quiere que le pidamos esta gracia. Quiere dárnosla. Desea que seamos perfectos como El es perfecto. El es todo amor, y el amor es lo esencial de toda la vida cristiana.

Es bueno para nosotros pedir esta gracia, porque somos llamados a dar testimonio por medio de nuestra vida. Si un día podemos convencer a alguien, no será porque le hayamos hablado mucho de Jesús, sino porque daremos testimonio con nuestra vida de la transformación obrada en nosotros por el Espíritu Santo.

¿En qué consiste la disciplina del Espíritu?

Es una dirección especial del Espíritu Santo para todos los cristianos, por medio de la cual él corrige, enseña, purifica, aclara los comportamientos malos, indicando su voluntad por medio de signos (físicos u otros) , por la Palabra , por los carismas, por la oración y los sacramentos, etc.

Esta disciplina del Espíritu es de tal manera evidente que no es posible ignorarla cuando está actuando.

Comprenderemos fácilmente, que esta disciplina no es un juego. Jesús nos invita a ser una enseñanza viva por medio de nuestro testimonio. Y, para ser testigos, es necesario que nos dejemos

transformar por El. Esta transformación supone en nosotros el deseo sincero de seguir a Cristo. Es también, por supuesto, lo que desea Jesús.

Cuando nos presentamos ante el Señor, nos damos cuenta de que hay todavía en nosotros muchos comportamientos que no son rectos. Tenemos, pues, que buscar siempre una experiencia más profunda de Dios.

Dios es el más interesado en que nos volvamos hijos suyos. Uno de los caracteres esenciales de un hijo de Dios es la libertad. **“Sí, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres”**, dice Jesús (Jn 8,36). Si bien somos llamados a ser cada vez más cristocéntricos, seguimos viendo mal, escuchando mal, haciendo malas opciones. Es imposible crecer si no tenemos higiene espiritual. Jesús nos dice: **“Cuando venga El, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa”**. (Jn 16,13). El Espíritu nos da claridad, no para reprendernos o aplastarnos, sino para iluminarnos más con su luz, y que así nos hagamos más oblativos y cristocéntricos, abiertos a la comunión de amor que no excluye a nadie.

¿Cómo obra esta disciplina del Espíritu?

Es un poco como el semáforo que hace detenerse la circulación. Es magnífico ver con qué delicadeza nos creó el Señor. El salmista dice: **“Apenas inferior a un dios le hiciste, coronándole de gloria y de esplendor”** (Sal 8,6). El Espíritu Santo respeta nuestra naturaleza y obra con delicadeza, mostrándonos que algunos de nuestros comportamientos son malos. Pero no se queda ahí: hace en nosotros la verdad, mostrándonos el origen de esos comportamientos, es decir el momento y el motivo de su nacimiento.

Cada uno de nosotros ha sido creado para adherir plenamente al amor. Si esta aspiración fundamental de nuestro ser no ha sido colmada, sufrimos graves deficiencias, nos cuesta aceptarnos a nosotros mismos. Comenzamos a jugar diferentes papeles, a es-

condernos detrás de máscaras, para responder a las exigencias de los demás. Esa respuesta que nos piden nuestros padres, la escuela, la sociedad..., nos lleva a adoptar comportamientos que pronto se hacen habituales en nosotros y que no son buenos; son como una vestimenta, como una segunda naturaleza.

Cuando, por ventura, hacemos el descubrimiento del Dios vivo, todavía jugamos frente a El ciertos papeles, buscamos ser reconocidos, buscamos la vanagloria. En pocas palabras, es en ese momento cuando la disciplina del Espíritu desempeña un rol decisivo, permitiéndonos echar fuera todas las máscaras que hemos llevado por largos años.

Uno de los signos más elocuentes que nos da el Espíritu cuando hemos caído en la debilidad o el pecado, cuando hemos agredido el amor, es la tristeza: **“No entrístezcáis al Espíritu Santo de Dios”**, nos dice S. Pablo (Ef 4,30)

Recuerdo que un día, en mi casa, me habían pedido ir a la verdulería, y yo me había percatado de que el verdulero se había equivocado en unos 12 pesos en la cuenta. Yo estaba contenta y me decía a mí misma: “¡Tanto peor para él!”

Pero un hijo de Dios no puede hacer cosas semejantes. Me puse muy triste. No quería escuchar al Espíritu Santo, pero El no me dejaba reposo, reprochándome el haber robado doce pesos. Al cabo de dos horas, le dije a mi hermana que iba a restituir el dinero al verdulero. “Estás loca”, me dijo. “¿No ves que las verduras están medio podridas? Es él quien te robó a ti...”

Observemos de paso el trabajo que hace el Maligno al comienzo de nuestra conversión. Yo no tenía realmente paz, no me sentía bien en ninguna parte. Entonces decidí ponerme a orar. Abriendo la Biblia, encontré estas palabras: “Y si no fuisteis fieles con lo ajeno, ¿quien os dará lo vuestro?” (Lc 16,12).

Esta palabra me conmovió a fondo, y en seguida fui a devolver el dinero. El verdulero estaba asombrado al escuchar que yo le de-

cía que se había equivocado en doce pesos, y que le traía de vuelta el dinero. En ese momento experimenté un gozo grande.

Es muy importante descubrir esta disciplina del Espíritu. A menudo doy enseñanzas sobre este tema. La gente me dice irónicamente que es el peor consejo que les puedo dar. En efecto, tenemos abundantes testimonios que nos muestran hasta qué punto comprometerse con Dios es cosa seria.

Así, por ejemplo, el de aquel hombre que contaba, tres meses más tarde de haberlo vivido, que había ido a un supermercado para hacer diversas compras. A la salida, constató que la cajera se había equivocado en tres mil pesos. Al subir a su automóvil, este hombre estaba encantado de su buena suerte, pero al llegar a casa recordó mi enseñanza. De inmediato volvió al volante, pero la tienda ya esta cerrada. Al día siguiente se acercó a la cajera. Esta le confesó la confusión en que se encontraba. Porque esos tres mil pesos le habrían sido descontados de su sueldo.

Hace ya años que experimento la disciplina del Espíritu Santo, y he podido darme cuenta de que en todo momento, con mi naturaleza pecadora, yo voy a dar un paso en falso si la luz roja del Espíritu Santo no me advierte, haciéndome tomar conciencia de lo malo de mi comportamiento y de lo falso de mi juicio. Sin lugar a dudas, considerarse pobre y pecador es penoso; pero el Espíritu nos ofrece la libertad.

Cuando comencé a orar por la sanación interior, recuerdo que siempre buscaba ser reconocida por los demás. Yo estaba todavía herida y tenía necesidad de este reconocimiento. Un día me dije que era absolutamente necesario que yo hiciera lindas profecías. Se me había ocurrido aprenderme algunas frases de memoria para citarlas en el momento oportuno. Entonces se diría, con seguridad: "¡Qué bonitas profecías hace Nelly!" He ahí la película que yo me pasaba interiormente. Pero no contaba con la disciplina del Espíritu.

Me había aprendido de memoria: "Pedid y recibiréis..." Había una reunión de Pentecostés. En el curso de la vigilia, durante un silencio, yo lancé mi "profecía". Aún no había terminado de pronunciar las palabras cuando mi lengua quedó paralizada. (Este es uno de los signos que emplea el Espíritu para hacer notar su desacuerdo con tal gesto o palabra). Yo tuve miedo y, temblando, pedí la oración de mis hermanos. Sin embargo, la angustia no pasaba. No sabía que el Espíritu me había dado un signo. Estuve, pues, orando durante tres días sin recibir respuesta. ¡La que recibí entonces me enseñó para siempre el respeto de la Palabra de Dios! Leí en el Salmo 50,16: **"Pero al impío Dios le dice: ¿Qué tienes tú que recitar mis preceptos y tomar en tu boca mi alianza, tú que detestas la doctrina, y a tus espaldas echas mis palabras?"** Era duro de oír, pero fui sanada para siempre. Recordé que había pedido la disciplina del Espíritu, y era el Espíritu el que obraba en ese momento. Si Dios me ama, debe corregirme para hacerme progresar.

El Señor sana también a través de ciertos signos. Cuando comencé a trabajar con el P. Agustín, me sucedió alguna vez el estar muy irritada con él. Yo seguía unos de sus retiros de sanación, y me sentí muy enferma porque el retiro era muy duro. Estaba totalmente enervada. Sentía rabia contra este sacerdote que tenía la manía de hacer movimientos con las manos mientras oraba. Murmuraba para mis adentros que él quería añadir aún más a lo que el Señor estaba haciendo con tanta fuerza.

Seis meses más tarde me invitaron a dar una enseñanza en una pequeña ciudad. El responsable decidió que había que aprovechar mi presencia para hacer una oración de sanación. Tras una corta enseñanza, me puse a orar levantando mis manos en el aire. ¡Cual no sería mi asombro al darme cuenta de que ellas se agitaban sin que yo pudiera dominar este movimiento! Realmente estaba sorprendida, pero de inmediato recibí del Espíritu esta palabra: "¿Te acuerdas del modo como juzgabas a Agustín? Ahora pide perdón". Entonces le pedí perdón al Señor por haber juzgado

sus misterios. En ese momento cesó el movimiento de mis manos y dejé, sobre todo, de juzgar a la Iglesia.

Notemos que esta disciplina del Espíritu Santo puede manifestarse también físicamente, por ejemplo, por medio de un dolor. Cuando comencé a orar por la sanación, Jesús obraba de manera tan increíble que yo a veces me olvidaba que era El quien sanaba y no yo. Un día yo había hecho una oración por una dama que quedó instantáneamente sana. Mi reacción fue la siguiente: "¡Bravo, Nelly, perfecto! Oraste muy bien por esta persona". Apenas tuve este pensamiento mis manos se pusieron rígidas y adoloridas. Pero en ese momento no asocié esta rigidez y este dolor con lo que acababa de pensar. Una vez que llegué a mi casa, me refugié en mi habitación para hablar con Jesús de lo que me ocurría. ¿Quizás habría sufrido la influencia de un mal espíritu, o me encontraba enferma? Estaba aterrada. Desde el comienzo de mi oración escuché que el Señor me decía: "Nelly, ¿Quién realiza la sanación? ¿Quién hace pasar su poder a través de ti?". Bañada en lágrimas, exclamé: "¡Eres Tú, eres Tú el que sana!" En ese momento, mis manos cobraron su normalidad. Pero yo había recibido una lección que no estaba dispuesta a olvidar.

Es, pues, excelente pedir esta disciplina del Espíritu, porque siempre nos gusta mentir, huir lejos del Dios vivo y exigente. ¡Pero qué libertad da el Espíritu!

Por mi parte yo sigo siendo ignorante, limitada, pobre y pecadora, pero sé que el Espíritu está atento en mí: El me habla y suscita los movimientos... Yo no sé si lloro más que antes, pero ¡qué libertad, qué sanación me ha traído la disciplina del Espíritu!

A.— Nelly, tú has pronunciado dos palabras que no suelen escucharse en tu boca. Hablaste recién del maligno y del espíritu malo. La oración de sanación interior pone en su sitio toda la presencia y la acción de Satanás. Aun cuando a veces haya que orar por una liberación, no es en esta presencia del maligno en lo que se centra la oración de sanación.

N.— Sin duda. Se requeriría un libro entero para desarrollar este asunto. Y conviene ser prudente en esta materia.

No estemos encandilados por la presencia del maligno. A decir verdad, en ciertos grupos de oración se atribuye más importancia a su acción que a la presencia de Jesús. Mientras más miremos a Cristo, mientras más se torna El el centro de todo, más iremos creyendo en su poder: el poder del Salvador sentado a la derecha del Padre.

¡La sangre de Cristo es una fuente de protección insospechable! En la medida en que creemos en la fuerza de sanación de Jesús, el maligno pierde todo su poder. Verdaderamente, por su sacrificio, Jesús ha llegado a ser el Salvador del Universo, de todo lo que está en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Su poder es universal.

Es igualmente verdadero que el hecho de entrar en la vida espiritual nos obliga a emprender el combate con el maligno. El es el acusador; él desea mantenernos en sus redes. Y es más fácil mercarse en ilusiones, creerse libre, cuando en realidad se es esclavo.

Se ha dicho que "la mayor astucia de Satanás consiste en persuadirnos de que él no existe". Desde ese momento, él puede arrasarnos con nosotros y aprovecharse de nuestras heridas. El está siempre presente en el combate espiritual y en particular en la sanación interior, que es esencialmente -lo repito- un proceso de conversión.

¡El mundo ofrece tantas posibilidades! Recuerdo que en el momento de mi conversión el maligno me soplabla el oído: "¡Todo esto es una farsa! Te ofrezco dinero. ¡Abandona este camino!"

La realidad de Satanás es profunda y misteriosa. Hay tanto daño en los que ven al maligno en todas partes como entre los que no lo ven en ninguna. El maligno obra también en los que quieren impedir a los laicos hacer cualquier cosa. Sé perfectamente que, como laica, yo no debo hacer exorcismo. Lo que pertenece al

Obispo, le pertenece en propiedad; pero el laico bautizado debe también ejercer los dones recibidos de Dios. Tertuliano dice que el cristiano que no es capaz de expulsar un espíritu malo, no merece ser llamado cristiano; merecería estar muerto...

Tenemos que redescubrir el poder de nuestro bautismo. Les agradezco a mis padres y a la sabiduría de la Iglesia el haber hecho de mí un hijo de Dios desde mi más tierna edad. Cuando hemos descubierto que Jesús está vivo, este descubrimiento reaviva la gracia de nuestro bautismo. Entonces descubrimos, a la vez, que hay un campo de la vida cristiana de donde el bautizado, el hijo de Dios, tiene derecho a expulsar las tinieblas, especialmente en su propia vida y en la de los otros.

En virtud de nuestro bautismo, podemos obrar liberaciones muy simples. Si sentimos, por ejemplo, agresividad o rebeldía, podemos decir: "Jesús, en virtud de mi bautismo yo te pido, expulsa este espíritu de agresividad o de rebeldía que está en mí".

Recuerdo que yo tenía un apego inmoderado a los chocolates, carecía totalmente de voluntad frente a esta tentación. Ahora bien, el Señor nos pide ser sobrios en lo concerniente al alimento. Así, pues, yo oré diciendo: "Jesús, en virtud de mi bautismo yo corto toda dependencia excesiva frente al chocolate". Hoy en día ya no soy golosa y como chocolate moderadamente.

Si Jesús quiere revivir nuestra historia con nosotros, quiere también librarlos de toda clase de apegos desordenados.

Otro tanto ocurre con la relación con el prójimo. Si me toca hablar con una persona particularmente agresiva, oro en voz baja, y el Señor escucha siempre mi oración: "Señor, por la gracia de mi bautismo y por la gracia de ser tu hijo, expulso todo espíritu de rebeldía, de incredulidad, y los pongo al pie de tu cruz, para que tú dispongas de ellos". Siempre sucede algo y puedo continuar mi conversación con la persona. El resultado será positivo.

Hemos experimentado tantas veces encuentros con personas bloqueadas por la timidez, el miedo, la angustia o la culpabilidad.

En esos casos bastaba con realizar una liberación por la gracia de nuestro bautismo para que el Señor obrara y abriera un corazón que se había cerrado.

Toda la riqueza del reino -de ello estoy segura- le está confiada a los hijos de Dios. Y en esta riqueza va comprendido el poder de la gracia de nuestro bautismo.

Seamos prudentes, distingamos bien entre exorcismo y liberación, teniendo conciencia de que los casos de verdadera posesión son raros. Estemos, sin embargo, seguros del poder de Jesús: ¡El es vencedor! Su solo Nombre es una arma temible para rechazar los ataques del maligno.

Sin lugar a dudas, el imperio de las tinieblas existe, pero el Reino de la Luz también existe. ¿Por qué dar tanta importancia al reino de las tinieblas si hemos descubierto que Jesús está vivo?

Personalmente, más que preocuparme de la presencia de Satanás y de la necesidad de una liberación, me dedico especialmente a encontrar la herida de las personas por las cuales oro. Una vez que el Señor me ha mostrado la herida, puedo entrever la sanación, la liberación de un cuerpo, de un alma o de un espíritu.

¿Por qué razón, por ejemplo, la gente se dedica a la astrología o al ocultismo? Porque están a la busca de un amor que no han encontrado ni en ellos mismos, ni en su trabajo, ni en su vida. Sufren de soledad. Y es por causa de ella, esta enfermedad del mundo moderno, por lo que van a herirse, a infectarse, porque no han descubierto a Jesús, la llave del amor, el Camino, la Verdad y la Vida.

¿Me hablan del maligno? El es poderoso, sin duda. ¡Pero Jesús es victorioso! ¡El ha vencido al mundo!

La Alabanza

A.— *Para que la oración produzca sus frutos, Nelty, es indispensable cultivar un verdadero espíritu de oración. Tú nos hablas a menudo de la alabanza. Descúbrenos el secreto de esta oración.*

N.— No esperemos recibir la gracia de Jesús si no oramos. Es absolutamente indispensable que los cristianos redescubran la importancia de la oración en su vida. Una oración que sea prolongada, alimentada por la palabra de Dios, los carismas, la oración en lenguas, etc.

San Ignacio enumera en sus **Ejercicios Espirituales** diferentes maneras de orar. Cada uno debe encontrar la suya. En todo caso, será necesario pasar del monólogo ante Dios al diálogo íntimo y profundo con El. Se requiere tiempo para ponerse a escucharlo y oír lo que El nos quiere decir.

La oración personal debe convertirse en una actividad muy natural en nuestra vida. Lo repito: el Señor nos invita a una cita prolongada, por la mañana y por la tarde, durante media hora por lo menos.

La alabanza debe penetrar asimismo nuestra oración. Alabar a Dios no es meter bulla dándole gracias por tal o cual cosa: la alabanza es un camino espiritual muy exigente. Es verdaderamente un gran descubrimiento el que el Señor nos reserva.

Importa recordar que Dios nos creó libres: la libertad está inscrita en lo más profundo de nuestro ser. Sabía Dios muy bien que haríamos mal uso de ella, que lo haríamos a El responsable de todos los males que nos abruman y de todas las desgracias del mundo. Nuestra verdadera sanación comienza cuando tomamos conciencia del amor de Dios por nosotros y de que El nos ama tal

como somos. Comenzamos a sanar cuando comprendemos que nada nos pertenece en propiedad, salvo nuestra voluntad que es libre de decir "sí" a Dios.

Alabar a Dios es reconocer todos sus beneficios y su presencia en todos los acontecimientos felices o desdichados de nuestra historia personal.

Vivimos a veces momentos muy difíciles. Si llegamos a vivirlos en la alabanza, hacemos un aprendizaje lleno de bendiciones y purificaciones. Cuando alabamos a Dios en todas las cosas, empezamos a obedecer su mandato: **"En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros"** (1 Tes 5,18). San Ignacio nos dice que el hombre fue creado para alabar, respetar y servir a Dios, nuestro Señor. Esta es una afirmación fuerte. Hay, en efecto, situaciones en que somos incapaces de alabar a Dios.

Pero a partir del momento en que entramos en la alabanza, nos hacemos capaces de alabar y bendecir a Dios, incluso en medio de las circunstancias más trágicas, como puede ser un fracaso, una humillación, la pérdida de un ser querido o un accidente que nos mutila.

Oigo muchas objeciones: "¿Por qué alabar a Dios? Yo no le apporto nada alabándole. ¿Para qué alabarlo si no apporto nada a lo que El es?". No comprendemos que la alabanza nos aprovecha a nosotros mismos. Necesitamos alabar a Dios para que El pueda cambiar nuestro corazón, a fin de que abra la vía que nos lleva a El. ¡Pero cuán hábiles somos para protegernos de Dios! Desplegamos un paraguas por encima de nuestra cabeza para defendernos de tantas gracias que podrían cambiar nuestras vidas.

Se oye también decir: "¿Por qué alabar a Dios en la prueba? ¡Sería hipócrita! Si todo se rebela en mí, ¿cómo alabar a Dios?"

El Señor -lo he descubierto- está presente tanto en un acontecimiento desdichado como en uno feliz. Como lo expliqué a propó-

sito del perdón, conviene no apoyarse en los sentimientos, sino buscar la voluntad de Dios.

Insisto una vez más: el camino de la alabanza es una vía espiritual muy profunda que permitirá al Señor cambiar nuestra vida.

Claro está que no alabamos a Dios por nuestras desgracias, sino porque El está con nosotros, presente en el corazón mismo de un suceso desdichado, de una circunstancia trágica. El estuvo allí, presente, en mi historia herida, cuando yo me sentía abandonada de todos. ¿Se me humillaba? El estaba conmigo y no me ha abandonado jamás.

Frente a un suceso desdichado podemos adoptar dos actitudes:

Elegir alabar a Dios y realizar de este modo su voluntad. La respuesta de Dios estará siempre asegurada: nos colmará de sus gracias y de los dones del Espíritu Santo;

Escoger la vía del resentimiento y de la amargura y abrir, de esta manera, nuestro corazón al maligno. Las consecuencias de esta opción se manifestarán por la presencia del pecado, del odio, de un espíritu de muerte.

Recuerdo lo que me sucedió con ocasión del último terremoto en Chile. Dirigía yo entonces un retiro en el que participaba un joven seminarista. El no conocía nada de la locura de la alabanza de los carismáticos. Aquel 3 de marzo de 1985, hacia las 19.40 hrs. de la tarde, conocimos uno de los más espantosos terremotos que hayamos tenido, en todo caso en lo que respecta a daños materiales.

Como ya estábamos entrenados en la alabanza, alabamos a Dios durante esos interminables minutos del sismo, porque El era nuestra protección, nuestra roca. Creíamos que El estaba presente en medio de ese desastre sin nombre. Cantábamos: "¡Aleluya! ¡Gloria a ti, Señor, porque Tú estás presente! ¡Tú, eres nuestro

Dios, nosotros somos tu pueblo; Tú nos miras y nos amas, Señor nuestro y Dios nuestro!"

El seminarista estaba increíblemente irritado. Vino a encontrarme y me preguntó cómo era posible alabar a Dios a través de un acontecimiento tan espantoso. "¿De qué sirve?", exclamaba. Le respondí que habíamos encontrado la paz y el gozo de saber que la presencia de Dios nos protegía en ese momento. En efecto, creo no haber gustado jamás tanta paz como en ese preciso instante en que me era casi imposible mantenerme de pie.

Se trata, pues, de alabar a Dios no solamente porque El es capaz de modificar una determinada situación, sino porque el solo hecho de obedecer a su voluntad nos permite aprender a vivir con Dios. Alabarlo no me autoriza para esperar una intervención milagrosa de su parte. El no quita el cáliz de amargura que hay que beber. Toda vida espiritual conoce pasos a través de la muerte y de la resurrección. Pero la alabanza nos hará pasar de la muerte a la vida, a ejemplo de Cristo. La cruz, que parece el mayor fracaso de Dios, es en realidad el más esplendoroso misterio de vida. ¡La cruz revela que Jesús es el Señor!

Como hijos de la luz, somos invitados a caminar por el camino de la luz.

Estas palabras no son el fruto de una espiritualidad desencarnada: ellas traducen una experiencia. Sostengo que a medida que entramos en la alabanza, con ocasión de un acontecimiento desdichado, nuestros sentimientos se modifican y sentimos la mano de Dios sobre nosotros. Su amor está presente en ese acontecimiento. El nos sostiene de la mano.

Muy a menudo, Dios es para nosotros el Dios "supermercado" que está allí únicamente para procurarnos toda suerte de bienes. Nuestro Dios es, por lo pronto, el Dios lleno de ternura, atentó a su hijo en la congoja y la desgracia. Cuando entramos en su voluntad, cuando El ve que vamos a El como a un padre que puede ayudar a sus hijos, nos colma, en su ternura, de regalos extraordinarios.

Muy a menudo ignoramos el provecho que El nos hará sacar de un acontecimiento desdichado.

Me encantaba dar enseñanzas sobre la alabanza en los grupos de oración. Al hablar, estaba llena de fervor y me sentía tocada por la mano invisible del Espíritu Santo. Muchas personas eran transformadas por mis palabras; pero yo no vivía lo que decía. Más aún, en esa misma época, estaba de tal manera en rebeldía frente a lo que yo vivía que no sabía ya orar.

Me encontraba sin trabajo desde hacía bastante tiempo. Mi madre había muerto y mi padre se había vuelto a casar. Con mis hermanas vivíamos de la pequeña pensión que nos otorgaba nuestro padre. Teníamos apenas para alimentarnos, sin poder financiar la mantención de nuestra casa.

Mi único trabajo consistía en hacer las camas todos los días. Cada día, yo tomaba una aguja para intentar la reparación de los colchones que se despedazaban cada vez más. Bien sabía que al día siguiente tendría que reiniciar la operación. Mientras cosía, lloraba y llenaba a Jesús de reproches.

Un día, me quedé con la aguja en el aire. Había comenzado a llorar como de costumbre, cuando de pronto una pregunta perforó mi espíritu: "Nelly, ¿crees tú en lo que enseñas? ¿Crees tú que Dios está presente en esta situación concreta? ¿Crees tú que Dios quiere que sus hijos duerman de un modo indigno?". Interiormente tomé la siguiente decisión: "Nunca más lloraré, Señor, no me lamentaré nunca más, quiero alabarte porque Tú me ves reparando estos colchones".

A medida que iba alabando al Señor por esta situación, me fui llenando de paz y de gozo. Tres meses más tarde, un llamado telefónico de mi mejor amiga me hacía saber: "Nelly, acabo de recibir mi pensión, me gustaría darte dinero. Pero el Señor me ha soplado otra cosa al oído: ¡voy a renovar el forro de tus colchones!".

De esta manera descubrí el poder de la alabanza. Porque es fácil leer el libro de Merlin Carothers sobre **El Poder de la Alabanza**; pero más difícil, alabar a Dios en toda circunstancia.

En efecto, hay una cosa que Merlin Carothers no dice: no alabamos a Dios a causa de los sucesos desdichados, sino porque El está presente en medio de nuestras dificultades. La alabanza es una vía espiritual, pero ella no es algo mágico que nos permitiría alcanzar resultados materiales inmediatos.

No seamos superficiales. Necesitamos entrar en el plan de amor de Dios, porque es el amor el que sana, y el amor es la única realidad que permanecerá (1 Cor 13,8). Alabando a Dios, nos volvemos alabanza, entramos en armonía con Dios y con su creación entera.

El camino de la alabanza pasa por la pobreza y el desprendimiento. El Señor nos invita a dejar de lado nuestras lamentaciones, nuestras rebeldías, nuestras falsas cruces, las falsas escalas de valores, nuestro intelectualismo y nuestra vanidad, para que nos abramos a la verdadera sabiduría. No nos preocupemos de lo que El va hacer. Es El quien tiene la iniciativa. A través de la alabanza, El nos hará superar una situación de sufrimiento y nos colmará de gracias, de frutos del Espíritu que ni siquiera sospechamos. Recibamos la paz que sobrepasa todo entendimiento, aceptando alabar a Dios.

Atrévamonos, por último, a aceptar el hecho de que Dios conoce nuestras necesidades. El conoce nuestra historia mejor que nosotros. No nos atrevemos a creer que El quiere hacer milagros para cada uno de nosotros, ahora mismo, porque El es “**ternura y piedad**”. A menudo nos ponemos en situaciones asfixiantes porque no creemos que Dios pueda intervenir en tal o cual situación concreta.

Un día, en nuestro grupo de oración, una hermana se quejó de que su hijo, que era pescador, no había pescado nada durante una semana entera. La situación se hacía crítica. Le pregunté qué era

lo que ella había hecho, y me respondió que había orado. Sin embargo, me di cuenta de que su oración era más que nada una manipulación del Señor. Le pedí que cambiara su modo de orar y que comenzara a dar gracias a Dios por los lindos pescados que su hijo iba a pescar. Es increíble lo que pasa cuando entramos en el dinamismo del evangelio: **“Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis”** (Mc 11,24). A la semana siguiente esta hermana daba testimonio de la pesca milagrosa que había hecho su hijo.

Si Dios puede cambiar una situación personal por medio de una alabanza fiel, El puede también operar nuestra sanación, la reconciliación en nuestra familia, en nuestro país, en el mundo entero.

Cuando la alabanza se convierta en nuestra carne y sangre, entraremos en la libertad de los hijos de Dios, coherederos de Jesús, herederos de un Reino que ya ha comenzado aquí abajo.

La Intercesión y la Oración Compartida

A.— *Después de habernos hablado de la alabanza, Nelly, ¿qué quisieras agregar acerca de la oración de intercesión dentro de la oración de sanación interior?*

N.— Es difícil hacer una distinción entre oración de intercesión y oración de sanación interior, porque cada vez que alguien acepta ser instrumento del Señor al orar por un hermano, está intercediendo por él, y es la gracia de Jesucristo mismo la que viene a colmar esta petición.

La oración de intercesión es muy importante, porque es por ella por lo que se pone en obra el poder del Cristo vivo, que quiere sanar a su pueblo y restaurar la armonía en los corazones heridos. No nos atrevemos a pedir gracias al Señor, no creemos suficientemente en nuestra responsabilidad en la intercesión. No osamos creer que Jesús nos escuchará cuando le pedimos un favor. Sin embargo, El quiere vivir hasta en los menores detalles de nuestra vida. Pedimos gracias importantes, por supuesto, pero yo he notado con asombro que Jesús me escucha cuando le oro por cosas de poca importancia. ¡Tengo necesidad de algo, y Jesús me lo otorga!

En el momento en que comenzamos a orar por la sanación interior, descubrimos también la importancia de la intercesión. Si somos dóciles al Espíritu Santo, El se servirá de nosotros en todas las circunstancias. El pondrá todo en obra para hacernos descubrir lo que podemos recibir de la gratitud del Reino, en tanto que coherederos de Cristo.

De esta manera, orando por los hermanos, si me mantengo sometida a la acción del Espíritu Santo, recibiré eventualmente mensajes de su parte: "Haz esto, ora por tal intención, etc".

Recuerdo haber recibido una visión mientras oraba. Veía a una de mis hermanas con el rostro deshecho como si hubiese sufrido un accidente. El Señor me invitaba a orar por ella. Y mientras yo oraba, la visión se hacía más y más fuerte. ¿Qué es lo que había pasado? Mi hermana se había caído en una escalera y había rodado dos pisos sin hacerse daño alguno grave. Todo el mundo se preguntaba cómo era posible que no se hubiese fracturado un hueso. Yo comprendí que el Señor me había pedido interceder en su favor. Y de éste modo ella fue protegida.

Muy a menudo no comprendemos lo que el Señor nos invita a hacer. El nos muestra una situación que puede llegar a realizarse. Ese suceso puede tener lugar, pero también la oración puede impedir que se produzca.

Spongamos que el Señor me comunique que una catástrofe va a tener lugar en tal o cual país. Yo recibo esta visión no como una premonición en el sentido parasicológico, sino como un signo de amor del Señor, dado a mi espíritu, como una invitación a ponerme en oración con mis hermanos para detener ese acontecimiento de graves consecuencias. El Señor me ha hecho conocer este eventual acontecimiento porque El quiere que sus hijos vivan en paz y en gozo.

Así fue como le advirtió a nuestro grupo de oración de la inminente guerra entre Chile y Argentina. Nosotros no consideramos esta guerra como inevitable: nos pusimos a interceder para que el conflicto no tuviese lugar.

No estamos suficientemente atentos a los mensajes del Señor. Mientras más dóciles seamos a la acción del Espíritu Santo, más audaz será El con nosotros. Nos invitará a orar por situaciones o acontecimientos inimaginables, y ello nos parecerá absolutamente natural.

Nos puede decir, por ejemplo, como lo hizo conmigo: "Ve a tal calle y a tal número; allí encontrarás a una mujer que clama hacia mí". Como yo no tenía aún el hábito de este género de mensaje,

le pedí al Señor un signo. Me encontraba en el correo, era la época de Navidad, y la afluencia de público era inmensa. Le dije al Señor: "Si verdaderamente esta llamada viene de Ti, has que me atiendan en cinco minutos". Ahora bien la fila de los que esperaban era muy larga. La mayoría de ellos se fueron del correo y yo fui atendida inmediatamente. No me quedaba sino ir donde se me había dicho. Me encontré frente a una dama que se hallaba en cama esperando la muerte. Ella gritaba al Señor: "Si verdaderamente existes, envíame a alguien que me hable de Ti". El Señor me había enviado para salvarla. Nuestro encuentro fue el punto de partida de una verdadera conversión.

No compliquemos las cosas en lo relativo a la intercesión. Estamos acostumbrados a analizarlo todo, a razonar...y de este modo nos falta simplicidad. No somos los niños pequeños que el Señor busca para sanar a su pueblo. Cuando nos invite a interceder por tal o cual persona o por este o aquel acontecimiento, tomemos nuestra responsabilidad y oremos.

A.— *Para confirmar la gracia de la sanación interior, Nelly, ¿es fundamental participar en un grupo de oración?*

N.— Por supuesto que el hecho de pertenecer a un grupo de oración es importante. La comunidad es el lugar en que recibiremos una gracia de sanación más y más profunda.

Un grupo de oración debe ser una reunión carismática donde el Espíritu está en obra. El conoce nuestras necesidades. En la medida en que participemos fielmente en la oración, Jesús vendrá a sanarnos. Estoy asombrada de todos los regalos que el Señor me ha hecho en esas reuniones semanales.

Abandonados a nosotros mismos, estaremos en la imposibilidad de emprender o continuar un camino de sanación: tenemos necesidad de la comunidad. Siempre hay en un grupo una u otra

persona con alguna experiencia que será capaz de ayudar a los hermanos a progresar. Desgraciadamente, en Europa la gente no es suficientemente sencilla. A veces ocultan muchas cosas. Pero para el Señor nada está escondido.

La participación en la reunión de oración nos permitirá asimismo recargar las baterías, gracias a la amistad compartida, a la Palabra de Dios. Y es esta Palabra de Dios la que sana, la que anima y fortalece. Cada vez que llego a una región o a un país desconocido, siempre me informo acerca del grupo de oración más próximo a fin de encontrar la presencia del Señor y de los hermanos.

Evidentemente, no basta con la oración semanal. Muchas personas se contentan con ella añadiendo unos **padrenuestros** o **avemarías** todos los días. La vida de oración exige una oración personal asidua.

A medida que participemos en la oración compartida, redescubriremos también el sentido de este diálogo con el Señor, que gusta tanto de conversar con sus hijos, descubriremos la importancia de la oración personal y de la vida comunitaria y sacramental.

Mucho se critica a los grupos de oración. Y sin embargo es gracias a ellos como cientos de miles de cristianos han encontrado el camino de la oración, de los sacramentos, el sentido de la Iglesia y del amor fraterno.

Los Sacramentos

A.— *Después de haber hablado largamente de la oración, Nelly, ¿no convendría añadir una palabra sobre los Sacramentos?*

N.— Hace algunos años, cuando emprendimos esta marcha de la oración de sanación interior, estábamos lejos de suponer la potencia sanadora y la riqueza de los Sacramentos que Jesús confió a su Iglesia.

Me sucede a veces que siento como un bloqueo en la oración de sanación. Por mucho que ore, nada cambia. Lo único que permite echar abajo las barreras en una situación semejante es que la persona reciba el sacramento de la reconciliación. Hay tal o cual pecado preciso o tal o cual situación de pecado que está bloqueando toda la oración.

También se encuentran personas de tal manera bloqueadas por su sufrimiento que tan sólo el Sacramento de los enfermos les va a hacer posible continuar por un camino de sanación y les dará la paz.

La unción de los enfermos es una fuente de bendiciones para la Iglesia, ¡y nosotros no la utilizamos! Sería necesario que de una vez por todas se deje de considerar a este sacramento como sacramento de los moribundos, y se lo tenga como la unción del Señor para los vivos. El viene a derramar su bálsamo de sanación, su bendición sobre todas esas heridas que soportamos con tanta dificultad.

A través de estos Sacramentos, es el poder del Señor el que se despliega: por su gracia me atrevo a mirarme a mí misma, a enderezarme y a escoger el camino que conduce a la vida.

¿Qué decir de la Eucaristía, sino que ella es la cumbre de la sanación? Jesús se hace mi cuerpo y mi sangre; me santifica, me fortifica, me trae la sanación física, moral y espiritual. No se puede comprender la sanación interior si uno no se percata de que ella es un camino de conversión que orienta al cristiano hacia la fuente de la vida, que es Cristo a través de su Iglesia. Es un camino de sanación, de perdón y de reconciliación sacramental.

Se podría hablar largamente del poder de los sacramentos; sólo quiero añadir que muchos sacerdotes no sospechan la riqueza que está puesta a su disposición. Si tuviesen, por ejemplo, la audacia de dar más a menudo el sacramento de los enfermos, ¡muchas cosas cambiarían en la Iglesia!

A.— Pedimos también en la oración que el Señor venga a darle todo su vigor al Sacramento del Bautismo, del Matrimonio, del Sacerdocio.

N.— Sí. Todo Sacramento puede volver a encontrar un nuevo vigor, perdido a veces a causa del hábito, de la indiferencia o del pecado. Así ¿qué significa pedir la sanación de una pareja sino permitir al Señor colmar a los esposos con toda la fuerza que ellos recibieron en el Sacramento del Matrimonio? Es también despertar todo el poder de Dios contenido en el Sacramento del Bautismo que nos ha hecho hijos de Dios e hijos de la Iglesia.

Los Carismas.

A.— *Los carismas suelen ser fuente de problemas. ¿Qué papel les atribuyes en la oración de sanación interior?*

N.— Ya hemos hablado profusamente de la relación entre la oración de sanación y los carismas. Nosotros usamos casi todos los carismas cuando oramos por sanación. Ante todo, hay que ser sencillos y someterse plenamente a la acción del Espíritu Santo, no querer apropiarse de sus gracias, sino; al contrario, ser buenos administradores de los dones que Dios ha hecho a su pueblo.

Es cuando El lo quiere y como El lo quiere como el Señor otorga sus carismas. Toda la iniciativa es suya. Incluso, a veces, la sanación de una persona es más fuerte cuando no se ha hecho uso de ningún carisma. Nadie está obligado a aceptar estos signos de amor que el Señor nos da. Hay personas que se extrañan y hasta se ofuscan cuando los carismas se manifiestan. Conviene, pues, ser muy prudentes con el canto en lengua, pero también con las palabras de conocimiento cuyo contenido podemos revelar o callar. Pidamos en ese momento sabiduría para discernir si debemos o no hablar, si debemos o no comunicar alguna luz que el Señor nos haya dado. Preguntémosle a la persona por la cual se ora, para saber si lo que hemos recibido es justo o no.

Mi experiencia me permite hablar de una localización de la palabra de conocimiento. Para no perder tiempo y para permitir tocar rápidamente el corazón del problema, el Señor me hace sentir ciertos dolores pasajeros en algunos miembros de mi cuerpo. Así, un dolor en la mano me hace saber de inmediato que estoy en presencia de una persona que no se acepta a sí misma. Por medio de un dolor en el antebrazo derecho el Señor me dice que esta persona tiene que perdonar a su padre o a un hombre. Si el dolor nace en la parte superior del brazo sé que hay un perdón que tiene que ser dado a Dios, etc.

A veces, la palabra de conocimiento puede ser indicada mediante un olor muy fuerte que debe ser objeto de discernimiento. Me acuerdo que una vez me encontré con una mujer de bastante edad, mas bien elegante. Puse mi mano sobre su hombro y repentinamente sentí un fuerte olor a vino. Esta persona con seguridad no era alcohólica; yo le pedí pues, al Señor que me diera discernimiento. ¿Qué quería decirme El a través de esta sensación olfativa? Le pregunté a la dama si su marido vivía. Me respondió que había muerto hacía mucho tiempo. Sentí que debía hablarle de él. El carisma de sabiduría se manifestaba en ese momento. La dama se puso a llorar repentinamente. Me contó entonces que su marido había sido alcohólico, que había muerto a consecuencias de este alcoholismo, y que todos los bienes que poseían se habían perdido.

La palabra de conocimiento puede manifestarse también por una sensación. Un día, mientras yo oraba por un niño de doce años, me sentía invadida por una angustia muy fuerte. El niño era muy pálido, pero yo no conocía el origen de mi angustia. Sólo después de mucha oración me di cuenta que el Señor me quería dar una indicación precisa por medio de esta sensación. Algún tiempo después volví a orar por este joven, y Dios me reveló súbitamente que su padre lo golpeaba todos los días. Esta angustia manifestaba el temor de vivir que experimentaba el muchacho.

El Señor puede hablarnos también por medio de una imagen. A veces son, incluso, imágenes muy curiosas las que recibimos, pero ellas se nos dan para hacernos conocer a la persona por la cual oramos. Pienso, por ejemplo, en la imagen que recibí de un hombre que llevaba sobre la cabeza una palmatoria con una vela encendida. La vela caía una y otra vez y el hombre volvía a colocarla sobre su cabeza. Se trataba de una persona que no se dejaba conducir por el Espíritu Santo, que continuamente se sentía atormentada y que intelectualizaba sus relaciones con Dios.

Me sucede también, cuando miro a alguien, tener la visión de un avestruz que oculta su cabeza en la arena. El Señor me hace

comprender de este modo que aquel por el cual estoy orando no ha llegado aún a la edad adulta y necesita recibir la vida.

Así pues Jesús, en su bondad, su ternura y su amor, me hace comprender la situación de una persona. Todo esto es de una sencillez asombrosa. Si uno se deja conducir, no hay problema.

En lo que respecta a la expresión externa de una palabra de conocimiento, debemos ser siempre prudentes. A veces, en ciertas asambleas se oye decir: "El Señor acaba de sanar a personas que sufren de insomnio desde hace años". Sin duda, El tiene la iniciativa y puede sanar inmediatamente. Pero El quiere tocar también las causas profundas de estos insomnios. Yo me asombro cuando escucho decir: "El Señor ha sanado". Es preferible anunciar que el Señor quiere sanar tal o cual sufrimiento.

La persona que está abierta a esta palabra debe revivir todo un camino que durará sin duda bastante tiempo, y posiblemente muchos años. Esta duración no afecta al valor de la palabra de conocimiento, dicha en un momento preciso. Puedo decir, por ejemplo, que ciertas palabras de conocimiento, dichas para una persona en la Comunidad del León de Judá, acaban de realizarse durante un retiro ignaciano en Bélgica.

Cuando alguien está abierto a la gracia del Señor y decide convertirse, el Señor da todo lo que es necesario para que él sane. El mayor obstáculo a la sanación es nuestro pecado y no el Señor. Desde el momento en que Dios ha hecho de nosotros los coherederos de su hijo, podemos esperararlo todo de El.

Suele suceder también que una palabra de conocimiento requiera de algún tiempo para clarificarse. El Señor escoge sus momentos, porque muy a menudo no estamos preparados para recibir su luz. Sus caminos no son nuestros caminos. Agreguemos todavía que cuando la gente pide una oración de sanación -y esto es verdadero sobre todo en las grandes asambleas- pocos de ellos tienen el deseo de convertirse. La sanación es imposible si no hay adhesión a Jesucristo. No se trata de servirnos de Dios,

sino de servirlo a El. La sanación no es algo mágico. Jesús decía a la multitud que lo buscaba: **“Me buscáis no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado”** (Jn 6,26).

Muchas cosas podrían agregarse acerca de la palabra de conocimiento, pero hay libros muy buenos que hablan de ella. (Cf. Philippe MADRE, **“Le Charisme de connaissance”**, Ed. del León de Judá, Nouan -le- Fuzelier, 1985). Lo mismo que la sanación interior, la palabra de conocimiento es un camino. No se trata solamente de recibirla; hay que profundizar en ella y aceptar lo que nos es dado. También a nosotros el Señor podría decirnos: **“¡No echéis las perlas a los puercos!”** ¡Porque tenemos el arte de pisotear los regalos del Señor!

A.— ¿Hay alguna relación entre la generosidad de una persona y los carismas que ella recibe?

N.— Hay un juego que al maligno le gusta mucho. Las personas que no tienen carisma proclaman que no son dignas de recibirlos. Y una vez que han recibido un carisma, el maligno les sopla a la oreja que son indignos y pecadores. Cuando alguien se da cuenta de que Cristo vino por él y le pide al Señor sus gracias, entonces siempre recibe algo. Y el maligno le sugiere que es un santo porque tiene carismas y que ahora puede hacer todo lo que se le antoje.

Notemos también la reacción de la comunidad frente a la persona que ha recibido un carisma. ¡La trata como a una santa! Vuelvo a repetir que la santidad es de iniciativa divina. Lo que tenemos que buscar es ser purificados, ser un canal portador no de aguas turbias sino del agua más pura posible, para el bien de nuestros hermanos. Esta purificación conduce a la santidad, y la santidad es un don de Dios. Pensemos en el Cura de Ars, que

ignoraba el grado de santidad al que había llegado y atribuía los milagros que Dios hacía a la intercesión de Santa Filomena.

A.— *Volvamos a los carismas. Tú querías hablar aún, me parece, de uno u otro de ellos.*

N.— Sí. Yo quisiera señalar que el carisma de profecía tiene también su lugar propio en la oración de sanación interior. Algunas personas necesitan ser animadas, pues están tristes y su historia personal ha sido herida. Entonces, el Señor da a veces, una palabra para animarlos y fortificarlos: no sólo una palabra de consuelo, como “Yo estoy contigo, no tengas miedo”, sino también una palabra de la Escritura, que es dada a modo de consolación o de luz.

Quisiera, por último, hablar del carisma más delicado: el reposo en el Espíritu. Es un carisma de sanación tan profundo que no podemos sospechar hasta dónde el Señor nos toca a través de él.¹

En efecto, corremos el riesgo de quedarnos en la superficie frente a los carismas. El Espíritu Santo quiere que profundicemos en las cosas. ¿Hemos reflexionado ya en el alcance de una palabra de conocimiento? ¡Limitamos tanto el efecto de los carismas! El Señor bien puede operar durante tres o cuatro años por medio de una palabra de conocimiento, hasta que la persona a quien esa palabra le ha sido dada llegue a la felicidad, a la salud física y espiritual.

¹ Dado el carácter delicado de estas páginas, referentes a un don controvertido, notemos:

Que los fenómenos que implican elementos psicósomáticos no son reducibles sólo a sus componentes, y que la gracia puede actuar en ellos y ser discernida en ellos, por ejemplo, en sus efectos, y en la autenticidad del contexto;

Que se impone una particular prudencia cuando este don se manifiesta en un grupo. Es importante, en efecto, evitar las manipulaciones colectivas, las acentuaciones emocionales, la fijación malsana sobre el aspecto insólito, la búsqueda de experiencia de sanación sin acompañamiento espiritual de una persona bien instruida (más adelante se hace alusión a esto).

Ignoramos cuáles son los acontecimientos que el Señor va a tocar por el reposo en el Espíritu. Tenemos un conocimiento demasiado limitado de nosotros mismos, no sabemos hasta qué punto ciertos acontecimientos de nuestra infancia nos han herido, qué secuelas han dejado estas heridas recibidas en la primera infancia o en el seno materno. La única cosa que sabemos es que tal o cual suceso ha sido registrado por nuestra memoria, y que de este registro derivan ciertos comportamientos, una manera de proyectar nuestra herida sobre los demás, y una cierta manera de juzgar a los demás.

En pocas palabras, hemos sido profundamente marcados. La única manera de llegar a ser verdaderos es dejarnos sanar por el Señor; El nos ayudará a reconciliarnos con nuestra historia personal y a hacer un nuevo registro de tal o cual acontecimiento del pasado. Para ello se requiere tiempo, porque hay que quitar muchos obstáculos y abrir muchas puertas.

Se han hecho muchas falsas apreciaciones acerca del reposo en el Espíritu. En las reuniones de sanación en Chile, se lo vive de una manera muy sencilla. Las personas que reciben esta gracia del reposo pueden recibir la gracia de un cambio de vida muy profundo. Pero hemos descubierto también que esta gracia se recibe a diferentes niveles y que es peligroso emplear técnicas de relajación en la sanación. Dejémosle la iniciativa al Señor, El es capaz de realizar sanaciones extraordinarias.

Al recibir la experiencia del reposo en el Espíritu, ciertas personas descubren cómo registraron un determinado suceso en su memoria, pero descubren también la influencia que este suceso ha ejercido sobre su manera de ver el mundo y de ver a los demás.

He aquí un ejemplo: un hombre de unos 45 años se presentó a nuestro grupo de oración. Soportaba a duras penas la vida en sociedad, no sólo en su medio familiar, sino también en su medio laboral. Experimentaba un odio incoercible hacia su padre. No le encontraba ninguna cualidad positiva. Cuando hablaba de él, era para tratarlo de borracho e irresponsable. El mismo se espantaba

a veces de la agresividad que abrigaba para con su padre. Sus padres se habían separado cuando él tenía alrededor de tres años. El había quedado con su madre, y cuando su padre lo visitaba se esforzaba por ganar el amor de su hijo. En cada visita le prometía una pelota de football, que no llegaba nunca.

Durante el reposo en el Espíritu, el Señor le mostró a este hombre que la base de su rechazo de perdonar al padre y la base también de su falsa idea de Dios se hallaba en esta pelota, que él deseaba con todo el ardor de un niño y que su inconsciente seguía reclamando. Este hombre lloró de arrepentimiento y de gozo cuando descubrió el poder de reconciliación del amor de Cristo.

El reposo en el Espíritu permite experimentar una sanación interior profunda. Sin embargo, es importante estar muy atento para discernir si se trata de un verdadero reposo en el Espíritu o de simples fenómenos psicológicos.

Veamos esto un poco más en detalle:

- 1.- Durante los retiros, se constata, en el momento de la oración por sanación interior, que ciertas personas caen en un profundo sueño. A causa de sus heridas -lo hemos observado- ellas manifiestan una gran tensión muscular, nerviosa y psicológica. No están dispuestas a recibir la acción del Señor, y el hecho de que se duerman se debe únicamente a la relajación que experimentan en ese momento.
- 2.- Durante el reposo en el Espíritu, la persona pierde el control de sus músculos y cae al suelo. Sigue estando plenamente consciente, pero es incapaz de hacer el menor movimiento. Cuando no hay oposición a la acción del Señor, es posible recibir grandes gracias de gozo, de paz, de arrepentimiento o de reconciliación, y experimentar una gran proximidad del Señor. El va a tocar una herida profundamente arraigada en el inconsciente, que es la

fuente, a veces, de mucha amargura y tristeza. No es raro observar en estas personas un cambio radical de vida.

- 3.- Acontece también que el Señor permite a la persona que acaba de entrar en el reposo en el Espíritu quedar como dormida, a fin de poder tocar heridas muy delicadas del inconsciente. Es el modo de actuar del Señor.

Pero cuando venga el tiempo de asumir esta sanación operada por Jesús, la persona vivirá momentos muy difíciles, y será conveniente acompañarla con mucha solicitud y hacer una oración de paz muy intensa pidiendo al Señor que intervenga y haga un nuevo registro de los recuerdos.

Tengo presente el caso de una mujer de cierta edad que había caído en el reposo en el Espíritu. Imitaba los movimientos del feto, parecía querer ahogarse y manifestaba deseos de vomitar. Entonces decidimos hacer la oración de los nueve meses en el seno materno. Después de eso, en el momento de orar por su nacimiento, le pedimos al Señor que le concediera la gracia de recibir la vida, de atreverse a respirar todo el aire necesario para la dilatación de los pulmones y de recibir la libertad de los hijos de Dios que le estaba siendo dada. Al volver en sí, ella había comprendido que antes le era imposible nacer y recibir la vida.

¿Qué había descubierto esta mujer? Sus padres eran personas muy materialistas. Un día, su padre había leído en el diario que todas las mujeres que dieran a luz en tal fecha se beneficiarían con un suplemento de indemnización de un 25% por cada niño; recibirían además un 25% suplementario si el niño nacía en enero. La madre debía dar a luz por los días de Navidad. Su marido la forzó, con ayuda de medicamentos, a aplazar la fecha del parto a fin de que el niño naciera a comienzos del mes siguiente.

Cuando la niña nació, no se amaba a sí misma, se sentía insegura y experimentaba dificultades respiratorias. Gracias al reposo en el Espíritu, el Señor había operado una reconciliación profunda al nivel de su vida en el seno materno y de su relación con sus padres. Abandonada a sí misma, habría sido incapaz de darse cuenta de que su falta de seguridad se remontaba tan atrás.

¡Estamos tan alejados de la realidad! Si nosotros mismos hemos aprendido tantas cosas, lo es, sobre todo, gracias al reposo en el Espíritu, un reposo donde Jesús trabaja en profundidad mostrando dónde y cuándo alguien ha sido herido, y cuál es el falso comportamiento que de ahí ha resultado. ¡Esta acción de Jesús es una verdadera maravilla!

4.- Existe un reposo en el Espíritu durante el cual el Señor prodiga algunos dones especiales. Por ejemplo, una gracia de oración, la inteligencia de la palabra y el don de explicarla bien.

5.- Hay también un reposo en el Espíritu cuya finalidad es la intercesión. Este género de reposo se ha manifestado a veces de una manera enteramente particular. Para ser más clara, pondré un ejemplo.

Estábamos dando un retiro en la localidad de Padre Hurtado, cuando una persona cayó pesadamente al suelo. Durante su reposo, murmuraba sin cesar: "¡Mi hijo, mi hijo!". Comenzamos a orar por ella y a interceder por su hijo, porque sabíamos que ella no tenía más que uno solo.

¿Qué pasaba en ese preciso instante? Supimos después que el muchacho se paseaba por una calle desierta de Santiago cuando dos hombres lo agredieron salvajemente. Lo amenazaron con un cuchillo y le robaron todo lo que llevaba consigo. Estamos persuadidos de que el

muchacho salvó la vida gracias a este reposo en el Espíritu vivido por su madre con vistas a la intercesión.

- 6.- Existen también formas de reposo que no tienen nada que ver con el reposo en el Espíritu que son las producidas por un poder hipnótico. Por su propia fuerza, alguien hace caer a un hermano al suelo.

Por nuestra parte, opinamos que hay que evitar imponer las manos sobre la cabeza, porque ciertas personas son muy frágiles. Esta observación es importante, porque es peligroso entregarse a ciertas manipulaciones. El Señor no desea esto.

- 7.- El reposo por sugestión o por sugestión colectiva se puede producir sobre todo en los retiros de jóvenes. Estos creen que el solo hecho de tocar a su vecino le va a permitir tener la experiencia del reposo: "¡Tú me tocaste en el Espíritu y yo caí a tierra!". A veces, estos jóvenes no están satisfechos mientras no han caído. Pero la acción del Señor es a menudo mucho más profunda sin esta caída al suelo.

Según mi experiencia, el reposo en el Espíritu constituye una gracia muy especial del Señor, pero que debe ser objeto de un gran discernimiento. Sin él, este fenómeno puede causar un grave daño. Es el Señor el que tiene la iniciativa y el que conoce el momento propicio para conceder esta gracia.

Prácticamente, en nuestros retiros en Chile, nosotros no imponemos jamás las manos sobre la cabeza. El reposo se produce de manera espontánea, y hay equipos que están listos para asistir a las personas que caen para que cuando se levanten no tengan problemas musculares debido a una mala posición o como consecuencia de un reposo prolongado.

La duración del reposo varía de una persona a otra. Algunos permanecen en él hasta siete horas, mientras que otros, sólo diez minutos.

Sabemos también que cuando una persona recibe esta gracia, hay que acompañarla en oración. Pero, como los retiros duran cinco días, el tiempo es suficientemente largo para permitir a las personas encontrar el equilibrio.

Si el Señor ha permitido que una persona pierda la conciencia a fin de tocarla en las profundidades de su inconsciente, habrá un momento en que ella descubrirá lo que el Señor ha tocado durante ese tiempo de inconciencia. Puede tratarse de una violación, un rechazo vivido en el seno materno, un nacimiento difícil, que ha provocado timidez o angustia. Nunca se sabe qué es lo que el Señor tocará.

Después del reposo y del nuevo registro del recuerdo permitido por Jesús, comenzará una convalecencia de la memoria y una profunda reeducación de los comportamientos. Todo ello es posible cuando se puede contar con la presencia de una comunidad amante y orante.

Hay todavía muchas cosas por descubrir a propósito de esta gracia del reposo en el Espíritu, como sucede con todas las demás realidades de la fe. Frente a los misterios de Dios, debemos estar muy atentos; sin embargo, somos llamados a vivirlos. Y aunque estos misterios sean invisibles, no son por ello menos reales. Si el Señor da estos carismas, quiere que los acojamos, incluso cuando ellos parezcan extraordinarios. Ellos constituyen una pedagogía del Espíritu en una época que lanza un desafío a la fe cristiana.

A.— *¿Qué responderías, Nelly, a quien preguntara si hay que pedirle al Señor que nos conceda tal o cual carisma?*

N.— Mi punto de referencia es la Biblia. Jesús dijo: **“Pedid y se os dará”**. (Mt. 7,7). Sin embargo es necesario purificar nuestras motivaciones. ¿Está suficientemente claro que no andamos en busca de un reconocimiento de parte de nuestros hermanos o de una vana gloria? ¿Tenemos verdaderamente el deseo de ponernos al servicio del Señor para edificar el Reino? Somos hijos de Dios y somos libres. Cada cual puede recibir los dones de Dios. Desde el momento en que salimos de nosotros mismos y en que descubrimos a los demás, el Señor nos empieza a colmar, en forma muy natural, de su gracia.

Pedir un carisma no es pedir un poder. Muchas personas aparecen como propietarios de los carismas, “profesionales de los carismas”, mientras que el Señor, por su parte, colma simplemente a su pueblo.

EL MINISTERIO DE SANACION Y SU ETICA

A.— ¿Cómo discernir si el Señor llama a alguien al ministerio de sanación interior?

N.— Para mí, es a la comunidad a quien le corresponde discernir si tal persona está llamada a tal ministerio. No soy yo quien debo elegir un ministerio. Recuerdo haber quedado profundamente asombrada cuando me enviaron a Valparaíso para ejercer el ministerio de la sanación interior, porque yo no sabía mucho de él. Planteé mis preguntas a la comunidad y los hermanos respondieron: "Hemos discernido que tú puedes orar por sanación".

La Iglesia no se equivocará jamás si ora. Una persona puede fácilmente equivocarse si actúa por cuenta propia; la comunidad, no. Ella será capaz de ver si una determinada persona ha hecho progreso, si goza de equilibrio psicológico y posee las cualidades espirituales y humanas necesarias. Entonces es a la comunidad a quien corresponde escoger a los que más convienen para tal o cual ministerio.

Es posible recibir un llamado personal, pero importa conocer bien su origen y motivaciones. Todo llamado debe ser discernido, de preferencia en el curso de un retiro, tanto si se trata de un llamado a la vida consagrada, como si se trata de un llamado a la vida en el matrimonio, como también de todo llamado a ejercer un ministerio.

Con respecto a la oración de sanación dentro de grupos de oración, la cosa es distinta, porque el Señor normalmente da al grupo lo que éste necesita. Si permite que algunas personas vengán a un grupo, es porque quiere sanarlas. Entonces El hace manifestarse los carismas y prepara de este modo sus instrumentos. El edifica la comunidad y hace desarrollarse los ministerios poco a poco.

Basta con dejarse hacer por el Señor, convertirnos más y más, buscar ser psicológica y espiritualmente sólidos y asumir nuestras responsabilidades en la oración personal y comunitaria.

Los grupos de oración no están suficientemente dedicados a discernir qué carismas les son dados en particular. Algunos grupos son llamados a la paz, al arrepentimiento, a la intercesión...; otros son llamados a visitar a los enfermos, etc.

A.— A propósito de la sanación interior, tú hablas a veces de ética. Me parece que sería bueno subrayar las exigencias que se imponen a los que oran por sanación.

N.— En primer lugar, lo que se impone es la discreción, sobre todo cuando se habla del caso particular de una persona. Una indiscreción puede detener un camino de sanación, provocar amargura y muchos sufrimientos inútiles. Es posible hacer mucho mal en aquellos a quienes se quería ayudar. El que ora por sanación, si no obra como un instrumento purificado, arde a veces en deseo de que se sepa que es a través de él como se ha obtenido la sanación.

En todo caso, es preferible esperar que la sanación esté en buen camino antes de pedirle a alguien que dé testimonio. Un testimonio dado demasiado pronto puede quebrar un camino de sanación. Sin embargo, cuando alguien ha podido reconocer todo lo que el Señor ha hecho por él, es muy importante que dé testimonio por escrito. Y esto, para la gloria de Dios y con vistas a la evangelización. El Señor nos envía a evangelizar con nuestro testimonio, a través de todo lo que El ha realizado en nuestra vida.

Pero, una vez más, todo esto debe ser hecho con un máximo de discreción. Así, por ejemplo, yo no he pedido jamás un solo testimonio de una persona que haya sido sanada de homosexua-

lidad. Otro tanto habría que decir de casos de incestos o de violación. Se trata de casos muy delicados que exigen una discreción absoluta.

Sin embargo, mientras más vamos siendo sanados, más nos atrevemos a hablar. El Señor ha sanado mucho en mí, y cuando doy enseñanzas sobre la sanación interior, hablo de mi propia experiencia. Un día, una argentina me hizo el reproche de exponer a plena luz toda mi vida privada. Me di cuenta de que ella se defendía visiblemente de la acción del Señor. ¡Qué de sanaciones se han logrado gracias al testimonio de lo que Jesús ha hecho en mí!

Es para la gloria de Dios por lo que damos testimonio, pero con discreción. Podemos hablar de nuestra sanación personal. No corramos el velo de lo que ha pasado en otros sino cuando ellos estén plenamente de acuerdo con esto, y nos hayan dado la autorización.

AL SERVICIO DE LOS POBRES

A.— Una pregunta capciosa: ¿Es verdad que los carismáticos no se interesan por los problemas sociales? La oración de sanación interior ¿no nos ha hecho descubrir, por el contrario, toda suerte de pobrezas?

N.— Estas acusaciones contra los carismáticos son falsas y superficiales. Ellas salen siempre de boca de quienes no los conocen.

Muy a menudo, las personas que vienen a un grupo de oración se hallan en una prueba. Son los pobres del Señor. Unos pobres que no encuentran a nadie que los escuche en ninguna Iglesia. Personas a quienes su familia rechaza a causa de su depresión, o que son abandonados por sus amigos porque no conocen el éxito, personas cuyos jefes ya no los quieren como colaboradores porque se han enfermado... ¡Pobres reales!

Se acusa a los carismáticos de estar siempre alabando a Dios, pero sin ver la pobreza. Yo pienso que la pobreza es una enfermedad social, como el tifus o la tuberculosis son enfermedades físicas.

Yo veo, en cambio, a personas devoradas por una actividad desbordante, dedicadas al trabajo social. ¿Cuál es la razón de su actividad? ¿Por qué toda esta agitación? ¿Qué es lo que buscamos tratando de trabajar por los pobres? ¿Estamos del todo seguros de que no experimentamos la necesidad de realizarnos a nosotros mismos por medio de nuestro trabajo con los pobres? Sucede a veces que uno se aprovecha de otros para darle un sentido a su vida.

Pienso en aquellos que han hecho una opción política —el marxismo, por ejemplo— y para quienes se me pide a veces ora-

ción. Frecuentemente muy pronto uno se da cuenta de que son personas que han conocido la pobreza y que han sido humilladas como consecuencia de heridas sociales, o familiares. De alguna manera, ¿no buscan ellos una revancha, a través de la opción que hacen? El problema es el mismo para aquellos que eligen una ideología de extrema derecha o de extrema izquierda. Todo lo ven a través de los lentes deformadores de su ideología, y todo lo que no está de acuerdo con ella es malo.

Yo creo, por mi parte, que es preferible elegir el servicio de los pobres después de haber sido sanado por el Señor. Porque no se puede servir a los pobres más que a la luz de Jesucristo.

Hay en la Biblia una economía, una política dada por Dios a su pueblo. Siempre me pregunto lo que será del mundo el día en que los políticos participen en un grupo de oración, cuando le hagan al grupo la pregunta si tal o cual ley respeta o no a los pobres, o bien si lo que se hace por ellos, en un determinado caso, es una ayuda verdadera a la luz del evangelio.

Necesitamos, pues, sanar primero personalmente, y en seguida hacer una opción social, sabiendo que hay toda clase de pobres. Hay pobres que vienen a los grupos de oración y que son verdaderamente pobres.

Recuerdo a aquel sacerdote que estaba muy comprometido con la teología de la liberación. Estábamos conversando, cuando, repentinamente, se puso muy agresivo conmigo. El problema era que yo llevaba la etiqueta de “carismática”. Entonces le pregunté, con el coraje que da el Señor, por qué razón me odiaba. Me respondió que bien sabía yo que él no soportaba a los carismáticos. En efecto, él había tenido en su parroquia una colaboradora muy activa y plenamente comprometida en la acción social. Esta persona lo había ayudado mucho en su trabajo, hasta el momento en que entró en un grupo de oración. Desde ese momento, se hizo muy dulce. Su fogosidad y su violencia se habían ido. “Entonces —me decía él— usted se da cuenta de que he perdido un excelente instrumento de concientización”.

Cuando se habla de sacerdotes o religiosas que agotan sus fuerzas trabajando entre los pobres, no veo una justificación cristiana de su acción basada en su pura generosidad. Me ponderan el trabajo que ellos realizan. Y yo les pregunto simplemente: "¿En qué momento oran ustedes? ¿Cuándo piden ustedes al Espíritu Santo que les dé una solución a estos problemas de pobreza, una sanación para esta pobreza?". Ellos me miran con los ojos muy abiertos y no saben qué responder.

La pobreza es una enfermedad social que hay que sanar. Hay que buscar la sanación de la pobreza del mismo modo como hay que buscar la sanación interior. El Señor puede sanar un país de una situación económica desastrosa; puede sanar un país de la pobreza.

Cuando se nos acusa de ser los locos de la oración, que no se ocupan jamás de los pobres, yo respondo que eso es falso, porque no hay nadie que esté más comprometido que nosotros desde el punto de vista social. ¿En qué sentido? Cuando se presenta un problema político, ¿quién es el que se pone a orar? ¡Nosotros! Cuando hay catástrofes naturales o terremotos, ¿quién ora? ¿Quién se compromete? Los carismáticos. Porque cada vez que hay una dificultad a escala regional, nacional o mundial, nosotros ayunamos y oramos. Esta manera de actuar ¿no es lo mejor que puede hacerse?

La gente ignora que cuando oramos recibimos visiones sobre eventos futuros. Pienso en ese ministro chileno que fue salvado por la oración de los carismáticos. El Señor nos había advertido que habría un atentado contra su persona; nosotros oramos y él se salvó. El Señor nos había hablado también del terremoto. Si no hubo más que ciento setenta muertos, ello fue, sin lugar a dudas, gracias a la oración de los carismáticos. ¿No es todo esto compromiso social?

Y para no exponerme a las críticas injustas de iluminismo y de desmovilización, añado de inmediato que nosotros extraemos también de la oración el coraje para comprometernos, para des-

pojamos, la fuerza para ayudarnos entre nosotros a imaginar y realizar iniciativas que lleven consigo transformaciones de estructuras (C. EL PASO y tantas otras responsabilidades institucionales asumidas por las comunidades de la renovación).

No puedo asegurar que los carismáticos de Europa estén tan comprometidos socialmente. En todo caso, en Chile no cabe duda alguna de ello, porque los miembros de los grupos de oración provienen de todos los medios sociales. La Renovación ha crecido mucho en las clases pobres. Pero estas personas, a medida que van siendo sanadas, se van a los más pobres. Tal será quizás el camino que el Señor escogerá para Europa. Porque, para mí, está claro que el que tiene bienes debe saber compartirlos. Somos los administradores de los bienes que el Señor nos ha confiado. Hay que poner a Dios en el centro de la propia casa para llegar así a compartir.

En Chile, hay muchos pobres, luego... Pero el Señor tiene su camino para cada país... Una vez que la sanación comienza a crecer, hay que pedirle que ella se expanda por todas partes. Es quizás un poco lo que nos falta aquí: la evangelización. Sería necesario que los carismáticos europeos fueran más valientes para evangelizar.

LOS OBSTACULOS A LA SANACION

A.— *Para terminar, Nelly, ¿quisieras hablarnos de los obstáculos a la sanación?*

N.— Hemos dicho una y otra vez que la voluntad del Señor es sanar a sus hijos. Cuando vemos a Jesús vivo, nuestra fe nos dice que no existe ninguna situación en la que El no pueda intervenir.

Si esto es verdadero, ¿por qué no hay más sanaciones, por qué aún tantos enfermos, por qué no se producen más milagros?

La razón de ello es que ponemos obstáculos a la sanación.

En primer lugar está nuestra falta de fe. Creemos que la sanación es para los otros. No tenemos suficiente fe para creer que el Señor comienza a obrar una sanación que tardará muchos años en completarse. La sanación es gradual. Nadie puede recibir de una vez todo el poder de sanación del Señor. Cada uno es sanado según su personalidad. El Señor no quiere desgarrarnos, sino sanarnos.

A menudo la persona cree que no pasa nada. Aunque el P. Tardif o Efraím o Nelly hayan orado por ella, no ha sanado. Además se culpabiliza a esta persona diciéndole que le falta fe. Ahora bien, a veces se requieren varios años para que podamos ver a la luz tal o cual herida profunda. Porque, cuando el Señor viene a sanar una herida muy profunda, la herida queda puesta al desnudo. Cuando el Señor interviene fuertemente en nuestra vida, esto nos hace reaccionar con violencia, y de esta manera podemos tener problemas de perdón frente a aquel que nos ha hecho mal. Pero en este momento nos resulta posible ver una verdad que antes no podíamos soportar.

Me acuerdo de aquella mujer con quien me había encontrado con ocasión de un retiro, y que me decía que en su vida no pasaba nada. Yo le había dicho que posiblemente era el momento escogido por el Señor para sanar en ella una herida muy profunda que había marcado su vida. Esta persona tenía problemas matrimoniales y en particular a nivel de las relaciones conyugales. Yo le aconsejé que le pidiera luz al Señor.

Un día, Jesús le mostró el acontecimiento que se hallaba a la base de toda su dificultad en la relación con su esposo. A la edad de seis años, huérfana de padre y madre, había sido puesta en casa de un tío y una tía que tenían otros hijos, y la niña se convirtió un poco en la empleada de la casa. Mientras los otros niños podían quedarse en casa, ella debía levantarse para ir a hacer las compras.

Esta familia habitaba en el campo y había largos caminos que recorrer a través de los campos. Una mañana, la niña había partido a hacer sus encargos cuando de pronto se encontró cara a cara con un hombre que intentó abusar de ella. Dejando caer todo lo que tenía entre las manos, ella huyó y se subió a un árbol. El hombre estaba borracho y trató de sacudir el árbol para hacer caer a la niña. Afortunadamente no tenía fuerzas para subir. La pequeña se puso a gritar, pero como el lugar era desierto, nadie la escuchó. El borracho permaneció varias horas al pie del árbol tratando de hacer caer a la niña. Finalmente se cansó y se fue. Sin embargo la niña permaneció todo el día en el árbol, devorada por el miedo y la angustia.

Este es el acontecimiento que el Señor le había hecho recordar. Ella se había dado cuenta de que, en cierta manera, ella seguía siempre encaramada en el árbol. El Señor la hizo descender como a Zaqueo: la pareja sanó, por lo menos en lo que respecta a la relación conyugal.

Anteriormente, esta mujer era incapaz de ver este suceso. No servía para nada acusarla de falta de fe. Jesús, en su sabiduría, había escogido el momento favorable. El no quiere hacernos da-

ño. El tiene tiempo. Y nos pide a nosotros también que seamos pacientes y que no culpabilicemos a los otros reprochándoles su falta de fe.

Otro obstáculo es el pecado, la falta de reconciliación. Estas dos cosas constituyen una barrera para la sanación. Es importante que nos reconciliemos con Dios, con los demás y con nosotros mismos. El pecado es realmente una de las grandes causas de la falta de sanación. ¡Cuántas personas quieren seguir en su pecado!

Existen también enfermos que no sanan por causa de una grave culpabilidad: no se sienten dignos de sanar. Recuerdo a aquella mujer cuya rodilla había sanado. Ella volvió empero a caerse, porque tenía una necesidad inconsciente de estar enferma. Se creía responsable de la muerte de una persona y quería expiar este pecado.

Otro obstáculo para la sanación: el miedo.

Tenemos miedo de abandonar nuestro Egipto. Allí gozábamos de la carne, de la cebolla y de tantas otras cosas agradables. Es un problema real al comienzo de la sanación, cuando emprendemos la peregrinación hacia la Tierra prometida, esa tierra que mana leche y miel, pero que aún no hemos alcanzado.

Estamos invitados a entrar en el combate espiritual, a crecer en la vida espiritual, a convertirnos, a despojarnos del hombre viejo para revestirnos del hombre nuevo, a descubrir nuestra identidad de hijos de Dios, a alcanzar la verdad; en breves palabras, a comprometernos de una vez por todas con Dios.

Cuando yo recibí la gran sanación de mi vida —me acuerdo muy bien de ello— me puse a temblar, porque me preguntaba lo que el Señor podría ahora esperar de mí. Yo no conocía la gratitud del Reino. Como siempre pagamos por todo, creemos que también Dios nos va a presentar la factura. El viene para sanarnos, y nosotros suponemos que quiere exigirnos alguna otra cosa en

compensación. Yo tenía miedo que me llamase imperativamente a la vida religiosa. Yo no consideraba la vida religiosa como lo peor de todo, pero no me sentía en absoluto llamada a ella.

Le pedí al Señor que me manifestara su voluntad, y El me respondió claramente que yo no tenía que hacer ninguna cosa. ¿Su voluntad para mí? ¡Que me dejara amar!

Somos absolutamente libres de comprometernos en el seguimiento de Jesús. El nos propone aceptar la sanación o rechazarla. ¡Pero nosotros no queremos sanar, porque nos encontramos muy bien en nuestro Egipto!

Muchos desean ser sanados sin tener el deseo real de convertirse: es otro obstáculo a la sanación.

“¡Sáname y luego déjame tranquilo!”. Esa es la reacción de muchos cristianos. Por eso se los vuelve a encontrar más enfermos aún después de algún tiempo. No hay sanación sin conversión. Si yo he sido sanada y no me dedico a seguir a Jesús, volveré a estar enferma. Si no me convierto, no sanaré.

¿Qué sentido tiene rebelarme contra el Señor si es mi pecado el que es la causa de mi rechazo a abrirme a la Vida? Yo no puedo decir: “Jesús, sáname”, y a continuación, “¡hasta luego Jesús!” Es la razón por la cual yo no creo que Jesús dé la sanación física a personas que no quieren adherir a El.

Recuerdo a aquella persona a la que yo le había preguntado si ella pertenecía a un grupo de oración. “No, me dijo, porque desde el momento en que participé en la oración, empecé a sufrir”.

¿Qué es el sufrimiento? Todos tienen miedo a la cruz, miedo a ser crucificados. Sepamos que no todos estamos llamados a sufrir, sino que estamos llamados a salir de todos nuestros malos sufrimientos, del sufrimiento inútil, el sufrimiento estéril, el del mal ladrón. Sólo hay un sufrimiento verdadero: el sufrimiento redentor de Jesús que salva al mundo. “**¿No eres tú el Cristo? pues ¡sálvate a ti y a nosotros!** (Lc. 23,39). Mientras se rebela, el

mal ladrón hace sufrir a los otros. En cambio, el buen ladrón, dándose cuenta de la situación desesperada en que está, se vuelve hacia Jesús y le dice: “**Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino**” (Lc. 23,42). Y conocemos la respuesta de Jesús: **Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso**” (Lc. 23,43). Desde el momento en que reconocemos que nuestro sufrimiento es malo y que lo ponemos en manos de Jesús, el sufrimiento se vuelve una fuente de riqueza, de reconciliación, y nos trae paz y gozo.

Otro obstáculo: Consiste en creer que somos nosotros los que obramos la sanación; sólo Jesús sana. Muchas personas han venido a mí y me han pedido que las sanara. “¡Que yo sepa jamás he sanado a nadie!”. Tal es mi respuesta. “Hay un error en alguna parte. Le han informado mal...”. “Pero –continúa mi interlocutor– yo estoy enfermo desde hace bastante tiempo... ya no duermo... no puedo seguir viviendo así... entonces, yo le pido al Señor que me sane. Es mi única esperanza”. Yo le pregunto: “¿Ora usted?”.

—Algunas **ave**, cuando no estoy demasiado cansado...

—¿Qué significa entonces para Ud. la sanación interior?

—Bueno... alguien me toca y mi mal desaparece.

Como si la sanación interior fuese un acto mágico.

A veces me invitan a ir a orar por un enfermo en su lecho. De repente, me doy cuenta de que está muy apegado a su enfermedad. Rehusa sanar. Es para él un medio de ejercer dominio sobre su familia, un pobre medio para suscitar la compasión y sentirse vivo. Hace sufrir a todos los que lo rodean. Y cuando se le pregunta si quiere sanar, protesta enérgicamente que sí. Pero, de hecho, no lo desea: ya no sería el centro de las preocupaciones de los demás.

Recuerdo a aquella mexicana que sufría de la pierna. Ella había sanado, pero lo ocultaba. ¿Cómo habría podido vivir sin su enfermedad? ¿Quién se interesaría entonces por ella?

Prefería dejarse llevar en silla de ruedas. Un día solicitó que la llevaran a la capilla. Allí comprendió que rehusaba la sanación porque quería dominar a su familia por medio de la enfermedad. Se confesó y aceptó su sanación. Hoy en día goza de buena salud.

Todavía, otro obstáculo a la sanación: oramos por los síntomas de la enfermedad, en vez de orar por su raíz. El Espíritu Santo nos pide orar en profundidad.

Supongamos que una persona está enferma de los riñones. Le puedo decir al Señor: "Pongo ante ti a esta persona que sufre de los riñones, ven a sanarla: ella y no duerme, sufre mucho". Puedo orar por los síntomas de la enfermedad e ignorar su causa profunda

Así nos ocurrió orando por una mujer que sufría de una determinada enfermedad. Le pedimos al Señor que nos mostrara la raíz de la enfermedad. Uno de los presentes recibió una visión. La veía durante su infancia sentada junto a su hermanito. Lo conversamos con ella. Le preguntamos si había tenido un hermano y qué edad tenía ella cuando él nació. En esa época, ella tenía tres años. No había aceptado la presencia del bebé que venía a arrebatarse, según creía, el afecto de su padre y de su madre. Además, él siempre estaba enfermo. Sufría de los riñones y se hacía pipí en la cama.

Nos dimos cuenta de que esta persona se había sentido abandonada por sus padres cuando era muy niña. En su inconsciente ella pensó que **tenía** que estar enferma para estar rodeada de sus padres. Cuando ella a su vez dio a luz, la enfermedad empeoró. Lo maravilloso es que el Señor nos permitió descubrir la raíz de su enfermedad.

Hoy día ella se ha convertido en una mujer adulta y de buena salud, porque Jesús le hizo ver que había buscado estar enferma para que se ocuparan de ella. Ella ha perdonado a su hermano el haber sido la causa del resentimiento experimentado, la causa de todo el sufrimiento que ella tuvo que soportar.

Hacer un diagnóstico erróneo, cuando nos contentamos con orar por los síntomas, es otro de los obstáculos a la sanación. Vemos los síntomas de una enfermedad, digamos por ejemplo, de una depresión. Si no logramos encontrar la verdadera causa de este mal, nada pasará. Alguien puede sufrir de una gran tristeza, pero debemos encontrar la causa de esta tristeza antes de pedir su sanación.

Pienso en aquella niñita que tenía que jugar siempre escondida, ya que su madre la reñía cuando la encontraba jugando. Como los niños se apegan a sus juguetes, ella sufría cada vez que su madre le botaba a la basura un juguete que estimaba demasiado viejo.

Pero sabemos muy bien que mientras más viejo es un juguete, más valor tiene a los ojos de un niño. Así, el hecho de perder un juguete puede convertirse para el niño en un drama.

Pienso también en lo que pasa con los niños que viven en el campo. Reciben de regalo un animalito, una cabra o un cordero. Cobran amistad con el animalito. Lo domestican, lo alimentan, le cuentan su vida... son felices. Y un buen día, al volver de la escuela se enteran de que el animal ha sido muerto y echado a la olla. Eso provoca un drama que puede ser el origen de una enfermedad grave. Es importante, pues, hacer un diagnóstico acertado.

No hacerse cargo de la propia sanación puede impedir que ésta se realice. Repito, sin temor a las reiteraciones, que si no hay oración personal todos los días de nuestra vida, es imposible consolidar una sanación.

A veces no logro discernir lo que pasa en mi vida. Todo está oscuro y nebuloso. Para ver claro, necesito que alguien me ayude a discernir lo que ocurre en mí. Es imposible hacer un camino de sanación sola, sin hablar de él con alguien. ¡Cuántas veces el solo hecho de confiar a alguien tal o cual prueba, me permite encontrar verdaderamente la luz!

Es obvio que el rol de la comunidad es importante. En ella encontraré la amistad, la compasión y la oración de los hermanos.

También es importante para los hermanos que oran por sanación pedir la oración del grupo: ellos tienen necesidad de la fuerza del Espíritu Santo, para ejercer este pesado ministerio.

Por último, también puede constituir un obstáculo a la sanación el ambiente familiar en el que vive la persona por la cual se ora.

A veces, yo comienzo un camino de sanación con alguien cuya familia se encuentra igualmente herida; la sanación que se va adquiriendo vuelve a ser puesta en cuestión una y otra vez.

Otro tanto ocurre con el ambiente profesional. Por ejemplo, quien ha sufrido por el autoritarismo de su padre y tiene de nuevo un superior autoritario, no tendrá muchas chances de sanar rápidamente. Si alguien tiene heridas de orden social y todo el mundo le recuerda su origen en un medio pobre, experimentará igualmente muchas dificultades para sanar.

Es necesario a veces salir del ambiente en que uno está sumergido para sanar en profundidad. El barrio, la ciudad donde se ha crecido, pueden ser también lugares que frenan o impidan la sanación. Es bueno, pues, romper con el ambiente, con ciertas personas, con ciertos hábitos.

Pidámosle al Señor comprender que la sanación interior es un camino, que ella se realiza día a día. Si tenemos confianza en Dios, y si somos fieles a la oración, es un camino de conversión. Pidamos también comprender que el tiempo pertenece a Dios. Asimismo le pertenece a El la iniciativa de venir a sanar mi herida. Pidámosle que nos conceda la paciencia y la disponibilidad. Tiempo vendrá, si sabemos esperar, en que el Señor nos sanará.

CONCLUSION:

JESUS, LLAVE DE LA SANACION INTERIOR

A.—¿No podríamos concluir, Nelly, con la afirmación de que Jesús, y sólo El, es la fuente y la llave de la sanación interior?

N.— Cuando Jesús fue a Nazareth, tomó el libro del profeta Isaías y se puso a leer: **“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”** (Lc. 4,18-19).

“Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy” (Lc. 4,20). Y sigue cumpliéndose. Si leemos los evangelios, descubriremos en ellos la manera como Jesús sana, su cercanía, los mil modos de salvar y de liberar a cada cual según sus necesidades.

Jesús será siempre fuente de sanación, porque **“con sus llagas hemos sido sanados”** (Is. 53,5). Cuando comenzamos a descubrir a Jesús vivo, al principio nos asombramos. Pero El quiere que nos quedemos en eso. El quiere que nos acerquemos a El, que nos hagamos parte de su familia, íntimos suyos, que saquemos provecho de su sacrificio, sacrificio de amor.

Desea que nos beneficiemos de los beneficios de la reconciliación con nuestro pasado, nuestra historia, más allá de toda injusticia. Es por El por quien todo es recreado, restaurado; es a través

de El como toda vida destruida puede ser reedificada. Por cierto, habrá cicatrices, pero éstas ya no se abren, cuando Jesús las sana.

Aprendamos a descubrir de verdad el rostro de Jesús: El es la dulzura misma, pura delicadeza. Es El quien le pregunta al ciego: **“¿Qué quieres que te haga?”** (Mc. 10,51). Jamás entra El en mi vida para dañarme. El quiere reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos y hacernos volver al Padre. Su única meta, en efecto, es hacernos descubrir la ternura del Padre, su Misericordia. Una sanación carece de sentido si no quedo religado al Padre, a Jesús, al Espíritu Santo y a la Virgen María, si no descubro toda la riqueza de la vida espiritual.

Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida. Tal vez los bienes de la tierra nos procurarán algún consuelo pasajero, pero Jesús es el único que puede darnos **“La paz que supera todo entendimiento”**. Es el único que puede colmarnos con los dones del Espíritu. Es el único que nos puede hacer tomar conciencia de que todo es gracia.

Cuando se ha descubierto a Jesús y su infinita riqueza, la vida se hace muy simple. Es porque no somos suficientemente simples por lo que dudamos de esta llave increíble que es Jesús.

Cuando alguien me pregunta por qué soy feliz, y le contesto que es por Jesús, me toman por una loca. Si encuentran que soy una mujer abierta y equilibrada, y les digo que es por Jesús, piensan que es imposible. Jesús es verdaderamente la Verdad y la simplicidad misma. Nosotros ignoramos lo que es simplicidad y gratuidad. Con El no es necesario acumular méritos. El nos da todo.

Y lo que siempre me asombra más es que cada vez que yo caigo —y a esto lo llamo un accidente— El no me juzga, El me vuelve a levantar. Más aún: “El me hace subir más alto”.

El día en que nos apoyemos en Jesús, Hijo de Dios, Sacerdote, Profeta y Rey, obtendremos la sanación completa, porque seremos parte plena de la Iglesia, que es su Cuerpo. Pertenecemos a

la Iglesia todos los que por el bautismo somos discípulos, sacerdotes del Señor, (1 Ped. 2,9), portadores de su Palabra, misioneros de la Buena Nueva del Reino.

· Jesús es la fuente de toda sanación. Sin El nada podemos hacer. Que esto esté bien claro en nuestro espíritu cuando oremos. ¡Sin El nada podemos hacer! **¡Y todo es gracia!**

INDICE

	Pág.
- Presentación	5
- Introducción	9
Descubrimiento de la renovación y llamado a un ministerio de sanación interior	13
- El perdón, columna vertebral de la sanación interior	27
- La sanación de la memoria y de los recuerdos	43
- Los mecanismos de defensa	57
La oración de paz, la oración puntual y la oración cronológica	63
- Relación entre sanación interior, psicología, sanación física y crecimiento espiritual	71
- Los pilares de la sanación interior	79
- La vida en el espíritu. La disciplina del espíritu	79
- La alabanza	89
- La intercesión y la oración compartida	97
- Los sacramentos	101
- Los carismas	103

- El ministerio de sanación y su ética	115
- Al servicio de los pobres	119
- Los obstáculos a la sanación	123
- Conclusión: Jesús, llave de la sanación interior	131



SAN PABLO

Impreso en Chile - Printed in Chile